113

ALREVÉS

# Una cuestión de alcohol

JUAN BAS

-

**Juan Bas** (Bilbao, 1959). Fue guionista de radionovelas de humor, cómic (*El Víbora, Cimoc* ...) y numerosas series de televisión (*Farmacia de guardia, Turno de oficio*...). Ha publicado, entre otros libros, los volúmenes de relatos *Páginas ocultas de la historia* (1999), escrito con Fernando Marías, y *La taberna de los 3 monos y otros cuentos alrededor del póquer* (2000). Las novelas *El oro de los carlistas* (2001), *Alacranes en su tinta* (2002), *La cuenta atrás* (2004), *Voracidad* (2006), Premio Euskadi de Literatura 2007, y *Ostras para Dimitri* (2012). Es autor también de los inclasificables *Tratado sobre la resaca* (2003) y *La resaca del amor* (2009). Y de la compilación de artículos de prensa *El número de tontos* (2007). Ha sido traducido al francés, alemán, italiano, ruso, búlgaro, noruego y euskera. Es columnista de opinión en el diario *El Correo* y otros periódicos de Vocento. Dirige desde 2010 el Festival Internacional de Literatura y Arte con Humor Ja! Bilbao.

www.juanbas.es

-

«Me llamo Julio Ejido y soy un alcohólico. Bebo y fumo desde que tenía doce años, ahora acabo de cumplir sesenta. Esta confesión no posee valor alguno ya que no se la hago a nadie, carece de destinatarios. Y aunque los tuviera, no por ello adquiriría la menor importancia, puesto que no contemplo el valor de la confesión como alivio, ni siquiera como ritual; tampoco valoro el perdón que se pide o se otorga, lo desprecio de igual modo. Solo creo en la culpa, en su persistencia, en la inutilidad del arrepentimiento, en lo fútil que es el transcurso de la vida, en la pérdida de toda ilusión, en la conmovedora belleza de algunas mujeres maduras, en cierta armonía de las contradicciones, en la decepción propia y ajena, en lo que te salva de la locura o te lleva a ella, en la inevitable seducción del caos y en la sed, en esta constante y maldita sed.

[…]

»¿Por qué voy a contar esta historia hasta el punto en que lo haga? Porque en definitiva es una historia con fantasmas, y los fantasmas me fascinan, aunque me aterroricen. No existen, pero nos acompañan sin haber sido invitados. Y van por debajo.»

Juan Bas trata en esta novela de las consecuencias de nuestros peores actos, de una dura mirada hacia los demás y hacia uno mismo, de las decisiones equivocadas y de las mutaciones incontrolables de la memoria sobre lo que se ha creído vivir.

Una cuestión de alcohol

# Una cuestión de alcohol

JUAN BAS

ALREVÉS
BARCELONA-2021

Primera edición: mayo del 2021

*Para Josep Forment, siempre con nosotros*

Publicado por:
EDITORIAL ALREVÉS, S.L.
C/ València, 241, 4.º
08007 Barcelona
info@alreveseditorial.com
www.alreveseditorial.com

© Juan Bas, 2021
© de la presente edición, 2021, Editorial Alrevés, S.L.

Producción del ePub: booqlab
ISBN: 978-84-17847-64-7
Código IBIC: FF
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

*A los borrachos pacíficos, discretos y solitarios que no malogran más vidas que la suya*

*A mis idolatrados alumnos del taller de escritura creativa Fuentetaja*

*Y a mi querido, ruidoso y endogámico barrio, el Casco Viejo de Bilbao*

Zambullirse en el ocaso, allí donde no existen ni el fracaso ni los remordimientos.

HANS FALLADA,
*El bebedor*

… En la excesiva oscuridad viven monstruos de vanidosa amargura.

ADOLFO BIOY CASARES,
*Borges*

# I
# VISLUMBRE

El miedo se adensa en el limbo etílico, enquistado en la dudosa frontera entre la vigilia y el sueño. Es el miedo a la aparición de la imagen pavorosa, el pánico a la sublevación de la mente que se descontrolará y mandará a los sentidos señales que conformarán una aparente realidad que será atroz. Ese miedo anticipatorio es aún más aterrador que acabar viendo la imagen. Y luego, pero no en un orden inferior de espanto, está la pesadilla que se repite, o más bien se renueva y renace, solo cuando ella quiere.

# II
# DESPRECIO

Me llamo Julio Ejido y soy un alcohólico. Bebo y fumo desde que tenía doce años, ahora acabo de cumplir sesenta. Esta confesión no posee valor alguno ya que no se la hago a nadie, carece de destinatarios. Y aunque los tuviera, no por ello adquiriría la menor importancia, puesto que no contemplo el valor de la confesión como alivio, ni siquiera como ritual; tampoco valoro el perdón que se pide o se otorga, lo desprecio de igual modo. Solo creo en la culpa, en su persistencia, en la inutilidad del arrepentimiento, en lo fútil que es el transcurso de la vida, en la pérdida de toda ilusión, en la conmovedora belleza de algunas mujeres maduras, en cierta armonía de las contradicciones, en la decepción propia y ajena, en lo que te salva de la locura o te lleva a ella, en la inevitable seducción del caos y en la sed, en esta constante y maldita sed.

A pesar del precio creciente que pago y que me interna en un infierno espiral, cada día me alejo más de la idea de abandonar la bebida, cuestión que está fuera de mi voluntad y que se rige por inercias autónomas, quiero creer. No soy capaz de afrontar la decisión de prescindir del alcohol: me resultaría intolerable. En algún momento pensé en acudir a Alcohólicos Anónimos —tienen una sede cerca de mi casa—, pero la menesterosa ocurrencia se me disipó enseguida. Además de lo dicho sobre la inutilidad de la confesión, me sentiría incómodo y ridículo dirigiéndome a un colectivo de borrachos —patéticos náufragos aferrados en precario al dique seco— en el que sin duda, como sucede en todo grupo de naturaleza heterogénea, predominará la incultura, la simpleza y la estupidez. Y lo que ellos cuenten de sus insustanciales vidas alcoholizadas y de las gestas de la voluntad para mantenerse en la deserción de la botella, me importa tan poco como lo que podría contarles yo. Ser un alcohólico no te hermana en absoluto con otro ni establece la menor complicidad, sino con frecuencia todo lo contrario. Aunque he tenido buenos amigos alcohólicos con los que he compartido la dicha de beber, el alcohol como única base nunca me ha bastado para sostener relaciones amistosas o sentimentales; no todos los pájaros de igual plumaje viajan al mismo sitio. El

alcoholismo es la soledad perfecta, la autosuficiencia ególatra, el cultivo de la misantropía y un tortuoso placer masoquista; la mente se aísla de la percepción del mundo y de tu propio cuerpo y pensamiento, que te llegan a parecer ajenos a ti. Por otra parte, estar ebrio y los pánicos que después conlleva dan alguna significación a mi vida insustancial.

Así que esta errática narración en bucle —como tu peinado, Bárbara—, que me destruye y se destruye a sí misma, que va envuelta en obsesiones, absurdos, mezquindad, escatología, cómica ridiculez, crueldad, sexo rastrero, cobardía, miedos, terrores, misantropía, derrotas y amargura, y que quizá está presidida por una maldad que me va invadiendo y me degenera como la metástasis de un cáncer, me limitaré a escribirla, pensarla o hablarla solo, en voz alta, como un lunático. Irá dirigida a mí o a nadie —salvo en las esenciales partes en que aparezcas tú o me refiera a lo que tenga que ver contigo, cariño, entonces hablaré solo para ti—, ya que cada vez me siento menos yo, menos el que fui, y no sé quién soy en el presente, en qué me convierto y a qué hundimiento final me llevará esta paulatina involución.

Aconsejaba Kipling que hay que contar una historia como si uno no la entendiera del todo; me será fácil cumplir este precepto literario. Y diré la verdad hasta donde sea capaz de hacerlo, a pesar de que los alcohólicos somos mentirosos. Cierto, es una paradoja. Lo de que los borrachos y los niños dicen la verdad valdrá para los segundos. Mas, como decía Oscar Wilde, quien lleva una máscara te cuenta la verdad. Mi cara, con los años, se ha convertido en la de mi padre, pero también en una careta con la que no me reconozco y de la que me avergüenzo frente al espejo. Así que como no puedo desembarazarme de la máscara, creo que conseguiré evitar las mentiras.

Aunque me trataré con dureza, ni más ni menos que la que merezco, obviaré algunos aspectos; no pretendo una exhaustiva sinceridad, la sinceridad está sobrevalorada —son asuntos distintos no mentir y contarlo todo—. Los esquivaré porque me siento incapaz de asumirlos si los enuncio. Otros, algunos sospecho que cercanos en el tiempo —cuestión que me resulta inquietante—, sencillamente los he olvidado. Seguiré en este sentido las pautas que marca Dostoievski en *Memorias del subsuelo* cuando establece que en los recuerdos de cada uno hay cosas que solo se descubren a los amigos más allegados —apenas me queda algún amigo—, otras que deben guardarse en el silencio y que uno solo se reconoce a sí

mismo, y otras que no te revelas ni a ti. De estas últimas, Dostoievski especifica con una calculada ambigüedad, tal vez cínica, que serán más numerosas cuanto más decente sea la persona.

¿Por qué, entonces, voy a contar esta pobre —y, en suma, pequeña en todos sus aspectos y ubicaciones— historia de alcoholismo, soledad, amor, locura, pobreza, evanescencia, patetismo, vejez y muerte hasta el punto en que lo haga? Desde luego, no será por una retorcida expresión de vanidad, ya que mi decadencia la ha barrido, aunque en el fondo considere que formo parte de una estrafalaria élite y padezca complejo de superioridad, lo cual no deja de ser patético. La contaré porque en definitiva es una historia con fantasmas, y los fantasmas me fascinan, aunque me aterroricen. No existen, pero nos acompañan sin haber sido invitados. Y van por debajo.

# III
# ARGENTINO

¡Me cago en su puta madre! ¡El maldito argentino otra vez! Es para gritar y darse de cabezazos contra las paredes. Esta semana no ha perdonado la sesión de suplicio ninguna tarde. ¿No puede olvidarse de la esquina de mi calle ni un solo día?; el Casco Viejo de Bilbao es grande —en realidad demasiado pequeño, en todo—. Toca siempre lo mismo, en el mismo tono y en el mismo orden, con el amplificador de la guitarra clásica al máximo volumen. Si alterara una sola nota me daría cuenta, no es una exageración. Me sé el monótono y empalagoso repertorio de memoria: lo tengo grabado a fuego. Es denso como un puré de engrudo, concreto como la resaca o el odio.

El tipo se pone a unos veinticinco metros de mi casa. Vivo en un tercer piso, pero lo oigo como si diera el recital delante de mí. Y siempre se queda el tiempo que le sale de los cojones; a veces rebasa las dos horas. La ordenanza municipal establece que los músicos callejeros no deben estar en el mismo sitio más de cuarenta y cinco minutos. También, que no pueden tocar ni cantar con amplificadores, pero no lo cumple ninguno, ni se hace cumplir: la consuetudinaria negligencia aceptada por la comunidad. Suelo amortiguar la murga de este y de los demás torturadores viendo una película con los auriculares también al máximo volumen, y aun así lo oigo de fondo, se cuela en mis oídos igual que las cucarachas por debajo de las puertas. Cuando no puedo más, llamo a la Policía Municipal, a los pitufos; se tienen que saber mi número de teléfono de memoria.

A veces los polis van de graciosos. Durante un par de días atormentó la calle un tipo, grande como la desgracia, que debía de ser inglés: mascullaba en algo parecido al inglés. Llevaba una manta sobre los hombros y estaba ostensiblemente loco. Ni siquiera pedía dinero de un modo claro. Se limitaba a cantar, o más bien al berreo de cosas sin sentido que no tenían ni apariencia de canciones. Le dio por ponerse en la puerta de la panadería, justo enfrente de casa. Era perturbador y molesto hasta el hartazgo. Iba a llamar a los municipales cuando vi desde el balcón a dos de ellos

parados cerca del demente, ignorándolo como si no lo vieran ni oyeran. Me indignó; me molesté en bajar a la calle y fui a hablar con la pareja de pitufos. Eran de los jóvenes, que a menudo son incluso peores que los veteranos resabiados y chulescos. Les dije que resultaba inaguantable el griterío enajenado del tipo y que por favor lo llamaran al orden y al silencio. Uno de ellos, el listo de los dos, escuchó un momento la jerigonza orate del sujeto y me dijo que no era de su competencia, que no era labor de ellos juzgar la calidad de los que cantan en la calle. Me dejaron a mí sin palabras y con la boca abierta, y se largaron.

Los locos de la zona están censados y no hacen falta más. Hay uno que recorre incansable el Casco Viejo a paso rápido mientras medio canta medio declama a voz en cuello unas extrañas salmodias, tal vez religiosas, en una lengua ignota. Como no para quieto, molesta poco. Los fines de semana se agrega al numeroso grupo de negros pedigüeños que desfila con cánticos tribales, bailes, furiosos tam-tams y una lentitud implacable por cada calle, sin dejarse ninguna. Consiguen un nivel de decibelios que supera el de un concierto de heavy metal y habría acojonado a los fusileros ingleses que defendieron Rorke's Drift de la horda zulú. Pero la policía no les dice nada, supongo que por si la amonestación se tomara por racismo. También merodean por mis calles habituales, cuando les dan permiso en el manicomio, dos o tres esquizofrénicos que suelen ser más tranquilos, salvo cuando les da el siroco que propician con enormes canutos de marihuana —en todo el barrio se percibe el olor picante y dulzón de la hierba—. Se les nota por su grado de apatía o de ansiedad si se han tomado o no las pastillas del día.

Respecto al argentino, los pitufos unas veces me hacen caso, vienen y le hacen moverse del sitio, y otras, la mayoría, no. Como tendrá por lo menos sesenta y cinco años y cierta fama por el barrio de tocar bien —las buenas intenciones del mal gusto—, hacen la vista gorda. Entendámonos. No pretendo que se evite que toque y privarlo de su —aventuro— modesto sustento. Bastante jodido es estar a su edad en la calle, haga frío o calor, a cambio de unas monedas. Pero que toque sin amplificador, ¡hostias!, solo para la gente que pasa por delante de él y no para todo bicho viviente a cincuenta metros a la redonda. Con eso bastaría. Ese es el problema con el argentino y el resto, los numerosos músicos callejeros armados con amplificadores a los que les gusta esa esquina, por ser de mucho paso de gente. Me amargan la existencia de un modo

desquiciante.

Me asomo al balcón. Ahí está, sentadito en su esquina, puto argentino. Ahora toca el indigesto tema de la película *Juegos prohibidos*. Creo que desde aquí acertaría hasta con una pistola —cuesta hacer blanco con un arma corta, comprobé en la mili— a meterle una bala en esa cabeza de pájaro de mal agüero que tiene. Si apretando un botón lo hiciera desaparecer, no sé, a un universo paralelo, o a la nada, no dudaría en pulsarlo. Tatiana Tibuleac cavila que si la muerte tuviera en cuenta la opinión de los demás, moriría mucha más gente adecuada.

# IV
# ACCESO

Una tarde de uno de mis escasos días sin ebriedad ni resaca —sin resaca solo hasta cierto punto; en el presente padezco una especie de resaca perpetua con menores o mayores grados de intensidad y de negrura; ya nunca es completa su ausencia— me dio por hacer limpieza de viejos papeles en carpetas, encuadernaciones y muchas hojas sueltas de blocs de notas. Lo tiré casi todo. Conservé, quién sabe por qué, los fétidos poemas de la adolescencia. Lo que fue a la basura eran sinopsis argumentales para películas y series de televisión que no se hicieron ni se harán; también había cuentos, algunos inconclusos, e ideas y capítulos para novelas que nunca escribiré. Pertenecían a mi juventud, a una época en que creí que podía ser guionista o escritor. Antes de cumplir los cuarenta cejé en el débil empeño. Podría haber atribuido el fracaso a la cadena de borracheras y resacas, ya entonces con demasiados eslabones, incompatible con una actividad creativa continuada y seria, pero asumí que en ese asunto mi falta de talento no podía achacarla al trago, como en tantos otros tropiezos y errores a lo largo de mi vida. El alcohol es una excusa, una buena excusa y justificación para casi todo, pero en esto no me funcionó.

Es jodido no saber que careces de talento y obstinarte en un oficio para el que no estás llamado; pero no sé si es todavía peor ser capaz de reconocerlo. No he tenido talento ni vocación para nada. Es una desgracia carecer de una auténtica vocación que te ilusione y motive. Fui un abogado mediocre y en cuanto pude vivir de las rentas, tras haber incapacitado a mi padre, dejé de trabajar. Quizá incluso mi alcoholismo es mediocre. He sido un borracho solo hasta cierto punto y a tiempo parcial. He compaginado la botella con una vida que ha sido más o menos convencional sin caer en la marginación social del etilismo que invade y desplaza todo lo demás. Salvo excepciones de borracheras hasta la anulación total, cada vez más repetidas en el presente, he convivido con el alcohol como con un lastre, una pesada carga que ha dificultado mi caminar y lo ha hecho titubeante, desorientado y lento, pero no me ha

llevado a la completa destrucción, al hundimiento definitivo que cuesta beber siempre y sin límite; o al menos así ha sido hasta ahora.

Resulta una paradoja que roza lo ridículo —o lo rebasa, y no es la única en mí—, que siendo un mediocre en todo me crea superior a la mayoría, más inteligente, y esté inflado de arrogancia y desprecio hacia los demás.

Hojeé algunos de aquellos viejos papeles antes de tirarlos. Entre ellos encontré un relato que no recordaba en absoluto haber escrito; no me extrañó porque estaba fechado en 1981, cuando tenía veintidós, solo dos años antes de la abrumadora noche de las inundaciones; la noche que te conocí, Bárbara.

Era un cuento bastante largo, confuso y pretencioso, malo de solemnidad. Estaba dividido en párrafos apenas conexos unos con otros. Lo leí saltándome varios, pero uno, formado por una única frase, atrajo mi vista y atención con magnetismo, como si todo el proceso de limpieza de papeles, en un día con la mente despierta, hubiera estado dirigido por un ominoso azar para que me encontrara con esa frase y la releyera. Me asombró y desasosegó haberla escrito a los veintidós años. Decía: «Los fantasmas encuentran la puerta de acceso a este mundo a través del *delirium tremens* de los alcohólicos».

# V
# ALDABA

Me gustan los números romanos desde niño. Me encantaba poder leerlos y ser capaz de escribir con sus signos cualquier cifra que me propusiera por larga que fuese. Siempre me he demorado mirándolos en inscripciones de lápidas, monumentos y estatuas, referidos al año de nacimiento y muerte de próceres o a efemérides. En estos estúpidos tiempos de jactancia de la incultura, mucha gente, joven y no tan joven, los ignora, no sabe descifrarlos. Por no saber, los indocumentados chavales no saben ni distinguir una aldaba ni para qué sirve, desconocimiento que es para mí un alivio. Vivo en un cómodo apartamento de una sólida casa de finales del XVIII, de las más antiguas del barrio. En dos de sus pisos habitan mis inquilinos; el pago de sus alquileres son mis ajustados pero suficientes ingresos mensuales. La puerta del portal es grande, pesada y recia, de una sola hoja cuajada de remaches de hierro y toda ella pintada de negro —salvo cuando algún cabrón deja su firma enorme e ininteligible con un espray de pintura de color chillón—. Tiene una bonita aldaba, también de hierro y con forma de mano que aferra una bola. Suena como disparos de fusil. Cuando me mudé aquí tras divorciarme, pensé que la aldaba iba a resultar un calvario nocturno, que a la muchachada de jarana beoda le iba a dar por aporrearla a rebato; pero no, nunca. Una vez, por hacer la gracia, le enseñé a un niño cómo funcionaba. El sonido lo sobresaltó, hizo un puchero y su madre me llamó la atención. Me arrepentí al instante, no por haberlo asustado sino por la enseñanza y sus posibles consecuencias futuras. Por cierto y al hilo, resulta sorprendente la frecuencia con que pasan por mi calle o se quedan parados, que es lo peor, niños de muy corta edad pero potentísimo llanto que, presos de perras histéricas, lloran sus rabietas con una aceleración y un paroxismo propio de gurriatos que intuyeran el cuchillo del matarife. Me encantaría prescindir del comportamiento civilizado y meterle al infante de turno entregado a la berreadera un bofetón en condiciones que lo dejara enmudecido hasta atinar con el nuevo llanto, este justificado. Sería interesante la reacción de los padres, tan estupefactos como horrorizados. Ya

decía el rey Salomón que si escatimas el palo malograrás al niño.

Cuando intercambiamos las primeras palabras, Bárbara, mientras apreciaba de cerca tu especial atractivo y estilo y tus hermosos ojos apagados por la tristeza, me fijé en el broche que lucías en la chaqueta sobre tu firme pecho izquierdo libre de sujetador. Era un fino XIX de oro engarzado en un largo alfiler, el mismo que ahora sostengo en la palma de la mano y contemplo con una mezcla de nostalgia y congoja. Miro a continuación la pared donde tengo la litografía de la portada de la primera edición de *The Life and Strange Adventures of Robinson Crusoe, of York, Mariner*, que fue publicada en un año terminado en diecinueve, dato del que se informa en números romanos: MDCCXIX; y pienso que tú, cariño, eras una superviviente del naufragio de tu vida que habitabas en la soledad de una particular isla desierta, en un laberinto sin salida. El aislamiento y la desolación se debían a una pérdida insuperable y quizá tenían que ver también con la que calificaste de dolorosa historia del pasado que te recordaba y hacía siempre presente el broche —querías que así fuera— y que te negaste a contarme. Tu XIX, que ahora es mío, podía haber sido el típico objeto que le servía a Hitchcock de *macguffin p*ara articular un mecanismo de suspense. Tú, Bárbara, que eras una rubia canónica del cine de Hitchcock, lo utilizaste conmigo de modo parecido, rodeándolo de misterio.

No tuvo para mí la menor importancia tu edad, que doblaba la mía; habría podido amarte con toda mi alma, o quizá te amé como a nadie, en proporción al escaso tiempo que compartimos. Me entendí contigo de un modo especial, mágico; se podría decir que de una manera exagerada ya que acabábamos de conocernos y además jugabas conmigo. Así lo recuerdo, querida, como una conexión mental con una mujer como nunca había sentido ni he vuelto a sentir después —tampoco con mi mujer; el amor por ella fue otra cosa, no inferior, sino larga y diferente—. A ti te pasó lo mismo aquella noche de agosto de 1983, salvo que mintieras. Qué sé yo, Bárbara, quizá no fue para tanto —sí lo fue el elemento trágico, qué te voy a contar a ti sobre eso—. Era un chaval. No sé cómo era entonces, han pasado muchos años; tampoco sé cómo soy ahora, en 2019, aunque por distintas razones.

El amor es misterioso. Me acuerdo, y lo busco en la película para escucharlo de nuevo en inglés, cuando en *Ciudadano Kane* el anciano administrador Bernstein, Everett Sloane, le cuenta a un periodista que una mañana de 1896 iba a cruzar el río Hudson en

ferri para ir a Nueva Jersey y en el momento de la salida llegó otro barco del que bajó una joven. Llevaba un vestido blanco y una sombrilla blanca en la mano. Bernstein dice que no la vio más que un segundo y que la chica ni siquiera se fijó en él. Pero que por lo menos una vez al mes pensaba todavía en ella.

# VI
# REGUERO

Sueño que voy a vomitar. No me da tiempo a llegar al váter; el surtidor que sale imparable por mi boca no consigo taponarlo con una mano mientras corro con torpeza, y mancha el suelo con un reguero que solo en su parte final cae dentro de la taza. De rodillas, vomito el resto en otros dos golpes, sin angustia y solo líquido, mucho, de sabor agrio: licor desnaturalizado por el estómago. Ya no estoy soñando, es la realidad, o algo parecido marcado por la resaca que me revienta la cabeza y presiona los globos oculares como si me los oprimieran unos gordos dedos. Orino sobre el vómito antes de dar a la bomba; el agua se lleva mi inmundicia visible; ojalá pudiera accionar otro depósito que limpiara la interna.

Vuelvo a la cama por el camino del reguero; tampoco es que haya otra opción. Ya pasaré la fregona después, o nunca. Tumbado de nuevo, noto un mínimo alivio y aprecio que el vómito más cercano al lecho apenas huele, puede esperar. Recuerdo otro reguero, este de sangre, del que me habló un viejo amigo, también alcohólico. Al despertarse, vio que la sábana estaba manchada de sangre, bastante sangre, y se asustó. No provenía de la cabeza del caballo de *El padrino*, sino de un largo corte superficial que tenía en el antebrazo y que por el aspecto había dejado de sangrar hacía bastantes horas. No tuvo la menor idea de cómo ni cuándo se lo había hecho durante la noche temulenta, pero lo que le pareció aún más alarmante es no haber notado que sangraba al desnudarse y meterse en la cama. Al bajar después a la calle —vivía, como yo, en un piso alto sin ascensor— se encontró con el rastro de sangre de su herida: gotas secas en todos los peldaños y en los descansillos, que atravesaban también el portal y en el asfalto de la calle ya habían desaparecido.

No sé qué hora es. Voy a mirarlo en el móvil, pero no lo veo en la mesilla. Me invade un mal presentimiento. Me levanto y busco el teléfono por todo el apartamento, hasta debajo de la cama —donde no me meto para esconderme como infantil acto de negación de la putada solo porque no quepo en el hueco—; no está. El pálpito se agudiza. En el bolsillo de la chaqueta que llevaba por la noche

tampoco está mi cartera, ni en ningún otro lado. El reloj de pulsera, un Universal de oro que me regaló mi padre, sí lo encuentro donde lo suelo dejar al quitármelo, pero recuerdo que no me lo puse cuando decidí salir de casa por la noche a continuar la borrachera que inicié al mediodía. Eso es lo único que recuerdo. Quién, cómo y cuándo me han robado la cartera y el móvil es un absoluto vacío. Por no saber, ni sé cuánto dinero llevaba. Vuelvo a la cama, agotado por la búsqueda estéril, la impotencia y la desazón. Pienso que me hace cierta gracia haberme acordado de la amnesia con la sangre de mi amigo precisamente antes de ser consciente de la mía. Poco me dura el sentido del humor. Hace años que no tengo teléfono fijo; sin el móvil estoy incomunicado. La obligación ineludible y perentoria de salir a la calle con esta enorme resaca para ir a la tienda de Movistar del barrio a que bloqueen el móvil robado, comprar otro, rogar que me copien mi agenda de contactos de la nube y pedir que me dejen llamar al banco para anular las tarjetas de crédito, se me hace tan arduo como aguantar a un rebaño de tontos gritándome al oído.

En la ducha tengo un atisbo de recuerdo. La fugaz imagen de dos moros jóvenes, en mi calle, muy cerca de mí. Se reían y uno me tocaba la cara con ánimo de burla o de intimidación. Pero el amago de memoria, que puede serlo de un sueño, se va como ha venido y desaparece por el desagüe con el chorro de agua que prolongo sobre la cabeza. Bastantes veces tengo la duda, respecto a hechos y encuentros con personas sin mayor importancia, sobre si los he soñado o los he vivido borracho.

# VII
# INUNDACIÓN

Todavía no es de noche, pero el cielo se ha puesto tan oscuro que lo parece. Me gusta contemplar y oír la fuerte lluvia mientras bebo y fumo sentado en un taburete de una mesa alta exterior, cobijado bajo el amplio toldo de este bar. Llueve con una intensidad fragorosa, de un modo que me recuerda la lluvia catastrófica sobre Bilbao del 26 de agosto de 1983 y por tanto a ti, Bárbara.

Aquel día llovió de manera torrencial y sin pausas desde primera hora de la tarde —después del diluvio y de la destrucción explicaron que se trataba del fenómeno atmosférico que se conoce como gota fría; cayeron quinientos tres litros por metro cuadrado—. Era una lluvia pesada, densa y vertical cuya trayectoria no alteraba el viento. Ya había anochecido. Se temía que con la próxima pleamar la ría, que estaba muy crecida y bajaba demasiado rápida y aún más sucia que de costumbre, fuera a desbordarse y a inundar todo el Casco Viejo, pero la gente en las calles del barrio, yo incluido, nos manteníamos ajenos a ese peligro —pronto comprobé que también tú—. La peculiar falta de reacción colectiva se debía a que el personal iba muy pasado de rosca porque aquel viernes 26 de agosto era el día grande de la Semana Grande de fiestas de Bilbao; todo a lo grande, en consonancia con una reducida ciudad que siempre ha ostentado ínfulas de ser importante y especial. No me gustan las fiestas populares, ni siquiera entonces, que tenía veinticuatro años. Detesto la pueblerina vulgaridad, plena de exaltación nacionalista y de un *bilbainismo* a menudo cursi o zafio, de las fiestas de Bilbao y la manera vocinglera y tumultuosa de celebrarlas. En la actualidad me resultan absolutamente insoportables y desde hace muchos años huyo los desaforados nueve días que duran. Con mi radical intolerancia al ruido de todo tipo sería como exponerse a un hachazo siendo hemofílico. Pero en 1983, ya licenciado en Derecho —tras una renqueante carrera con cursos repetidos—, y agotadas las prórrogas por estudios, hacía la avasalladora mili obligatoria en Barcelona. Me habían dado unos días de permiso y había venido a pasarlos en casa, la de mis padres, que estaba en Deusto, cerca de la universidad donde me metieron a estudiar Derecho como la única

carrera de letras con una solvencia admisible. Aunque el patrimonio inmobiliario de mi padre estaba en el Casco Viejo, nunca le gustó el barrio ni de visita. El piso familiar de Deusto era alquilado; no tuvo oportunidad de comprarlo y tras su muerte lo perdí.

Así que sin nada mejor que hacer aquella noche y sin haber quedado con nadie —no recuerdo dónde andaban mis pocos amigos y mi novia me había dejado el 14 de abril: viva la República—, decidí, a pesar de las chabacanas fiestas, ir al Casco Viejo para tomar unas copas en Barrencalle, por la que andaba en ese momento, una de las históricas siete calles que terminan en la ribera de la ría. Barrencalle era entonces —ahora menos— una sucesión ininterrumpida de bares de copas, vetustas tabernas y tugurios inclasificables. Resultaba un curioso espectáculo ver a la gente ataviada con ridículas vestimentas festivas o semidesnuda bajo la cortina de lluvia, ajena al aguacero que caía con fuerza y explotaba contra el pavimento, como si ir empapada de alcohol por dentro la volviera insensible al agua que la mojaba por fuera. El estruendo del diluvio no lograba superar el de la masa, jubilosa como una tribu de homínidos que se regocija ante un fenómeno de la naturaleza sin noción de que puede aniquilarla. Las alcantarillas ya no daban abasto y el agua encharcada en la estrecha calle formaba un ancho canal que la recorría por la mitad y a todo lo largo, como la recorría yo. Entonces me fijé en ti, Bárbara: ibas unos pasos por delante de mí y en la misma dirección. Aunque te vi de espalda, me llamaste la atención de inmediato entre la chusma bamboleante; desentonabas en aquel bajo ambiente. Pensé en la Kim Novak de *Vértigo* caminando con indiferencia entre los zombis de *La noche de los muertos vivientes*. De hecho, unos punkis piojosos y descalzos, que chapoteaban en el gran charco, te soltaron alguna babosada que ignoraste. Te seguí. Eras una rubia de tono claro. En una metáfora de contraste contrario al que establecía el color de tu cabello y la grisura de los figurantes, Philip Marlowe habría dicho que pasabas tan desapercibida como una tarántula en un plato de nata. Llevabas el pelo recogido sobre la nuca en un pequeño moño formado por un bucle, un remolino de una sola vuelta idéntico al de Kim Novak en la película de Hitchcock, y vestías un traje entallado y oscuro de chaqueta y falda, con zapatos de salón. La falda te llegaba a medio muslo y mostraba que tenías unas piernas fantásticas que lucías sin medias, realzadas por los tacones de aguja que elevaban tu mediana estatura. Te cubrías de

la lluvia con un paraguas también oscuro y bastante grande, pensé que uno de esos de hotel para uso de los huéspedes; más tarde supe que había acertado. El diluvio no parecía entorpecer tu paso: caminabas muy bien. Aunque no te veía el rostro, habría apostado que eras una mujer guapa o una de esas feas —bellezas difíciles— con estilo, de irresistible atractivo. Entraste en el Kaskagorri, que era mi bar de copas favorito en el Casco Viejo. Me pareció una buena señal y entré yo también.

# VIII
# ESPESURA

Dedico mucho tiempo a leer y ver películas; hace ya una década que no trabajo. El amor por la literatura y el cine me salva de caer en una oscuridad cotidiana absoluta y alivia mi rigurosa soledad. Montaigne dice que la lectura es un placer lánguido; no sé si ver cine lo habría considerado igual.

Me gusta leer libros que no sean de ficción y periódicos mientras bebo —siempre en la calle, en casa rara vez tengo alcohol—. Me resulta muy placentero hacerlo en las terrazas de los bares; los primeros vinos incrementan el placer intelectual. Dejo de leer cuando alcanzo un grado de espesura etílica que me dificulta la concentración; entonces, simplemente sigo bebiendo. William Blake afirma que el camino de los excesos conduce al palacio de la sabiduría. Estoy de acuerdo solo en parte: en la primera parte del camino, antes de adentrarse en la ofuscación. El proceso de la ebriedad extrema es un viaje luminoso en su primer tramo, una inercia de un automatismo autista en el segundo y un destino ignoto en el tercero, el de más allá, el ajeno a la voluntad y el entendimiento. En la actualidad, llego con cierta frecuencia al territorio *más allá*, donde es como si desapareciese o fuera transportado a un universo paralelo, supongo que obtuso, sórdido y tenebroso. Lo considero así porque al día siguiente apenas recuerdo dónde he estado ni con quién ni lo que he hecho o me han hecho —por ejemplo, la noche que me robaron la cartera y el móvil—. En su libro *Black Out*, el término en inglés para llamar a esas lagunas de amnesia provocadas por el impacto en el cerebro de beber demasiado, la dipsómana María Moreno hace una consideración parecida a la mía respecto a los sucesivos tramos de la ebriedad cuando escribe que hay una euforia en el alcohol, un crescendo jovial que, paso a paso, se va volviendo oscuro hasta que asoma su fondo de irascibilidad y deseo de hacer daño.

De joven, y no tan joven, algunas borracheras despertaron en mí la ira con reacciones violentas. Me he pegado en bares y a la puerta de los mismos en unas cuantas ocasiones. No buscaba yo la boca, pero me mosqueaba mucho y rápido si alguien me la buscaba a mí.

Recuerdo aquellas peleas como episodios breves, brutales y bajos en los que atizas con lo que tienes a mano lo más rápido y fuerte que eres capaz para tumbar al otro y, si lo consigues, te cebas con él mientras está en el suelo hasta que alguien te separa para que dejes de darle coces; nada que ver con los joviales intercambios de puñetazos en las riñas tumultuarias de *saloon* del wéstern. Me han roto y he roto la cara, sin mayores consecuencias, salvo la vez que un tipo me fracturó la nariz con una botella de cerveza y tuvieron que arreglármela en el quirófano.

# IX
# CERTEZA

Releo la novela de Martin Amis *La información*. El título se refiere a lo que te susurra la parca al oído con nocturnidad, durante el hermético conticinio —que consideraba el *summum* de la paz, un bálsamo de silencio, y ahora, en total contradicción, se ha transformado en algo que me desasosiega y se ha revuelto contra mí como una alimaña invisible—, cuando asaltan los peores miedos y las revelaciones ante las que no te puedes engañar ni apartarte. Esa *información* es la certeza de tu propia muerte. Amis cifra la asunción personal de esa certeza en la cuarentena. La novela es de 1995, la publicó cuando tenía cuarenta y seis años; yo la leí por primera vez a los cuarenta y tres y no me sentí muy impactado por la *información* porque estaba distraído con otras cosas más alegres. Pasé una buena década de los cuarenta —sin pesar del divorcio o gracias a él—, en la que me divertí, disfruté de la alegría de vivir y todavía el exceso de alcohol no me impidió tener satisfactorias relaciones con bastantes mujeres. Supongo que mi propia *información* me llegó a los cincuenta. Cumplir medio siglo me impresionó y fui consciente de que había cruzado, sin retorno posible, el río en el que al otro lado comienza la decadencia y el tortuoso sendero, siempre cuesta abajo —o cuesta arriba en un sentido de fatiga caminante—, hacia la vejez. Y mi vida se opacó, o yo la ennegrecí, en todos los sentidos. A los cincuenta y cinco, esa lúgubre impresión se consolidó y comprendí que la crisis ya no se supera nunca. Ahora sé que la de los cincuenta no era más que un mero ensayo o un prólogo de la auténtica crisis, la de los sesenta, en la que estoy sumido y se corresponde con una vida aún más alcoholizada que he convertido en un infierno cotidiano lleno de incertidumbres —salvo la certeza de la vecindad de la muerte— y visitado por entelequias de pesadilla cuya irrupción por la noche, en mi cama, es el peor efecto tras haber llegado *más allá*.

Recuerdo las palabras de mi padre, que murió hace diez años, a los ochenta y uno, aniquilado por el alzhéimer, cuando juntos acompañábamos la agonía de mi abuelo, su padre —aunque he de confesar que expiró en los escasos minutos que lo dejamos solo

porque bajamos al bar de la clínica, que servía alcohol, a meternos un coñac, la bebida de mi padre—. Me dijo:

—Me acuerdo de lo que me dijo tu abuelo, que está ahí muriéndose —confié en que no nos oyera; en fin—, cuando murió su padre, mi abuelo. Me dijo: «El siguiente soy yo». Así que ahora te digo lo mismo: el siguiente soy yo.

Mi padre se ponía a veces solemne; la situación lo justificaba. Un poco juego de muñecas rusas una dentro de la otra, pero está claro quién es el siguiente en la *matrioshka*. La diferencia es que yo no tengo un hijo al que soltarle la frase lapidaria de relevo de testigo para el final de la carrera a la pata coja. Lamento no haber tenido un hijo. Mi mujer me lo propuso, pero no quise. Esa negativa, la falta de cuidado con la relación, las infidelidades y el alcoholismo me costaron el divorcio.

Escribió Wislawa Szymborska en sus deseos a un niño próximo a nacer: que sea feliz a veces y que salte precipicios. Me habría gustado enseñar a un hijo a saltar los precipicios que conoces, distingues o presientes. A salvar las dos clases de precipicios: la atracción del abismo que albergamos cada uno y las simas de la adversidad que pretenderán acabar contigo. Aunque mal guía del desfiladero habría sido yo, que lo único que sé hacer ante mis precipicios es despeñarme por ellos. Mi padre no me enseñó a saltar ninguno.

En 1995, mi mujer me puso un ultimátum bajo condición resolutoria. Quería ser madre y consideró que ya había esperado más de la cuenta. Tenía un año menos que yo, treinta y cinco. Era una mujer expeditiva y de ideas claras que no se andaba por las ramas; la diplomacia no era su fuerte. Se crio en Otxarkoaga, un barrio duro que imprime carácter. Me dijo a bocajarro:

—Seguramente tener un hijo contigo, que no crecerás del todo nunca —la novia que me dejó durante la mili me decía que era un adolescente perpetuo—, sea un error, pero es lo que hay y vivo contigo, no con otro. Piénsalo. Si decides que no quieres, nos separaremos. Te lo digo en serio.

No me cupo duda de que la advertencia no era un farol. Tomé la decisión equivocada rápido y sin calibrar su precio. Quizá haya sido la peor equivocación de mi vida. El compromiso y la responsabilidad que comporta tener un hijo, convertirme de verdad en un adulto, me abrumó. También me disuadía el puro egoísmo. A los treinta y seis años era muy cantamañanas y vivalavirgen; un niño no entraba en mis planes dentro de una vida con tanta dedicación al

jolgorio y marcada por el alcohol. Debido a mis méritos, la relación de pareja estaba desgastada, sobre todo para ella, que además sospechaba que le era infiel —después de separarnos, unas almas caritativas se lo corroboraron—. No dejaba de ser contradictorio que a pesar de esa descalabrada situación quisiera tener un hijo conmigo, debía de desearlo mucho. De hecho, me enteré por amigos comunes de que tuvo una hija, no supe con quién, solo dos años después de perderme de vista.

Los primeros años de convivencia fueron muy buenos. Ninguna otra mujer me ha querido como ella. Pero lo destruí: maté su amor por mí. Después de la ruptura fui consciente de la exacta dimensión del final del poema *Ya no*, de Idea Vilariño: *Ya no estás en un día futuro no sabré dónde vives con quién ni si te acuerdas. No me abrazarás nunca como esa noche nunca. No volveré a tocarte. No te veré morir*.

Lo único positivo es que he evitado envejecer al lado de su acechante rencor.

Tras el divorcio, solo me he encontrado con ella dos veces —vendió pronto el piso en el que vivimos juntos, me dio por la venta la mínima cantidad que le fue posible y dejó el barrio—. La primera fue un año más tarde. Al anochecer y solo, tomaba un gin-tonic en la terraza del Lamiak, en la calle Pelota. La vi venir desde lejos. Mientras se acercaba, apreció que estaba radiante; le había sentado bien separarse de mí. Pasó por delante de mi mesa acompañada de un hombre con el que iba de la mano. Me pareció un tipo vulgar y corriente, pero habría opinado lo mismo aunque hubiera sido clavado a Paul Newman. Se me ocurrió que quizá ya estaba liada con aquel sujeto antes de dejarme, elucubración que apenas me inquietó. Sin detenerse, se limitó a saludarme, pero me miró con cierta intensidad y creo que con lástima.

El segundo encuentro sucedió después de bastantes años, en una calle fuera del barrio y también por la tarde. Recuerdo que, por cortesía social —que entonces conservaba en parte—, me dirigía a la presentación en una librería de una novela de alguien a quien conocía. Ella iba con una niña de unos diez años. Esta vez sí se paró a hablar conmigo. Pensé que lo hacía para que conociera a la hija que no quise tener con ella y que fuera consciente de lo que me había perdido. Me presentó a su hija, se llamaba Lucía. Era muy guapa, como su madre, y tenía los mismos ojos grandes y de intenso color azul. Madre e hija se parecían mucho. A los pocos minutos del encuentro siguieron su camino y me dejaron solo. Pasé de ir a la

presentación del libro y me encaminé al bar aceptable más próximo.

Los alcohólicos sabemos que con nuestro deporte de barra fija acortamos nuestra vida, pero quizá de eso se trata: de evitar la extrema demolición de la vejez —supongo que cada década he improvisado una disculpa distinta para justificarme seguir bebiendo y aumentar las dosis—. Y mientras, el alcohol me hace más llevadero el viaje a la nada, el progresivo descenso por los peldaños de la escalera de caracol sin pasamanos, aunque al mismo tiempo opera como una pescadilla que se muerde la cola o como una montaña rusa en espiral —mi laberinto— en la que te diviertes a ratos —o te asustas— pero incrementas la velocidad del declive y aceptas la probabilidad de descarrilamiento, de convertirte en un mueble tras un derrame cerebral sin asegurarte la nada de la muerte. Juego a la ruleta en el caro casino de la destrucción y apuesto siempre al cero. Dicen que los números de la ruleta suman 666, el de la bestia, nunca me ha dado por comprobarlo. Las pocas veces que he ido a un casino después de que aparecieras en mi vida, Bárbara, siempre he apostado a pleno al impar y rojo diecinueve.

Al miedo hipocondríaco a la enfermedad grave se ha añadido el miedo al deterioro mental y sobre todo a la locura, de cualquier tipo, con el alzhéimer a la cabeza por posible herencia genética de mi padre; no me parecía nada a él en el perfil mental, pero soy igual en el físico —¿me salvaré del alzhéimer por esa diferencia de composición de la mente o me condenará la igualdad física?—. La locura quizá ya se anuncia en las alucinaciones debidas no sé si a *delirium tremens* o a rápidos zarpazos de psicosis de borracho. Son pavorosas imágenes que ni siquiera distingo si imagino que las veo o de verdad las veo —y ellas me ven a mí— durante las noches de terror.

# X
# PRIMERA

¿Cuándo se me empezó a ir el alcohol de las manos? Es probable que desde la primera copa, la primera de verdad, servida por un camarero en un bar. Fue en 1972, a mis trece años, en el Támesis, una cafetería con ciertas pretensiones. Me invitó a ese primer gin-tonic mi primo Roberto, que tenía diez años más que yo, era culto, muy cinéfilo y algo viajado para el Bilbao de la época. Le gustaba verme de vez en cuando para hablar de películas, hacer conmigo un cierto papel de mentor y contarme sus ligues. Por supuesto, bebíamos en la barra del bar. Aquel primer gin-tonic estaba preparado con media tónica Schweppes —creo recordar que Roberto pedía una para los dos—, una buena dosis de ginebra MG, media rodaja de limón amarillo y el conjunto servido en deprimente vaso de tubo, que era lo único que se usaba entonces para los combinados. Lo tomé de austera ginebra MG durante muchos años, hasta un día que me dio mal rollo ver a un camarero que limpiaba los cromados de la barra con la botella de MG en una mano y un trapo en la otra que empapaba en la ginebra, y que al pedirle un gin-tonic se limitara a sustituir el trapo por mi vaso; fue una de las metáforas de la larga alegoría, del lento pleonasmo.

Aquella primera tarde de charla y gin-tonics con el primo Roberto tomamos tres. Lo recuerdo con la precisión que proporciona a la memoria la importancia de un rito iniciático. No supe hasta mucho después que esa iniciación iba a condicionar —o más bien a determinar— toda mi vida. El camarero que nos puso las copas no tuvo reparos en servir alcohol fuerte a un menor. Aunque yo aparentaba más de trece años, se apreciaba que no era mayor de edad.

Los encuentros etílicos con Roberto se repitieron bastantes veces. Nunca se negaron, ni en aquel bar ni en otros, a ponerme una copa. Pero ni aquellos camareros ni mi primo tuvieron la culpa del despertar de mi sed inagotable, que sin duda ya estaba programada de antemano en el inconsciente.

John Barleycorn —grano de cebada— es el personaje de una antigua canción popular que da pie a que en el mundo anglosajón se

llamara en el pasado con este nombre a la cerveza, el whisky y por extensión a toda bebida con alcohol. En *John Barleycorn* o *Las memorias alcohólicas*, Jack London cuenta que sufrió —le sentó mal— su primera borrachera y resaca cuando contaba la muy temprana edad de cinco años. Su padre lo mandó a por una pinta de cerveza, que tenía que traer en un pequeño barrilete rebosante. El niño fue bebiendo la cerveza que se derramaba del recipiente —llevaba la pinta en una especie de bandeja— por el vaivén al caminar. El sabor le gustó y bebió más, pero el placer fue efímero. Pronto se mareó y las piernas apenas lo sostuvieron. Durmió la melopea varias horas al pie de un árbol y se despertó con náuseas y dolor de cabeza. Desde entonces, y durante toda su corta vida, John Barleycorn fue inseparable compañero de Jack London. Consideró que la luz del alcohol le permitía acceder a las verdades más descarnadas: los despiadados y espectrales silogismos de la lógica blanca. Para el yonqui Burroughs, el instante helado en que ves lo que hay en las puntas de tu tenedor durante el almuerzo desnudo.

Agarré mi primera borrachera con doce años, en 1971, un año antes de aquellos gin-tonics iniciáticos con mi primo. La trompa fue con mi banda —nos gustaba llamarnos así— de Bakio, una pandilla de chavales de parecida edad que veraneábamos en el mismo edificio de ese pueblo de la costa vizcaína.

En los bajos del bloque de apartamentos había un par de bares y el almacén de uno de ellos tenía unos ventanucos que daban a la discreta parte de atrás del edificio, una de nuestras zonas de correrías infantiles. Cierto día descubrimos que uno de los ventanucos tenía el cristal roto y que había algunas cajas de botellas que no solo quedaban al alcance de la mano, sino que cabían por el hueco, que despejamos de aristas de cristales. Afanamos las cajas más próximas, que eran de botellitas de veinte centilitros de Codorníu *semiseco*, las que llamaban *benjamines* —después comprobé que las chicas, en las discotecas, apreciaban la invitación a un benjamín porque les parecía distinguido—. No sé cuántas cajas nos llevamos, pero desde luego las suficientes para que toda la pandilla, seis o siete, pilláramos con aquel vino espumoso dulzón y a temperatura ambiente de verano un pedo considerable en nuestro cuartel general, un pequeño camping abandonado cercano a casa. Ese día no tuvo consecuencias paternas; debimos de dormir la tajada en la hierba.

El ventanuco seguía sin cristal unos días después de la fiesta de los benjamines. Los del bar no se habían percatado todavía del

hurto. Así que repetimos la operación. El botín se redujo esta vez a una sola caja, pero más pesada y más grande; costó sacarla. Era de Karpy, licor de naranja. Todavía hoy me estremezco al ver la etiqueta de esa marca. La caja contenía seis botellas grandes, de setenta centilitros y treinta y seis grados de alcohol. Volvimos a emborracharnos en nuestro camping, que no era más que un cuadrado de tierra con hierba muy crecida y bastantes árboles, delimitado por una valla baja con puerta. Pero esta vez cometimos el error de soplarnos aquel brebaje a última hora de la tarde, sin margen suficiente para la recuperación antes de la hora marcada para volver a casa. Creo que se debió a que invitamos a la ingesta del edulcorado licor a tres chavalas del pueblo —la diferenciación entre veraneantes y pueblerinos era rigurosa y clasista— que a veces estaban con nosotros y que no podían venir antes. Así que las esperamos, quizá con la expectativa de que desinhibidas por la priva nos dejasen besuquearlas y meterles un poco de mano. Pero, claro, el Karpy de treinta y seis grados y en aquella cantidad no era lo mismo que las botellitas de cava. Nos bebimos hasta la última gota y agarramos la gran manga. Nada de magreos, solo aullidos y enajenación. Alguno llegó a sumirse en un estado próximo a la inconsciencia y casi todos vomitaron; yo no, como tampoco vomitaría una década después, cuando estudiaba Derecho y, por una circunstancia azarosa, mis amigos y yo esnifamos heroína de buena calidad durante una temporada que afortunadamente fue breve. Ese corto tiempo fue el único de mi vida en que me ha dado igual beber o no. Con el caballo todo te da lo mismo, ocupa la totalidad de ti y basta con estar, colgado, suspendido en una indefinida pausa —lo más parecido a una felicidad sonámbula—. Y es reacción habitual vomitar con la heroína, así les sucedía a mis compañeros de droga de la universidad nada más esnifar el caballo. Gozo o padezco, según como se mire, una notable tolerancia a la toxicidad.

Tras la ingesta de Karpy —quizá de ahí viene el origen de lo poco que me gustan las bebidas dulces en general—, la vuelta nocturna a casa desde el camping al bloque de apartamentos por el tramo de carretera tuvo que parecer el desfile de una comitiva de zombis. Esta vez sí se enteraron nuestros padres y las broncas fueron monumentales. La peor parte se la llevó Juanjo, cuyo padre era capitán de infantería en el cuartel de Garellano y él conocido como *hijo del capi*. El militar era uno de esos tipos que llaman al cinturón correa y con ella corrigió al hijo en su lonja del garaje. Sin embargo,

los del bar expoliado se limitaron a cambiar el cristal del ventanuco sin indagaciones, al menos de las que nosotros nos enteráramos. Mi padre sí me preguntó cómo habíamos conseguido la bebida; no tengo ni idea de qué tipo de bola le conté, pero seguro que no se la tragó. Pocos años después, en mi adolescencia, llegué una noche a casa con un pedo rotundo. No se me ocurrió otra cosa que decirles a mis padres que no era lo que parecía, que me habían detenido policías de la Brigada Político-Social y me habían obligado a beber ginebra para que hablara —quién sabe de qué—. Mi padre, cuando la memoria ya le fallaba por el avance del alzhéimer, todavía se acordaba de aquello.

En *La ofrenda*, novela de Gustavo Martín Garzo, se incluye una breve historia que supongo verídica. La joven maestra de la escuela de un pueblo de León, en los años sesenta, cree que sus alumnos padecen algún mal endémico, propio de la comarca. Los chiquillos, por la mañana, permanecen en clase en un estado de adormilamiento e incluso algunos se duermen. La maestra descubre que esa somnolencia invencible se debe a que están ebrios porque sus padres les dan, con el desayuno, vino caliente. ¿Cuántos de aquellos niños habituados al vino serían después alcohólicos? ¿Cuántos de los de mi banda de Bakio —beber alcohol no fue puntual—, además de mí, lo fueron de adultos? Como dijo Dylan Thomas, otro borracho, la pelota que lancé cuando era niño no ha tocado el suelo todavía.

# XI
# YUGO

A los sesenta años, follar o no follar me importa cada vez menos; será por la merma de testosterona, por el incremento de misantropía y por la asidua dedicación al alcohol. Sin embargo, al mismo tiempo, el imaginario sexual es intenso como nunca, desbocado, y a veces me sorprendo a mí mismo por las desinhibidas procacidades que me vienen a la cabeza. Ocupa mucho tiempo en mi pensamiento y me mantiene en un estado mental lujurioso que se compensa o desfoga poco con sexo real, lo cual me produce frustración. De todos modos, para el alcohólico en la cresta de la ola o dando vueltas en el remolino de su interior cuando ya ha roto, la práctica del sexo no es una prioridad. Manuel Vilas, alcohólico en dique seco desde hace años, escribe en su novela *Ordesa* que para un bebedor el sexo solo es un aditamento, un adorno del alcohol, tal vez su mejor adorno, pero solo un adorno.

Perdí a mi última novia a los cincuenta y cuatro años. Tenía un feo nombre vasco que omitiré. Era una señora guapa y agradable de conversación aburrida con la que mantenía una entente apacible pero anodina, también en el sexo. Nos veíamos solo los fines de semana, que pasábamos en su casa o en la mía, y fuimos juntos de vacaciones dos o tres veces. Apenas bebía y le disgustaba que yo lo hiciera. Poco a poco, ambos dejamos de alimentar nuestro adocenado noviazgo y murió de inanición. No obstante, la echo de menos. Ahora, la soledad es rigurosa y peor. La larga falta de cualquier clase de amor te apaga el alma lentamente. A veces, salgo a la calle con un paraguas de mujer para que los desconocidos puedan pensar que tengo pareja.

Me masturbo con frecuencia cotidiana sirviéndome de la inagotable pornografía en Internet, de imágenes idealizadas por la memoria de sexo del pasado y de fantasías con mujeres a las que deseo. Sigo la vieja máxima de *semen retentum venenum est*; me parece bueno para el cerebro y las cañerías eyacular a diario; y, por otra parte, me entretiene un ratito. Profusas —solo en número— pajas a los sesenta: mi mayor aproximación a la épica. Como decía Barry Fitzgerald en *El hombre tranquilo*: «homérico». O

prosopopeya con gusanito.

Algunas noches durante el tercer tramo de la ebriedad, el de *más allá*, he tenido sórdidos escarceos venéreos —escupitajos de sexo, a veces caritativo y otras mezquinamente transaccional mediante invitación continuada a copas— en los retretes de tugurios del otro lado de la ría con borrachas piradas de dar miedo; también con una travesti muy fea, que quizá por ello me resultó morbosa, a la que le chupé la polla y no recuerdo si eyaculó en mi boca, supongo que no le pondría pegas. Luego me la chupó ella a mí, pero estaba demasiado borracho y no conseguí correrme. Durante la mili en Barcelona, que hice trabajando de oficinista en la caja de reclutas, cerca de Las Ramblas, paseaba un frío anochecer de invierno por la de Santa Mónica —nos dejaban salir del acuartelamiento vestidos de paisano y no teníamos que llevar el pelo rapado—, la más cercana al Barrio Chino. Había poca gente. Caminaba despacio y distraído mientras fumaba un canuto de hachís. Una puta que estaba haciendo la calle me entró. Me ofreció un francés por poco dinero. Se trataba de una travesti joven, como de mi edad, era guapa y estaba muy buena. Me acuerdo —qué bien se recuerdan detalles de la juventud— de que llevaba un minivestido escotado que mostraba hasta la mitad las areolas de los pezones de sus grandes tetas, botas muy altas de tacón de aguja y que su única prenda de abrigo era una torera de falsa piel de leopardo; se notaba que tenía frío, lo que le daba un aire desvalido. Le dije la verdad, que no llevaba en ese momento ni un duro. Me pidió que le pasara el canuto; se lo di y le dije que podía terminarlo. Fumó con ganas y le pareció buen costo. Se quejó de que con ese frío y en día de labor apenas había clientes. Cuando terminó de fumar, pisó la colilla girando la aguda puntera de la bota varias veces y me dio las gracias. Me dijo que le había caído bien y que si quería me lo hacía gratis. Fuimos a un cercano portal del que tenía llave, apagó la luz y me regaló la mejor mamada de mi vida. La busqué otros días, por allí y por bastantes bares de putas del Chino, pero no volví a encontrarla. Di por terminada la búsqueda cuando en la calle San Ramón, quizá la más sórdida del barrio, y había dónde elegir, un crío gitano me propuso una paja por una libra, es decir, cien pesetas. Nunca volví a pisar aquella calle.

Una vez por semana o cada dos, venía Amaia a casa, siempre por la mañana; me gusta el sexo por la mañana. Nos citábamos cuando sabía que iba a tener resaca porque, si no es de las demoledoras, incrementa mi lujuria de un modo exponencial. Amaia es una

cuarentona, o quizá haya cumplido ya los cincuenta —nunca le pregunté la edad—, de físico rotundo, muy atractiva y voluptuosa; una de esas mujeres que irradia poderío sexual. Tampoco le hice preguntas sobre su vida. Supongo que es una señora de su hogar, con marido e hijos, que consigue un dinerito para ella con su talento para el servicio sexual —supe de Amaia por la entusiasta recomendación de un conocido—, que completaba con un trato amable y que cobraba con una adecuada correlación de la calidad con el precio, al que yo añadía una propina creo que generosa. Por lo general me bastaba con el prólogo de calentamiento y un sesenta y nueve. Me gustaba comerle el coño mientras me la chupaba con esmero, tumbada sobre mí, y me corría muy bien con la polla a media asta, la mayor erección a la que llego sin ayuda química. Como teníamos confianza, ella evitaba el fingimiento de que se excitaba, como suelen impostar putas de burdel con tontos necesitados de reafirmaciones de su virilidad. Cuando me apetecía follar me tomaba una hora antes una pastilla de viagra de cien miligramos. Amaia me permitía hacerlo sin condón y eyacular al final en su boca o en las macizas tetas. Una vez, para mejorar la erección y poder metérsela por el culo, me tomé dos viagras: fue una sobredosis. Se me puso la cabeza al rojo vivo, sudé como un minero y me mareé. Creí que iba a palmarla. Superado el jamacuco, ponderé que ni siquiera por un culo como el suyo valía la pena tanto sofoco.

La primera vez que follé por el culo a una chica fue a mis dieciocho años, con un ligue de la universidad. Había visto hacerlo en la película de Walerian Borowczyk *Cuentos inmorales* —o quizá fue en *La bestia*, del mismo; no voy a volver a ver ninguna de las dos para saberlo— y estaba loco por llevarlo a la práctica. En la secuencia, la joven se colocaba de rodillas en el suelo de la habitación con la mitad superior del cuerpo tumbado en la cama y el culo bien expuesto y accesible. Supuse que esa era no la mejor postura, sino la única posible para esa clase de penetración, y así pedí que se colocara a la chica de la vida real. Me dijo que también para ella era la primera vez de ese modo y que aunque le daba un poco de miedo, le apetecía hacerlo. De rodillas tras ella, la lubriqué solo con saliva y se la metí entera por el culo con la facilidad que otorgan las inquebrantables erecciones a esa edad. Le hizo bastante daño al principio, pero me pidió que siguiera, que continuara despacio hasta metérsela del todo y que al final me corriera dentro. Recuerdo como si fuera hoy que fue delicioso.

En la parte final de la mili, después de nuestra noche, Bárbara, me acosté bastantes veces con una chica muy joven que era la hija de los del bar de enfrente de la caja de reclutas. Aunque no tenía más que diecinueve años, asumía plenamente que su fogosa y promiscua bisexualidad estaba ligada al masoquismo y lo llevaba a la práctica llegando tan lejos como estuviera dispuesto cada nuevo compañero o compañera de cama —de clavos—. Le gustaba follar por el culo sin lubricación alguna. El dolor de la penetración hacía que se corriera al instante y con una intensidad agónica. El problema es que también me hacía daño a mí meterle la polla con esa sequedad por conducto tan ceñido —la frecuencia aún no había dilatado un ano tan joven— y la satisfice de ese modo en pocas ocasiones. No la complací en absoluto en el siguiente paso o vuelta de tuerca de sus éxtasis sufrientes. Aunque era de formas redondeadas, tenía los pechos pequeños, lo cual compensaba con unos pezones muy grandes, prominentes y cilíndricos que me excitaban mucho. Un día apareció con un juego de agujas y me pidió que le atravesara los pezones de lado a lado. Le dije que eso era demasiado cruento para mí y me negué; no volvió a verme. Si me lo hubiera pedido ahora, la habría puesto como un acerico sin dudarlo. Incluso, Bárbara, le habría unido los labios mayores del coño con el largo alfiler de tu XIX de oro.

A Amaia, mi profesional asistenta venérea, le gustaba mucho el champán. El día que iba a venir hacía una excepción a la ausencia de alcohol en casa y tenía siempre una botella de Taittinger en la nevera, que nos bebíamos juntos después del sexo. Ese rato, durante el que manteníamos una agradable conversación sobre asuntos diversos, sobre todo triviales, me resultaba casi tan placentero como disfrutar de su cuerpo y habilidades.

Pero algo pasó con Amaia, no sé qué fue y no quiso decírmelo. Llamé como de costumbre a su móvil para quedar. Me costó dos llamadas que cogiera. Al hacerlo, me habló con sequedad y cortó la comunicación enseguida. Me dijo, como si fuera una empresa, que había cesado en la actividad y que no iba a volver. Le pregunté si había pasado algo y me respondió, tajante, que nada en absoluto. Acto seguido se despidió con un escueto «*agur*». Pensé que quizá el marido había descubierto su faceta de prostituta o que la razón era personal y cualquier otra, pero no pude evitar la desagradable intuición de que la causa de su adiós residía en algo de mi comportamiento, o de mis palabras, que le había molestado y que no tuve la menor idea de qué pudo ser. La última vez que estuvo en mi

casa no percibí nada raro. No creo que sea un problema de olvido por mi parte. Hasta donde puedo saberlo, solo tengo lagunas de memoria respecto a algo que he vivido borracho; pero hay que considerar que todo tiene un comienzo que puede aparecer en algún peldaño de la escalera de bajada. En cualquier caso, sentí perder a esa espléndida mujer y por ahora no me he planteado sustituirla.

La paranoia neurótica respecto al adiós de Amaia me surgió por un agrio episodio anterior que sucedió hará cerca de dos años con otra mujer, la última con la que me he acostado en condiciones normales y sin dinero de por medio. Tampoco hace falta su nombre. Es una mujer madura, inteligente y culta, de físico espectacular, que trabaja en el barrio. Éramos amiguetes y cuando nos encontrábamos le gustaba conversar conmigo. Una tarde prolongamos el diálogo, nos emborrachamos juntos, nos besamos y terminó por pasar la noche en mi casa, donde perdimos el conocimiento nada más tumbarnos, aunque tuve presente lo cálido que me resultó volver a sentir la llegada del sueño abrazado a un bello cuerpo de mujer. Cuando las ganas de mear me despertaron al cabo de unas horas, como cada noche, después no tuve miedo hasta volver a dormirme. El sexo quedó pendiente para el despertar por la mañana: bien. Tiempo después me la encontré, fui a darle un beso de saludo, me rechazó, me dijo que estaba muy enfadada conmigo, me dejó con la palabra en la boca y se fue con paso rápido. La llamé al día siguiente y conseguí que accediera a vernos. Quedamos en la terraza de un bar de la Plaza Nueva. El encuentro fue tenso y con una banda sonora a juego con la tirantez: se colocó cerca de nuestra mesa un chaval con cara de ruso, del elenco del barrio, que rasga con vesania un violín que no sabe tocar, por lo que intenta contrarrestar la total ausencia de melodía acompañándose de rítmicas y fuertes patadas que da en el suelo con sus zapatones. En fin. Mi examiga me explicó que le había contado una pareja de amigos suyos que una noche, en uno de los bares habituales, yo estaba con otro tipo y bebido. La pareja le aseguró que, a volumen para la mayor parte del bar, había alardeado con mi acompañante de la conquista con ella, que había descrito su cuerpo e incluso había entrado en detalles sexuales. Los informantes añadieron que les resultó repulsivo. Me quedé estupefacto. Le aseguré que todo eso era mentira; no me creyó. Adujo que por qué sus amigos iban a inventarse algo así; no supe qué argumento oponer. Le dije que en caso de que fuera cierto, no lo recordaba en absoluto, ni la situación ni nada de nada; tampoco me creyó. Y que desde luego, no era mi

estilo —creía que tampoco borracho— contar ese tipo de detalles, y que además rara vez hablo alto; silencio por su parte y cara inexpresiva de póquer. Antes de irse, a modo de leve venganza haciéndome algo de daño —me lo hizo—, me restregó que, de todos modos, aunque no hubiera sucedido ese penoso asunto ya había tomado la decisión de no volver a acostarse conmigo porque no le gustaba tener relaciones sexuales con hombres tan mayores.

La honda inquietud, cuando me quedé solo, me preocupó en una doble vertiente: la primera, si aquello era verdad, el no recordarlo ni por asomo por más esfuerzo de memoria que hice; y la segunda, y todavía peor, la posibilidad de que muy borracho pueda convertirme en una especie de *mister* Hyde, en un patán soez. Preferí no indagar por otros medios sobre la veracidad del bochornoso episodio. Que quedara en la duda, entre las brumas de la incertidumbre, era más soportable que averiguarlo. Habría resultado un alivio si hubiese conseguido saber que era falso, pero demoledor lo contrario.

En *Mi último suspiro*, las memorias de Luis Buñuel que escribió Jean-Claude Carrière a partir de las conversaciones con su amigo y director, cuenta que una mañana Buñuel lo llamó por teléfono para decirle que por fin había sucedido y que había sido de repente, como por arte de magia: se había librado del yugo del sexo, ya no le importaba nada y estaba inmunizado para siempre hacia las mujeres. Lo consideraba un definitivo alivio. Unos días antes había cumplido ochenta y un años. No creo que yo llegue a esa superación porque dudo mucho que alcance edad tan provecta. Mientras, ahora, lo único que sucede es que uno continúa siendo joven, pero queda encerrado, prisionero en un cuerpo que se desmorona y resulta invisible para las mujeres. También me parece que soy más inteligente que antes —o mejor dicho, menos tonto—, pero desde luego sin efectos prácticos, salvo la forja de más dolor; con la edad la inteligencia te abrasa, te consume. Cuando por fin lo entiendes todo, ya no sirve para nada; has dilapidado el capital y solo quedan deudas. Envejecer es inimaginable, excepto para quien envejece, dice Philip Roth. El cerebro, y más si eres alcohólico, juega a la misericordia y, según envejeces, te inocula dosis crecientes de alguna droga química de elaboración propia que te ayuda a la asunción resignada de la decadencia. No obstante, me resulta interesante y curioso asistir al proceso de mi propio envejecimiento y observarlo como desde fuera, como ver hacerse viejo a tu perro —no lo vi—. Sin duda, un efecto más de esa droga casera. Y procuro mantener la guardia alta para no convertirme en un viejo

asqueroso. En la vejez, todo lo abyecto sube de grado.

Fantaseo con la idea de volver al caballo dentro de una década si el alcohol y la locura no han terminado todavía conmigo. Pero a los setenta, en serio y por vena, y así arribaré por fin al dique seco. Me gustaría que me pinchara una rubia *kitsch* de grandes tetas, uñas largas pintadas de color sangre de buey, vestida con uniforme de enfermera blanco y con cofia, como de película americana de los setenta o de disfraz de *hooker* teatrera de Las Vegas, y que me deje chuparle los pezones bien cogido a sus altos tacones de sandalias de salón mientras me mete la aguja y bombea con cariño. Y cuando me porte mal, que se ponga un arnés con una polla de goma dura y me castigue o me premie dándome por el culo; también puede mearme encima si está incluido en el precio. Será el instante helado de mi almuerzo desnudo; o todo lo contrario.

# XII
# INUNDACIÓN

En 1983 quedaban todavía muy lejos la viagra, las lagunas mentales y la invisibilidad ante las mujeres. En 1983 era inmortal. Luis Eduardo Aute lo expresa con la belleza de lo contrapuesto en su canción *Días de amores* cuando dice que aquellos fueron días con luna y noches con soles cuando la carne era el pan de los dioses. Ahora, treinta y seis años después, es tiempo de sombras y mi carne solo la quieren los fantasmas más voraces.

En *John Barleycorn*, London dice que su condición de bebedor resistente se debía, más que a una necesidad o deseo de alcohol, a una convicción intelectual. Creo que a la larga no es así. El remedo de elegancia con el alcohol, la pretenciosa y petulante estupidez de considerar el alcoholismo durante la juventud como una desviación de la inteligencia, se desvanece con la madurez; y después ya solo eres un viejo borracho.

Dentro del Kaskagorri había menos gente que de costumbre. Se notaba que la clientela habitual del bar, algo escogida por el precio de las copas en comparación con el lumpen mayoritario de Barrencalle, había desaparecido por las fiestas o por el peligro de desbordamiento de la ría. Te localicé enseguida: te habías colocado al comienzo de la barra, en un buen ángulo para ser vista. Busqué un hueco desde el que pudiera observarte a cierta distancia; lo encontré. Te estaban sirviendo un gin-tonic de ginebra Bombay, la marca que bebía yo entonces. Ese detalle de afinidad en el trago me gustó. Pedí lo mismo. Aunque estaba a unos cuantos metros de ti, pude apreciar que eras muy guapa: de pómulos altos y facciones finas. Me pareció que de tez demasiado blanca, pero podía ser efecto de la iluminación del local. Lucías un buen escote formado por el amplio ángulo de las solapas de la chaqueta, abotonada más abajo del esternón, lo cual hacía patente que no llevabas blusa ni probablemente sujetador y resultaba erótico. Desde la distancia no pude distinguir hasta qué punto era generoso tu escote; cuando después pude admirarlo desde más cerca me pareció magnánimo: dejaba a la vista una prometedora porción de los preciosos pechos que en algún momento de aquella extraña noche de diluvio y

catástrofe entreví en un fugaz alivio de la oscuridad y pusiste al alcance de mis manos y mi boca. Pensé que tendrías unos cuarenta años, quizá más —después me dijiste que cuarenta y ocho, el doble que yo, si es que no te quitabas años; en todo caso, aparentabas bastantes menos—. Tu edad no aminoró mi interés, todo lo contrario: desde siempre, una mujer madura atractiva me ha resultado más subyugante que una joven. Otra cuestión era que un crío como yo pudiera interesar un mínimo a una mujer como tú. Encendiste un cigarrillo, yo otro. Comenzó a sonar *Lobo hombre en París*, canción que estaba de moda, que me gustaba y que cuando la oigo ahora me trae nostalgia de aquel tiempo de noches con soles. Además, me parecía que esa canción ayudaba a poner cara de interesante; qué pobre bobo. Te miré con mayor fijeza para que repararas en que lo hacía, y en mi existencia. Tardaste en darte cuenta, pero cuando lo hiciste me aguantaste la mirada unos segundos, aunque con expresión neutra. Mientras duraban tu copa y la mía, comprobaste un par de veces que mi atención seguía puesta en ti. Un tipo con buena facha se acercó y te habló. Vi que negabas con la cabeza y el guapo se fue enseguida. Pensé que quizá esperabas a alguien con quien te habías citado en el Kaskagorri. Por suerte, no fue así: estabas sola, como yo. Terminaste la copa rápido. Apuré la mía para mantenerme a la par. Saliste del bar y salí detrás de ti como si mi vida dependiera de ello.

# XIII
# PERRO

Continúa presente en mi recuerdo la cruel ruindad que me permití una mañana de domingo de hace muchos años. He conseguido olvidar bastantes episodios vergonzosos de mi vida, pero no ese. Sucedió, qué sé yo, quizá en 1994, todavía estaba casado y esos años fueron demasiado parecidos entre sí. Soportaba aquella mañana una resaca densa, demoledora, de tener la cabeza llena de un pesado cemento movedizo a medio fraguar y de las de andar titubeante por la calle, inseguro, con una de esas sensaciones de mareo que te hace temer que de un momento a otro te vas a apagar del todo y a perder el poco sentido que conservas.

Me habían largado de casa para que sacara a pasear al perro, a *Snoid* —lo llamé así por el rastrero personaje de Robert Crumb que vive en grandes culos de mujeronas negras—, un animal de raza indefinida, corpulento, medio salchicha, paticorto y blanco como una laguna mental. Era un cabrón de perro. Poseía una bocaza considerable para su tamaño y le gustaba la pendencia tanto como la cerveza, el whisky y cualquier bebida alcohólica que le dieran, se cayera o de la que encontrara un resto en el suelo de alguno de los antros a los que solía arrastrarlo; dicen con razón que los perros se parecen a sus amos. *Snoid* tenía obsesión con los pastores alemanes, en cuanto se cruzaba con uno —solía llevarlo suelto— se enzarzaba con él. Por separarlo de una bestia de esa raza, que se lo iba a comer en un combate de manifiesta inferioridad de condiciones para *Snoid*, me llevé un rotundo mordisco que me atravesó la mano, y me lo dio él. También tenía la mala costumbre de erguirse sobre las patas traseras para saltar en vertical como dotado de resortes y poner las delanteras sobre cualquiera. Huelga decir que quería muchísimo a aquel desequilibrado bicho. Aunque se lo regalé a mi mujer cuando éramos novios y *Snoid* un cachorro, era mi perro.

La manía del cuadrúpedo de ponerle a la gente las patas encima por sorpresa fue el desencadenante del lamentable episodio de aquel domingo. Había llovido bastante hasta hacía poco y el asfalto estaba muy mojado. De hecho, creí que la pertinaz lluvia iba a

salvarme de salir de casa a la hostil intemperie en mis malas condiciones, ya que el perro era muy peludo y se ponía con el agua como una sopa de leche; pero escampó y a la puta calle los dos. Que ya había habido bastante mosqueo por lo tarde y lo pedo que había llegado por la noche y no me sentí con fuerzas para plantear resistencia. Así que avanzaba como podía por el barrio con *Snoid* suelto. Me encontré en la calle María Muñoz con una vieja amiga de mi edad que en aquellos años era todavía una mujer estupenda y muy cachonda y hoy no habla más que de enfermedades y de conocidos que la han diñado o están a punto de caramelo. Iba con su marido y me paré a hablar con ellos. Encendieron sendos cigarrillos y, a pesar de estar al aire libre, su humo me mareó más. Cuando tengo resaca no solo me espanta la idea de fumar —lo único positivo —, sino que apenas puedo estar cerca de alguien que eche humo.

Y entonces sucedió, en un segundo. Iba a atar a *Snoid* con la correa para tenerlo controlado, pero no me dio tiempo. Pasaron a nuestro lado, muy cerca, un padre con su hijo, un niño como de seis o siete años, puede que ocho; soy incapaz de calcular bien la edad de los niños y casi cualquier otra cosa. El jodido perro saltó como un elevador y le puso al niño en el pecho las patas sucias y mojadas, asustándolo y manchándole la ropa, que creo recordar que para colmo era de color claro. El padre reaccionó con muy mal humor y le largó al perro una patada, en realidad un amago que apenas le rozó el lomo. La descarga de adrenalina elevó mi mareo, pero una intensa agresividad desplazó el riesgo de lipotimia. A día de hoy, la resaca sigue convirtiéndome en alguien intratable y no me aguanto ni a mí mismo, pero en el presente procuro tragarme la mala leche y evitar riñas, que cada vez me desazonan más, amén de que a esta edad ya no estoy para ofrecer hostias con prodigalidad. En aquel entonces ya no me pegaba en los bares estando borracho, pero aún podía darme por reaccionar como un loco violento.

A desproporcionados gritos, insulté a aquel hombre delante de su hijo por el amago de patada. Él elevó la voz a su vez; protestó por el susto al niño, las manchas de barro y los insultos. Era un hombre un tanto escuchimizado, de pequeña talla. Le puse el puño delante de la cara, creo que lo cogí con la otra mano por la pechera de la camisa y lo amenacé. Por su parte, *Snoid* gruñó con hostilidad y enseñó los dientes para morder cualquiera sabe a quién.

—Si no te largas ahora mismo, enano de mierda, te rompo la cara delante de tu hijo.

Esa fue la mayor vileza de mi demente comportamiento, decirle

«delante de tu hijo». Humillé con consciente mezquindad a aquel hombre delante de su hijo, que miraba la bronca mucho más asustado que por lo del perro. El hombre también se atemorizó ante mi desaforada rabia, reculó, dio la mano al niño y se alejó en silencio, cabizbajo y con rapidez. Mi amiga y su marido pusieron cara de incomodidad e improvisaron una sucinta despedida. Al quedarme solo con el perro la enajenación cedió y fue sustituida por una profunda vergüenza.

Años después, ya divorciado, mi exmujer me llamó un día por teléfono. *Snoid* tenía dieciocho años, un cáncer extendido, se había quedado ciego y comenzaba a sufrir. Había llegado la hora de sacrificarlo. Ya que había sido mi perro, me preguntaba si quería ocuparme yo de llevarlo al veterinario y de que pasara el final conmigo. Le dije la verdad, que no tenía valor para afrontar ese mal trago. Me dijo que era lo que suponía, pero que se había sentido en el deber de informarme y de proponérmelo. ¿Por qué *Snoid* se había quedado con ella? Porque cuando me fui de casa lo abandoné, como hice con mi madre en su agonía y con mi padre cuando ya vegetaba en una residencia. No sé si el egoísmo alcohólico y la dejadez que conlleva me explican suficientemente a mí mismo el porqué de esos comportamientos. Tal vez sea porque esos actos, esas omisiones, debían estar a la altura de mi escasa talla moral, y viceversa.

Nunca he querido tener otro perro, ni gato, ni pájaro, ni plantas. Ni siquiera un cactus, que no hay que regar. Me basta con descuidar de mí mismo. Por supuesto, en mezquina consonancia, incluí en los contratos con mis inquilinos una cláusula que prohíbe que haya perros en mis pisos. Sin embargo, del de abajo me llega de vez en cuando por el balcón el olor inconfundible de comida en lata para perros. Es posible que esconda uno pequeño que no saca a la calle y que no ladra nunca.

# XIV
# ARGENTINO

Con el pesadísimo guitarrista argentino he intentado de todo para librarme de él: desde la amabilidad con pequeñas dádivas de cinco o diez euros, pidiéndole que se fuera pronto porque tenía que trabajar en casa —imposto con este tuercebotas que soy escritor—, «justo aquí al lado», y sin ánimo de ofenderlo «porque tocas muy bien, pero es que me distrae y tengo que estar concentrado» —como una pastilla para caldo; a veces soy muy gilipollas—, pasando por el ruego de que bajara el amplificador y respetara el tiempo establecido de tres cuartos de hora, hasta los malos modos y la amenaza apenas velada. Durante pocos días conseguí que más o menos me hiciera caso e incluso que algunas tardes no apareciera, pero siempre vuelve, como el rencor por una antigua ofensa. En el presente toca el tiempo y con el volumen que le sale de los huevos, todas las tardes menos los domingos; será por descanso semanal o por fiesta de guardar. Ya ni lo saludo y no le doy ni la hora. ¿Podría salir más de casa por las tardes y alejarme del castigo?: pues sí, pero me da pereza o estoy paralizado por la resaca. Puedo prolongar un mediodía hasta la medianoche, pero la idea de salir por la tarde, salvo por obligación de algún infrecuente compromiso, ya no me apetece; hasta me da un poco de agorafobia. Sé que me he convertido en un solitario lleno de manías y en un neurótico, entre otras cosas, algunas marcadas por la paranoia. Aunque, como decía Bukowski —sería incapaz de releer sus libros—, de quien me asombra que no se le fundieran el hígado y el cerebro y llegara a viejo con la cantidad de alcohol de quemar que consumió durante la mayor parte de su vida, quizá un paranoico no sea más que alguien muy bien informado. Y, desde luego, ser consciente de tu neurosis no consigue que seas menos neurótico. Alguien dijo que un psicópata cree que dos más dos son cinco, mientras que un neurótico sabe que son cuatro, pero se preocupa por ello.

La primera vez que hablé con el argentino más allá del par de frases con las demandas consabidas fue una tarde, hace ya tiempo, que volvía a casa con la cisterna llena tras una sesión de blancos por el barrio como desde las dos hasta las seis, es decir, entre doce y

quince copas de vino en ayunas, dependiendo la velocidad de levantamiento de vidrio de la compañía o soledad durante la libación. Una botella de setenta y cinco centilitros da para seis copas, o sea que me había bebido en cuatro horas algo más de dos botellas. Mi aguante para el alcohol es todavía considerable. Con esa cantidad de vino cargo con una trompa sorda, de tímpanos perforados, pero como soy de físico generoso talla XXL —que, por cierto, es un número romano mal escrito—, el alcohol tiene espacio para repartirse, me muevo y camino con cierto aplomo y no se me nota apenas en el habla; o al menos eso me dicen, no sé si por mera indulgencia.

Así que, como estaba pedo, se me ocurrió la tonta idea de acercarme a la esquina del argentino —sí, está claro que es de él— y hacerme el simpático, a ver si de ese modo le caía bien, me daba un poco más de cuartel y conseguía que no apareciese con tanta frecuencia. De entrada, deposité con delicadeza una moneda de dos euros en su funda de la guitarra; más no. Simpatía y un billete a la vez habría sido excesivo. Me quedé parado y con un rictus parecido a una sonrisa. Interrumpió la tediosa *Scarborough Fair* y me miró con paciente fastidio, a la espera de mi nueva queja. No recuerdo qué pavada le dije para romper un poco el hielo entre nosotros, que era sólido como el de un iceberg. Yo estaba fumando.

—¿Me convidás a un cigarro, pibe?

Se lo di, claro. Y fuego. *Pibe* yo, en fin. Parado frente a él, apreció esta vez que era más viejo de lo que había creído, quizá ya había cumplido los setenta. Me contó que fue delineante en Buenos Aires, pero que aquí no encontró laburo de lo suyo y tuvo que tirar de guitarra en la calle. Era consciente de que tocaba su repertorio como guiado por un mando de control remoto —ojalá pudiera manejarlo yo para apagarlo o romperlo, anhelé—. No tuve hacia él la menor empatía y además pensé que era mentira, que no era delineante, sino que había sido militar torturador con Videla. Todo su ramillete a los detenidos en la siniestra Escuela de Mecánica de la Armada hasta que no podían más y cantaban de plano. También imaginé que se lo llevara de gira por el mundo su compatriota Jorge Cafrune redivivo, que era otro pesado de la hostia, con o sin el niño Marito.

El argentino y yo hablamos de varias cosas más mientras duró su cigarrillo. Apuró el pucho hasta el filtro. Al despedirnos, me preguntó si tenía que trabajar en casa. Mentí como un bellaco.

—Sí, bueno, un rato.

—Pues ya mismo me voy.

Subí a casa satisfecho de mi gestión con el torturador. Me iba a pegar una siesta de las de puños cerrados, aunque era consciente de que dormirme a esa hora y con tanto vino encima supondría despertarme pasadas las diez de la noche y con algo de resaca. Y que ya no volvería dormir hasta muy tarde, aunque tomase un somnífero, y que sería otra noche de desasosiego y negrura, de acecho y asalto de temores varios y quizá de atisbos alucinantes.

Me asomé al balcón. En efecto, el argentino estaba recogiendo su parada y se largaba. Quizá, después de todo, Dios sí existía y además no me odiaba todo el tiempo. Pero había cantado victoria muy pronto. Mientras me quitaba la ropa en mi cuarto, un solo de saxofón comenzó a sonar tan alto y tan cerca que me dejó estupefacto. Volví al balcón en calzoncillo y camiseta. ¡No me lo pude creer! ¡Un tipo tocaba el saxo con entusiasmo en el balcón del turco! No hay Dios.

El turco, hasta que su casero lo echó por presión de la comunidad, vivía en un cuchitril —una pequeña oficina alquilada como vivienda— con balcón en el segundo piso de la casa de enfrente. El turco es un personaje torvo y malcarado —se parece mucho al faquir de ojos febriles que se clava cuchillos en el álbum de Tintín *El loto azul*—, como de mi edad, que es pintor lampante y un lumpen; dicen que pinta con su propia sangre, a ver si le encargan el mural de un crepúsculo con muchos rojos. Es un tipo desagradable y loco, también un borracho. Cuando vivía aquí y llegaba por la noche alumbrado, costumbre cotidiana, solía darle por salir al balcón a leer en voz muy alta versículos del Corán para la calle vacía, y para mí. Tuve con él unas cuantas desagradables enganchadas. También le gustaba reunir en su covacha a la flor y nata de los pirados y marginales del barrio, numerosos como los elementos de una plaga. Y esa tarde le había tocado la invitación al del saxo, que disfrutaba con que la gente que pasaba por la calle lo mirara. La mía, como la mayoría de las calles del Casco Viejo, no es ancha, así que tenía al saxo, un hombre joven, a tiro de piedra difícil de fallar. Me pareció que no tocaba del todo mal, pero eso daba lo mismo.

Con muy mala leche y desde mi balcón, le grité:

—¡Eh! ¡Tú! ¡Cállate, joder! ¡No des el puto coñazo!

El saxo me miró con sorpresa, dejó de soplar la boquilla del instrumento y preguntó con chulería:

—¡A ver! ¿Por qué?

Calibré hacerle el mayor daño posible.

—¡Porque tocas muy mal, tío! ¡Estás dando el coñazo a todo el mundo porque eres un mediocre! ¡Un mediocre!

Acusó sobre todo la palabra *mediocre* repetida, como supuse, y no pudo evitar la cara de ultrajado. Se quedó un momento sin saber qué decir y lo aproveché para cerrar el balcón con brusquedad. Acto seguido me dedicó unos insultos clásicos que las puertas del balcón cerradas no me privaron de oír. Aunque ya no lo veía, noté que estaba tocado, doliente, y que si hubiera podido habría intentado extirparme el hígado que por buen servicio mandaré enterrar aparte con honores militares antes de que me quemen o disequen. Dejó de tocar —durante el breve rifirrafe, el turco declinó aparecer en apoyo de su invitado—. Recordé el viejo episodio de humillación del padre con su hijo cuando lo del perro. Tanto hacerle daño al saxo como aquello fueron actos de la misma naturaleza, de parecida maldad de ínfimo jaez. La diferencia es que del incidente con el perro me arrepiento todavía y el ultraje al saxo me importó un bledo.

Recordé aquella anécdota vergonzosa del perro, sucedida hace muchos años, pero me costó más de un minuto conseguir acordarme de con qué personas había estado bebiendo ese largo mediodía.

El argentino no volvió la tarde siguiente, para mi solaz. Pero sí al otro día. Estuvo dale que te pego dos horas y media con el amplificador a pleno rendimiento, el hijo de la gran puta.

# XV
# FANTASMA

Si sé que voy a terminar por abrir los ojos después de la pesadilla que acaba de atacarme una vez más y ha durado dos segundos interminables, ¿por qué demoro hacerlo? Es por miedo, por un profundo miedo. El espanto que he sentido es lo único que permanece diáfano ahora que estoy atrincherado en la oscuridad; es un brillo frío, un eco mental que me espeluzna. Si abro los ojos y enciendo la luz, comprobaré que he regresado a la relativa quietud de la vigilia. Pero ¿de verdad he conseguido huir del sueño y he vuelto a la realidad?, ¿a mi inestable sentido de la realidad?: no estoy seguro. La pesadilla ya me engañó una vez. Si es así, si he escapado, veré mi habitación y nada más. Si sigo soñando, quién sabe qué aparecerá dentro de la ilusión de luz.

La repercusión del golpe de puro terror que he soportado perdura como un fotograma fijo en tres dimensiones, congelado en el cerebro, y expande su efecto aterrador. La completa oscuridad de ojos cerrados, en la que permanezco, puede favorecer el imaginario de un caprichoso universo de incierto espanto, pero al mismo tiempo esa negrura es para mí una defensa, un pueril parapeto. Me paraliza esa posibilidad de un atisbo horrible y mutante al otro lado de los párpados cerrados —al otro lado del espejo ya estoy atrapado como nunca lo había estado antes— si la cabeza continúa errando por su cuenta, invadida por presencias de fisonomía detallada. Mi nutrido bagaje cinéfilo de películas de terror —ya no veo ninguna: ni vieja ni nueva— alimenta la entidad de las criaturas que acechan en el sueño y en el entresueño. Sé que no existe lo que he visto, que se trata de una imagen ilusoria, pero parece tan real en su vertiginosa irrupción sirviéndose de una conseguida trampa de la mente. Esta noche he visto con mayor nitidez el fugaz rostro blanco. Un rostro de plata que he asociado con el fantasma de oro que en una de las versiones de la leyenda artúrica copula en sueños con la madre de Merlín y es el auténtico padre del mago. El fantasma de plata no creo que se me aparezca para amarme, sino para destruirme. Esta vez he creído saber a quién pertenece el rostro esfumado: quién es mi fantasma. Si es quien aventuro, qué

extraño a estas alturas, después de tantos años; o no tan extraño, porque lo peor del pasado siempre vuelve de una manera o de otra; pero ¿tiene que ser de este modo tan atroz? Un fantasma que quizá me busca para vengarse de mí volviéndome loco, poseyéndome mediante golpes de pánico extremo. Qué horror.

# XVI
# ESPEJO

Acabo de llegar por fin a casa. Es muy tarde y estoy demasiado borracho. No soy consciente de cómo he conseguido andar por las calles ni subir las escaleras; supongo que haciendo espectaculares eses y agarrado a la barandilla —me niego a que pongan ascensor; al ser propietario de tres pisos me costaría mucho dinero que no tengo—. Por fortuna, todo está desierto a hora tan tardía de una noche entre semana y nadie me ha visto. Desde que me robaron el móvil y la cartera —si es que me los robaron— los dejo en casa siempre que lo tengo presente, o sea de vez en cuando, y me interno en la noche con unos billetes sueltos en el bolsillo, los suficientes para completar una gran tajada. Algún mediodía he salido de casa con solo veinte euros, para no poder pagar más de diez blancos: una embriaguez mediana. Con el bolsillo ya vacío, he terminado por inventar disculpas en los bares en que me conocen, que son muchos, para seguir bebiendo por invitación o de fiado.

Al quitarme los pantalones, me he caído y me he hecho daño en la rodilla; al del piso de abajo ha tenido que encantarle el estrépito, pero se aguanta porque soy su casero. Antes del desplome en la cama y la inmediata pérdida de conocimiento, meo en el lavabo por armonía antiestética con mi deplorable estado. Me balanceo al hacerlo, choco con los huevos en la loza y me hago más daño, esta vez con reflejo en los riñones. Me miro en el espejo y apenas reconozco el rostro viejo y embrutecido que me observa con unos ojos que me dan no sé si más miedo que lástima. También veo a mi padre enfermo. Ya muerta mi madre y poco después de incapacitarlo y quedarme con su patrimonio, lo metí en una residencia para ancianos aún cuerdos o con distintos grados de enajenación mental; la más barata que encontré. Juntar en un mismo espacio a personas cuerdas y locas es abominable. Aquel sitio me causaba horror. No acabaré en un lugar así. La única ventaja de haberme quedado solo en el mundo es que nadie podrá arrinconarme en un moridero de esa clase contra mi voluntad o por haberla perdido. Y caso de que no fuera así por intervención pública si acabo en la indigencia, en la calle, espero tener el suficiente valor

y cordura para atajar el problema de otro modo: el definitivo.

En la residencia de mi padre, en un vano intento por conseguir un efecto de duplicación del espacio, de que la sala de estar común pareciera de mayores dimensiones, toda la pared del fondo era un espejo desde el techo hasta el suelo. Esta estúpida idea lo único que multiplicaba era las alucinaciones de los ancianos dementes, entre ellos mi padre. Las pocas veces que fui a visitarlo lo encontraba siempre de pie, o sentado cuando ya no se tenía de pie, pegado al espejo, mirándose en compañía de sus fantasmas. He soñado más de una vez con mi padre en un impreciso presente onírico en el que no tiene alzhéimer y me dice que se ha curado, que el mal ha desaparecido y que vuelve a ser el de antes.

Creo que si persevero en mirar mi cara abotargada en el espejo veré cómo se transforma hasta alcanzar alguna rara monstruosidad ajena a lo humano. Me acuerdo de lo que me contó una borracha de la noche acerca de una madrugada en la que dormía el pedo en su cama. Llegó el marido también muy borracho y la despertó —compartían vivienda, pero no las salidas etílicas—. Dijo que notó que estaba todavía ebria y que vio a su marido transformado, no irreconocible pero distinto y peor, una especie de ogro caricaturesco, no por ello menos pavoroso. Y que él la miraba a ella como si experimentara al ver su cara hinchada por el sueño y el alcohol —además es una cincuentona bastante fea— la impresión perturbadora de una metamorfosis parecida.

No persisto en el espejo y, mientras gano el lecho, pienso en una frase de Miguel Ángel Hernández en *El dolor de los demás*: lo que queda en el espejo cuando dejas de mirarte. Hernández se refiere a la identidad, pero yo lo interpreto de otro modo, en una vertiente paranormal y terrorífica: lo que nadie ve pero sigue ahí, lo que permanece tras el cristal con una forma propia que no se debe al reflejo. ¿Qué habrá quedado ahora en el mío? Siento un escalofrío mental, pero ya viene el sueño, ya voy a perder el sentido. Cuando despierte dentro de unas horas, probablemente pocas, con una resaca enajenadora, volverá el espanto de otro modo.

No he reparado en tomar nada antes de acostarme: ni un analgésico ni vitamina B ni la pastilla para la tensión arterial. Si me da un infarto mortal mientras permanezco desmayado, no es una mala manera de que me alcance la muerte, todo cese y sea de verdad el sueño eterno, según afortunada mejora en español del título de la novela de Raymond Chandler *The Big Sleep*.

# XVII
# TEMBLOR

Como un rasgo más de la crisis de haber cumplido los sesenta, de un tiempo a esta parte me ha dado por volver a ver películas que a lo largo de mi vida he visto bastantes veces. Me sirvo de la inmensa filmoteca por *streaming* que me proporcionan varias plataformas —regalé las más de mil quinientas películas que tenía en DVD y Blu-ray—. Qué tiempo tan lejano me parece cuando iba a Lumière, el videoclub del barrio —que todavía sobrevive, supongo que de milagro—, a escoger entre las pocas novedades que podía traer el amable cinéfilo que lo regentaba.

Al cine ya no voy nunca. Además de las limitaciones de salida a la calle para actividades normales por mi régimen alcohólico, en Bilbao casi todas las salas dan las películas dobladas y en todas partes la gente es maleducada y mete ruido: come cosas crujientes que extrae de bolsas crepitantes y habla alto.

Esas películas que veo una vez más, están consideradas obras maestras o, sin serlo, a mí me gustan mucho. Son películas que me sé de memoria, pero me apetece volver a verlas por última vez, como si me despidiera de ellas antes de doblar la última vuelta del camino, como la llamó Pío Baroja en su autobiografía. Luego, compruebo que no las recordaba tan bien como creía y me resulta muy placentera esa última vez o, en pocas revisiones —«Voy a revisar tal película», decía cuando era un jovencito pedante de cine club—, me decepciona. Conservo muy buena memoria para el cine, o al menos eso creo, y me tranquiliza un poco respecto a las otras inseguridades mentales. Sobre todo para el cine clásico manejo todavía un buen fichero mental enciclopédico, como todo buen cinéfilo. Pero la verdad es que ni siquiera estoy seguro de que sea así. Se es consciente de lo que se recuerda, no de lo que se ha olvidado. Y tampoco sabes qué profundidad tiene el pozo del olvido en comparación con el del conocimiento que almacenas. Lo que me resulta curioso es los datos inútiles que se fijan en la memoria, ajenos a la voluntad de conservarlos, y que se recuerdan siempre. Me pasa con viejos números de teléfono: el de la novia que me dejó durante la mili, el de mis abuelos o el de mi exsuegra, que puedo

decir al instante.

Con esa idea de que sea la última vez, tengo pendiente *Días de vino y rosas* y vi ayer *Círculo rojo*, la de Melville. En ambas aparece el *delirium tremens*, resuelto con tratamientos cinematográficos diferentes y opuestos.

En *Círculo rojo*, el personaje que interpreta Yves Montand ha sido en el pasado un tirador de precisión de la policía y en el presente de la historia es un alcohólico en fase final. Se presenta al personaje con la visión naturalista del ataque de *delirium tremens* que padece en la cama, en pleno día y con un terror que contiene a duras penas hasta que cae en el pánico. Entran en la habitación y se le suben a la cama —que no es más que un colchón en el suelo con botellas de whisky vacías en vez de mesilla—, y algunos después por el cuerpo, los bichos canónicos de la zoología del delirio: arañas, serpientes, ratas y, los más llamativos, unos lagartos de un color verde alegre y brillante. La peculiaridad de la secuencia, frente a la representación del *delirium tremens* en otras películas, que suele ser con animales recreados por efectos especiales, es que los de Montand son de verdad, un pequeño bestiario en el plató. El efecto resulta perturbador de un modo extraño, como de contradicción entre la irrealidad de las imágenes alucinatorias y una plasmación realista.

La manera opuesta de recrear un *delirium tremens*, en *Días de vino y rosas*, es sin que el espectador vea nada de lo que llena de espanto al personaje. Consiste en un primer plano secuencia de Jack Lemmon en el secadero atado con una camisa de fuerza, en el que solo con sus expresiones de estar padeciendo un terror insoportable imaginamos, sin concretarlos, cómo serán los horrores que ve.

El *delirium tremens* se asocia con alucinaciones, pero *tremens* significa temblor. Esos temblores propios del síndrome de abstinencia alcohólica, cuando alcanzan la categoría de terremoto, se convierten en ataque de epilepsia. Le sucedió al mismo viejo amigo del reguero de sangre en la escalera; a los dos días sin beber perdió el conocimiento en la calle y sufrió fuertes convulsiones. En el hospital le diagnosticaron que había sido un ataque de epilepsia en toda regla y le dijeron que era probable que no se repitiera si dejaba el alcohol de manera radical. Hizo caso y, hasta donde sé, no volvió a tomar una gota de alcohol. Durante una época anterior nos veíamos con regularidad y nos emborrachamos juntos muchas veces. Nuestra amistad, apoyada en las barras de los bares, no se

mantuvo en pie después de que él se refugió en el dique seco y yo seguí inmerso en la marejada.

En otra película sobre alcoholismo, que por ahora no me he animado a ver una última vez, *Días sin huella*, además de con un *delirium tremens* de los de bichos —recuerdo un murciélago—, se refleja el síndrome de abstinencia en dos secuencias sobre la desesperación de un alcohólico profundo —ninguno lo somos de superficie— sin bebida. Por lo que sé, ya que no la he leído, la novela autobiográfica de Charles Jackson en que se basa la película, trata el alcoholismo como lo que es: un mal grave, vulgar y fútil; sin darle ninguna de las trascendencias intelectuales que le otorgaba Jack London.

En la primera secuencia, el personaje que interpreta Ray Milland, un hombre que anhela ser escritor pero no es capaz de escribir ni una página completa, sabe que ha escondido en su apartamento una botella de bourbon —las oculta para que no se las quite su hermano, que intenta sin éxito que deje de beber—, mas no recuerda en qué lugar. Pone el apartamento patas arriba, pero no la encuentra y se desespera. Al final, descubre el escondite por casualidad. Al encender la lámpara del techo, que es de plafón redondo y algo curvado, ve la sombra de la botella en el cielo raso.

En la segunda secuencia, Don Birnam, así se llama el protagonista, no tiene nada de dinero. Sale a la calle con su máquina de escribir para empeñarla y poder comprar todo el alcohol barato que le den con los diez dólares que espera obtener. Recorre a pie, angustiado por el mono y con un agotamiento cada vez mayor por la larguísima caminata, varias tiendas de empeño; ninguna está abierta y no comprende la razón. Hasta que se entera de que están cerradas porque es la fiesta del Yom Kippur, y las tiendas de empeño las regentan judíos.

*Vértigo* no voy a volver a verla, aunque solo la he visto una vez, cuando la repusieron en 1983 tras muchos años que no había tenido distribución. La vi en un gran cine de Barcelona durante el invierno de aquel año. Verla otra vez haría que te evocara de modo doloroso por tu ausencia, Bárbara. Me recordaría la primera impresión que tuve al contemplarte bajo la lluvia con tu moño laberíntico como el de Kim Novak y a cuando hablamos de la película, que te fascinaba.

*Días de vino y rosas* retraso verla de nuevo, aunque lo haré. El retrato del progresivo descenso a los infiernos alcohólicos de la pareja protagonista, la salvación final de él y el definitivo hundimiento de ella, me resultan muy perturbadores. También

hablé contigo de *Días de vino y rosas*; te impresionaba del mismo modo y por las mismas razones que a mí.

Desde siempre, todo lo que tiene que ver con alcoholismo en cine, literatura, cómic e incluso pintura, y está tratado con rigor, me atrae con fijación y morbosidad. También en aquellas ineptas tentativas de ser escritor. En los viejos papeles con poemas adolescentes, bocetos diversos y cuentos a medias que tiré en su mayoría —entre los que encontré aquella frase que me inquietó haberla escrito tan joven de que los fantasmas encuentran la puerta de acceso a este mundo a través del *delirium tremens* de los alcohólicos— había algo más sobre delirio. Era un cuento inacabado y sin título que protagonizaba Ladis, por diminutivo de Ladislao, un hostelero de capa caída que se soplaba al día innumerables copas de ginebra con un aguante inhumano y que atraía a la mala suerte porque «los borrachos atraen a la mala suerte», decía de él otro personaje, y añadía que lo de la mala suerte era un eufemismo de joderse la vida con el alcohol, de escoger así la propia suerte lanzando siempre al aire una moneda con dos cruces por si cae de canto en un improbable limbo neutro. Escribí de Ladis:

«Paradójicamente, intentó dejar de beber cuando murió su mujer. A las escasas veinticuatro horas en dique seco, vio asomarse por el marco de la puerta de su dormitorio, a dos metros del suelo, la cabeza de una especie de rata gigante antropomórfica que lo miraba con una curiosidad hostil. El grito de terror le duró hasta que se tapó la boca con la botella de ginebra. Nunca jamás se le ha vuelto a pasar por la cabeza jugar al abstemio».

Esto sí recordaba haberlo escrito, y también me acordé de que imaginar aquella alucinación, que aunaba lo grotesco con lo terrorífico, me perturbó durante bastantes días. Por la noche, mientras leía en la cama, levantaba la vista del libro de vez en cuando y miraba la parte superior del marco de la puerta de mi habitación. Fue un preludio de mis terrores actuales.

Mi relación con el *delirium tremens* es la del miedo con fundamento a que cualquier día me asalte sin que medie un síndrome de abstinencia, y la de imaginar con pavoroso verismo que ya sucede.

# XVIII
# INUNDACIÓN

Salgo de Barrencalle, cruzo la carretera y miro la ría unos minutos, el tiempo de un cigarrillo antes de ir a tomar otro vino. Está tranquila, limpia y en marea baja, lo opuesto al rabioso caudal de agua sucia de aquella noche. A mi derecha, el puente peatonal de La Ribera traza su arco hasta el otro lado. Ahora, hacia las tres de la tarde, lo cruza poca gente. La noche de 1983, cuando me atreví a colocarme a tu lado, Bárbara, acuérdate de que estaba lleno de grupos alterados que querían ver en picado el torrente vertiginoso a punto de desbordarse. Recordarás que, al tonto grito coral de «*alirote, alirote*, maricón el que no bote», se pusieron todos a saltar como si pretendieran hundir la estructura. Bajo todos ellos, el rugido de la ría era como el de una enorme fiera que deseara engullirlos pero que no conseguía ahogar sus voces.

Al salir del Kaskagorri, situado al final de la calle por el lado de La Ribera, miré primero a la izquierda, a la continuidad de los bares, pero no habías ido en esa dirección. Te vi a la derecha: te encaminabas a la cercana ría. Seguía lloviendo a mares, sin tregua. Crucé la carretera con el tráfico cortado por las fiestas. Bastante gente observaba la ría desde la barandilla y, como acabo de recordarte, sobre el puente. La masa de agua acelerada estaba ahí mismo: faltaba un escaso metro para que rebasara el cauce, se saliese de madre e invadiera el asfalto. Cantidad de ramas de árboles, bidones, objetos indistinguibles y basuras flotantes bajaban con la rápida corriente, lo que indicaba que curso arriba, donde todavía es el río Nervión, ya había inundaciones. Me pareció ver incluso una vaca muerta, pero podía ser un fardo grande o algo voluminoso similar. Este tramo, por el que hoy no navegan ni embarcaciones pequeñas, nunca se dragó tras las inundaciones más allá de cubrir un somero expediente con una vetusta draga. En el fondo, en el limo, tienen que seguir atrapados restos variopintos de entonces, quizá incluso lo que quede de alguno de los desaparecidos en la provincia cuyos cuerpos no se encontraron —hubo treinta y cuatro muertos y cinco desaparecidos—. En Bilbao murieron dos personas, ambas en el Casco Viejo, y sus cadáveres se hallaron. Tú

también lo sabes.

Mirabas el agua embravecida a cierta distancia de la barandilla, quieta bajo tu gran paraguas y sin nadie alrededor. Tras la observación del panorama general fui hacia ti sin dudarlo, con la osadía que da para hablar a una desconocida la común contemplación de algo inusual que involucra de un modo colectivo. Me puse a tu lado derecho, en paralelo, lo más cerca del círculo del tuyo que permitía el de mi pequeño paraguas plegable. Te miré y, sin que una sonrisa ni un saludo precedieran a mis palabras, te dije:

—Parece que se va a desbordar. Y no deja de llover —añadí, y al momento pensé que ese añadido era gratuito por lo evidente y estaba dictado por el nerviosismo del inicio de una maniobra de aproximación.

Me miraste sin mostrar sorpresa por verme de repente a tu lado. Tú sí sonreíste, con brevedad.

—¿Cómo dices? Habla más alto. El agua mete mucho ruido.

Ese sordo fragor del agua no impidió que apreciara tu poderosa voz de rubia genuina: bien empastada, de tono grave y a la vez metálico, densa en conjunto; la que te correspondía. Elevé la mía. No podía aproximarme más sin violar tu espacio bajo el paraguas.

—Que la ría se va a desbordar de un momento a otro. En cuanto sea la pleamar.

—¿Va a ser pronto, la pleamar?

—No lo sé. Creo que sí.

—Bueno, ya veremos qué sucede. No quiero irme. Me apetece tomar la siguiente copa ahí atrás, en la misma calle.

Sonreíste de nuevo. La luz amarillenta de las farolas no era la mejor para apreciarlo, pero la corta distancia lo compensaba: eras magnéticamente bella, y al sonreír lo eras aún más.

—Entonces a mí también. Donde prefieras.

—No conozco los bares; no soy de aquí. Escoge tú. Me llamo Bárbara.

—Yo, Julio.

—Conocí a Julio en agosto. ¡Qué malo! —descalificaste el fácil juego de palabras. Sonreíste de nuevo y acompañé tu sonrisa con la mía.

—Vamos a un bar que creo que te gustará.

—Seguro que sí. Soy fácil de contentar —dijiste sin énfasis, pero me pareció que con intención sugerente y no añadí nada para paladearlo bien.

Cerré mi paraguas para taparnos ambos con el tuyo. Me lo diste para que lo llevara, así como el brazo con el cuerpo muy pegado al mío para que te tapara mejor. Con el contacto noté el volumen de tu pecho izquierdo. Estaba encantado. Cruzamos la carretera de nuevo y volvimos a Barrencalle en silencio; fue el único silencio entre nosotros antes de un diálogo ininterrumpido que se prolongó hasta la desconexión final.

# XIX
# DEBAJO

Está debajo de la cama; lo sé. Es una babosa de tierra, un limaco, pero con patas de escolopendra. Es naranja y luego negro y otra vez naranja y durante un momento se vuelve incoloro y transparente y es aún más repugnante. Tiene mi tamaño. Está debajo de mí, exactamente debajo y en la misma posición que yo. Me acuerdo de las babosas que reventábamos en Bakio de críos, clavándoles un palito despacio, hasta que salía todo lo negro viscoso de adentro afuera como en una ebullición; daba asco y placer. Mide un metro ochenta y uno. Está boca arriba. Tiene una boca grande con dos filas de dientes raros. Y aunque es un limaco está plagado de patas de escolopendra que se mueven sin cesar de un modo caótico; las oigo. No saco las manos fuera de la cama. Tiene rostro. Se parece a alguien que no quiero saber quién es. Y se ríe. El miedo me hace llorar.

# XX
# CAMPANILLEO

Después de comer lo más calórico y grasiento que había por la nevera, me he tirado en la cama a releer un cómic simple con viñetas grandes, algo acorde con mi estado de indigencia intelectual tras una mala noche y una mañana de resaca infame que he pasado en la inopia. Quizá con un poco de suerte duerma un rato. Tengo calor y he dejado abierta la ventana de mi habitación. Una paloma se posa en el alféizar, me mira con indiferencia y gorjea. Me cuesta esfuerzo levantar los brazos para espantarla. Noto una pesadez de estómago que me incomoda hasta la respiración; la indigesta comida va a sentarme como un tiro. Son las tres y veintisiete. Dejo el cómic y las gafas a un lado de las almohadas superpuestas, cierro los ojos y, panza abajo, ensayo el sueño. Comienza entonces un ruido extraño, nuevo en el extenso catálogo de ruidos habituales en mi calle; mejor dicho, son dos diferentes a la vez: una serie de pitidos cortos seguidos, que no son de ninguno de los vehículos de limpieza en marcha atrás —esos pitidos los distingo como un torturado la voz de su torturador entre cientos de voces—, y una especie de campanilleo metálico que se oye secuenciado, con breves espacios de silencio. ¿Qué demonios es eso? No suenan a un volumen muy alto, pero resultan obsesivos en su constancia, insoportables. Espero un poco a ver si cesan, sea lo que sea. Qué va. Es inaguantable. Blasfemando, me levanto de la cama para mirar por el balcón.

El ingenio humano para molestar al prójimo es versátil y no descansa, siempre encuentra novedosas fuentes de suplicio. Se trata de un chaval que se ha colocado justo delante de mi portal. Vende dos cochecitos teledirigidos cuya demostración de funcionamiento realiza a la vez. Uno avanza y retrocede y es el del pitido tanto cuando va para delante como para atrás, y el otro gira sobre sí mismo como una peonza y suelta el campanilleo. Desde el balcón aprecio también el ruido cansino de los motorcitos de ambos juguetes concebidos por el imperio del mal.

Como el chaval está junto al portal, me oirá por el portero automático; es menos arrabalero que gritarle desde el balcón y

quizá le impresione más la voz de alguien invisible y de ubicación indeterminada que lo interpela. Descuelgo el telefonillo y le suelto la corta retahíla con una escasa confianza en sus efectos prácticos, lo cual procuro disimular para que no queden restadas ni aspereza ni convicción.

—¡Chaval! ¡Sí, a ti te digo! —a ciegas—. ¡Deja de molestar y de meter ruido! ¡Es la hora de la siesta! ¡Como no te vayas ahora mismo, llamo a la policía! ¡Pesado de los cojones!

Vuelvo al balcón. Ni se ha dado por aludido, ni mira hacia arriba por si ve al loco que lo increpa. Es muy posible que ni me haya entendido, que sea extranjero y no hable español. Me duele el estómago.

Vuelvo a la cama y, con resignación, me meto los tapones de silicona hasta los tímpanos. Se amortigua el pitido y el campanilleo, pero no del todo, no lo suficiente. Procuro no ceder a la desesperación y contener el desasosiego nervioso; no lo consigo y la resaca empeora. Una náusea me hace correr al váter. Vomito la comida anegada de mayonesa. Según decía la antigua amiga de la mañana del perro, yo no como cosas con mayonesa, sino mayonesa con cosas.

En el pasado, frecuenté buenos restaurantes; en el presente, la comida no me interesa más allá de la necesidad de nutrirme. Muchas veces incluso se me olvida comer —a mi padre se le olvidó del todo.

La relación de mi alcoholismo con el vómito es diversa. Cuando he bebido un mediodía largo, duermo después la ebriedad en una densa siesta y me despierto al anochecer, con resaca; entonces hago la única comida del día, no de excesiva cantidad. Aunque luego tardo mucho en ir a la cama y desde luego en dormirme, hacia el amanecer me despierta una intensa acidez con anuncio de náuseas. Me levanto y vomito sin demasiado problema ni forzamiento todo lo que he comido hace bastantes horas y que no he digerido en absoluto. Son peores las náuseas de alcohólico por la mañana, con el estómago vacío; me dan de vez en cuando, sin relación causal con las resacas. Me suelen acometer mientras me ducho. Son violentas arcadas secas y angustiosas que pueden prolongarse en media docena de acometidas.

Al cabo de veintidós minutos, el chaval de los cochecitos se va a repartir sufrimiento a otro lado. Pero sé que ni el momentáneo silencio ni la relajación de haber vaciado el estómago ayudarán a que consiga dormirme; pasó el momento. Me levanto para ver

alguna película que carezca de complejidades, y mejor si es mala. No: voy a volver a ver *Sin perdón*, me apetece.

A cuenta de Clint Eastwood me acuerdo de mi padre. Era muy aficionado al cine y contribuyó a despertar en mí el mismo amor vitalicio durante la infancia llevándome con él a ver cantidad de películas. Le gustaban mucho las de Clint Eastwood y el propio Clint le caía muy bien. Además, cuando mi padre era ya anciano, Eastwood era su referente vital comparativo por tener la misma edad, ambos nacidos en 1930. Le confortaba ver lo bien que se conservaba Clint y que siguiera haciendo buenas películas. Y deseaba que se siguiera manteniendo en forma, como si él mismo compartiera el envidiable estado físico y mental de su compañero de calendario. Hasta que mi padre dejó de saber quiénes eran Clint Eastwood y él mismo. Murió en una fecha muy norteamericana, un 4 de julio. Su referente sigue rodando.

# XXI
# RUMANO

Ayer, que fue sábado y tenía buena mañana tras una noche tranquila, contemplé al mediodía, a la hora del aperitivo que toma por el barrio la gente normal, una estampa muy sórdida. Justo antes de la lúgubre visión iba pensando en que me daban envidia todas aquellas personas que, tras tomar dos o tres vermuts o media docena de vinos o de cervezas —que para la media general ya sería demasiado, pero en esta ciudad se empina mucho el codo—, se irían a un restaurante o a comer a casa. Yo, mientras bebo un blanco, decido dónde me voy a soplar el siguiente o si repito en el mismo bar. En buena parte, el alcoholismo es una cuestión de ansiedad compulsiva, de reloj que adelanta. Me distrajo de estos enjundiosos pensamientos fijarme en una mujer de unos cincuenta años, quizá menos, que bebía una lata doble de cerveza sentada en el poyete de la tienda del chino, el que da a la calle Santa María. Es habitual que marginales del barrio coman o beban allí lo que han comprado en la tienda. El torvo turco que vive enfrente de mi casa es uno de ellos. Suele sentarse también el rumano, conocido como la maldición de los Cárpatos. Frugal como un *vietcong*, despacha allí su lata de sardinas en aceite del almuerzo; se las come con los sarmentosos dedos, que se chupetea: da asco. El viejo y consumido rumano —el tiempo y la calle lo van desgastando año tras año como la corriente del río a una piedra del lecho—, con su acordeón y el acompañamiento musical grabado en un cacharro con lucecitas que pone a un volumen demencial, es, inmediatamente después del argentino en la escala del castigo, el segundo clavo de mi cruz. El chino, que regenta la tienda doce horas seguidas al día, le pone mala cara al verlo en sus dominios cuando sale a poner en práctica sus únicas diversiones: fumar y escupir.

Me fijé al pasar en la mujer de la cerveza porque hablaba sola y gesticulaba; se notaba que además de loca estaba borracha. Vestía ropa holgada, barata y de color pardo que necesitaba un lavado; el embrutecimiento del rostro era espectacular, como de boxeador que se ha fajado duro y le han metido todas las manos.

Pasé de nuevo por delante de la tienda del chino un rato después,

al cabo de visitar varios bares por otras calles. La mujer seguía en la misma posición, lo único que había cambiado era que la lata doble de cerveza era otra —acumulaba en el poyete cuatro abollados cadáveres en fila— y que se le apreciaba mayor borrachera. Justo enfrente está la corta calle de la Merced, donde en el primer tramo hay dos bares que me gustan. En sus pequeñas terrazas se forma un ambiente bullicioso pero agradable y los fines de semana al mediodía se junta allí bastante gente. Me encontré en una de las terrazas con una pareja con la que me gusta charlar y compartir más de un trago; me quedé con ellos. Cerca de las terrazas, en la esquina de la calle con Santa María, el ayuntamiento se obstina en mantener un antiestético contenedor de basura que afea el rincón.

Con andar vacilante y sin dejar de hablar con enfado a alguien invisible para nosotros, la mujer abandonó el poyete y fue hasta el contenedor con su lata en la mano. Delante del artefacto, es decir, a la vista de las muchas personas que estábamos fuera de los bares, la mujer dejó la lata en el suelo, se bajó primero los pantalones y después las bragas color carne hasta los tobillos, se agachó en cuclillas con dificultad, separó las piernas en un intento de reafirmar el precario equilibrio, apoyó una mano en el contenedor para no caerse de culo y orinó sin fin. Bufé ante lo que no quieres ver o no quieres que esté sucediendo y aparté la mirada. Pero al instante miré de nuevo, con atención morbosa, la cara tumefacta cuya boca no cesaba de bisbisear y el coño tan a la impúdica vista, de prominentes labios mayores —lo que se suele llamar un pavo; creo que me habría resultado aún más perturbador si hubiese tenido un coño bonito— y de cuyo esfínter no cesaba de manar la orina que llegó hasta la primera mesa. Quizá, en su insondable demencia no veía a nadie o creía que nadie la veía a ella o quién sabe qué.

Después, se fue por el fondo de la calle de la Merced de la que ella estaba privada, sin nadie en ese tramo, en dirección a la ría, con su pobre lata en la mano. Componía una inerme estampa de total soledad. Me di cuenta en ese momento de que torcía el cuello como dice Plutarco que lo hacía Alejandro Magno y apoyaba el mentón en la clavícula. Se agachó a recoger una colilla encendida del suelo, le venció el peso y se cayó, por fortuna, por única fortuna en todo aquel lastimoso, pequeño y triste espectáculo, sin hacerse más daño. Reflexioné que quizá la única diferencia y frontera entre aquella desdichada mujer y yo era el dinero; en su caso, la falta de dinero que conduce a un alcoholismo anestésico y a la incursión de

la locura por la manera indiferente y aturdida de matar las horas, de matar la vida presa en una animalizada indigencia. En *América*, Manuel Vilas escribe que le atrae la pobreza porque ve en ella una forma radical de estar del lado de lo oscuro, donde viven los ángeles, los fantasmas y la violenta verdad. Añade que le atraen los miserables porque en ellos está la espada. A mí me parece que la única espada de los pobres es la de Damocles que pende sobre sus cabezas sujeta por un delgado hilo que tarde o temprano se romperá. Y entonces la espada les dará la puntilla. Adela Cortina dice que odiamos a los pobres y que la razón de ese odio es porque nuestras relaciones están basadas en la contraprestación, y los pobres no ofrecen nada porque nada pueden dar; solo tienen su basura, que termina por convertirlos en basura a ellos mismos. Creo que el odio a los pobres se fundamenta más en el miedo de espejo, en que sabemos que también nosotros podemos acabar en su lugar y por eso no nos gusta verlos, porque nos hace más conscientes de nuestra inseguridad y del posible hermanamiento en un fuera de juego definitivo —pero basta ya de endilgar mi opinión; sobra en este relato y en cualquier otro—. Mi animadversión es igualitaria: detesto en el mismo grado a los que son pobres que a los que no lo son. Me pasa como al borrachón W. C. Fields, que decía estar limpio de prejuicios porque odiaba a todo el mundo por igual. Los únicos pobres que me molestan son los que meten ruido. ¿Me dio lástima la meona loca? ¿Me compadecí de ella? La verdad es que no. No suelo compadecer a nadie —tengo el corazón bastante duro y seco—, ni siquiera a mí mismo. Tampoco la odié. Lo que me turbó fue eso, el espejo: que me vi en su lugar en un incierto futuro.

Una de mis noches extremas de terror ebrio viví que me abría, con una uña larga, sucia y puntiaguda, la piel del antebrazo a lo largo, desde la articulación del codo hasta la palma de la mano, con la facilidad con que se rasga el plástico de una bolsa. Bajo la piel, en vez de carne sangrante apareció basura, una basura pequeña, fétida, minuciosa y abigarrada, compuesta por filamentos metálicos, cristales, plásticos y desechos orgánicos que bullían o palpitaban con un movimiento leve, irregular, y un sonido malsano, sordo y repulsivo.

# XXII
# COMEDIA

Por la mayor parte de lo que voy contando puede parecer que predomina en mi carácter y en mi vida un componente dramático, grave y triste por el malditismo del alcohólico y todas esas cosas. Pero hasta en los aspectos más tétricos del garlito de un borracho, en la propia esencia del alcoholismo, del pobre hombre en que te convierte, hay un fondo del vaso ridículo y risible. Sin ir más lejos, mi particular y absurda guerra con los músicos callejeros discurre por la ridiculez; y no digamos algunos episodios nocturnos —los pocos que recuerdo— cuando entro en la zona *más allá*. Sí, debo reconocer que pesan más en mí los tintes grotescos que los trágicos; al menos creo que así fue durante mucho tiempo. Quizá ahora algo menos por incremento de mis negruras y de la degradación o, visto de otro modo, soy más parodia de mí mismo que nunca. Hasta en mis peores terrores, en los episodios que me espeluznan, hay un sesgo bufo, de gran guiñol.

No me preocupa mi lado ridículo. Siempre me he sentido cerca de la escuela de la comedia italiana de los años sesenta y setenta; de aquellas películas irregulares, pero estupendas y mordaces, que enseñaban a entender la vida como broma, en ocasiones muy pesada, y a no tomarse nada demasiado en serio, empezando por uno mismo. Tampoco he sido de contar mis desgracias a la gente. Mostrar la aflicción es indecoroso. Como decía el actor Antonio Gamero: no cuentes tus penas a los amigos, que se rían de su puta madre.

Dos mujeres importantes en mi vida, con la que estuve casado y mi madre —aunque no sea más que porque me parió—, apreciaron mi dimensión ridícula cuando me llamaron *fantoche* una y *mamarracho* la otra, en días y circunstancias distintas pero con el denominador común de mi estado de ebriedad.

Una madrugada que intentaba subir a casa, al domicilio conyugal —un cuarto piso sin ascensor; por lo menos he ganado en uno menos de altura—, me caí de un modo curioso. Trepaba por la escarpada escalera ganando peldaño tras peldaño, con la estoica paciencia que da estar muy borracho, cuando de repente se apagó la

luz; para evitarlo, no había pulsado el interruptor del automático una segunda vez a medio ascenso. La completa oscuridad me produjo un golpe de desorientación que se transformó en un golpe de verdad. Perdí el equilibrio y me caí para atrás. Como la escalera tenía un largo tramo en forma de caracol, y por supuesto ese era el punto en el que me encontraba, rodé un buen montón de peldaños, pero debió de ser con cierta parsimonia o ralentí porque recuerdo que mientras rodaba escalera abajo me dio tiempo a pensar: «Vaya hostia que me estoy dando», y no me descalabré, ni siquiera estaba dolorido al día siguiente —el diablo protege a los borrachos.

El fragor del despeñamiento en el silencio de la noche fue de suficiente estruendo para que mi mujer apareciera más o menos al instante —no así ninguno de los escasos vecinos; ya me conocían y me soportaban con resignación, como los del presente—, encendiera la luz y mirase al hueco de la escalera desde lo alto del inmueble; componía un bonito contrapicado desde mi punto de vista.

—¿Qué te ha pasado? —me preguntó sin un mínimo tono de alarma.

Tonta pregunta: era obvio lo que me había pasado. Me veía desde su atalaya de ángel exterminador de guardia —no creo que mi plano en picado fuera peor que el suyo—. Todavía estaba desparramado en el rellano, sin haber reunido el coraje suficiente para intentar levantarme. Pero respondí en el mismo código de lo evidente.

—Que me he caído. Pero ha sido al subir —expliqué, como si ese detalle aminorara el infamante cuadro.

No me preguntó si me había hecho algo o si necesitaba ayuda. Con una mezcla de lástima y desprecio, en la que predominaba lo segundo tres a uno, me dijo:

—Eres un fantoche.

*Fantoche*: persona grotesca y desdeñable, en su primera acepción. Habría sido aún peor que me hubiera llamado *pobre hombre*.

Mi madre me llamó *mamarracho* en el hospital, cuando se estaba muriendo de cáncer. Mi madre nunca me cayó muy bien, quizá porque aunque era abstemia, me parezco mucho a ella. Siempre preferí a mi padre. Soy hijo único.

Mi madre estaba en las últimas y yo apenas la visitaba. El alzhéimer había anulado ya a mi padre y no sabía ni que estaba casado ni lo que era una esposa ni quién había sido él. Me habría agradado que hubiera podido llamarme *cantamañanas* o

*tuercebotas*, dos insultos que le hacían gracia.

La última vez que vi a mi madre fue una tarde que llegué al hospital muy cargado de whisky, de otro modo no era capaz de encarar su agonía. Aunque estaba dopada, se dio cuenta de que iba cocido en cuanto abrí la boca. Me dijo:

—Me estoy muriendo y vienes a verme borracho. Eres un pobre mamarracho, hijo.

*Mamarracho*: persona estrafalaria o ridícula, en su primera acepción. Aunque ripioso, *borracho* y *mamarracho* hacen buen pareado. Le gustaban las palabras altisonantes. Cuando era chaval, me decía:

—Qué nueva fechoría habrás hecho.

Mi madre acertaba siempre en la diana conmigo y nunca se privó de apuntar al centro. Yo hago lo mismo.

Durante los veraneos en Bakio, se negó a que tuviera bicicleta por parecerle peligroso —mi padre no se opuso a la absurda decisión—. Sin embargo, hacía la vista gorda a que montara en las que me prestaban. Cuando los de mi banda se iban de excursión, no sobraba ninguna y yo me quedaba solo en el bloque de apartamentos.

No volví al hospital. Murió una semana después, sola. Hace poco se me apareció una noche su cara, reflejada en la pantalla del móvil apagado, en el espejo negro. No me dio excesivo miedo, la temía más cuando estaba viva.

# XXIII
# CRUJIDO

He visto una cucaracha grande y dorada en el suelo del cuarto de baño. Estaba quieta. La he pisado y ha crujido como un trocito de patata frita. Era real.

# XXIV
# ARGENTINO

Qué pobre diablo es el tipo. Así que las monedas que saca con las largas horas de guitarra se las pule aquí en un momento. Está en una cafetería de la calle Correo a la que no suelo entrar, uno de los pocos bares de la zona que conserva máquina tragaperras, de esas de frutas o algo parecido. En mi vida he metido una moneda en uno de esos cacharros, que me parecen para débiles mentales adictos a la monotonía y la simpleza. Por supuesto, entro para que me vea, ponerlo en evidencia y que se sienta incómodo. Al principio finge que no se ha dado cuenta de que estoy aquí. Me he quedado de pie en la barra, cerca de la entrada, que es donde está la máquina con el argentino adosado a ella y la guitarra en su funda apoyada en un lateral, junto al jodido amplificador y la sillita plegable —lo sentaría en un escabel de limpiabotas, a ras de suelo—. Ha notado la desagradable sensación de tener unos ojos clavados en la nuca y se ha dado la vuelta un instante, lo suficiente para que lo haya saludado con breve adustez y que a él no le haya quedado más remedio que responder; lo ha hecho con el mismo grado de simpatía. Qué malo es el blanco de Rioja que tienen en este bar, por eso no entro.

El argentino no recupera ni un euro de los que mete en la máquina, chapa tras chapa. Está incómodo: objetivo logrado. No le gusta nada que lo haya descubierto en una ocupación que no sé si es para él un vulgar entretenimiento o la servidumbre a una ludopatía pensada para pobres de espíritu —quizá fue lo que le costó la ruina que lo obligó a dejar Buenos Aires—. En todo caso, supondrá que pienso en el tópico de que en vez de emplear el dinero que gana, a cambio de dar la lata, en la supervivencia cotidiana, lo despilfarra en esta mentecatez. Como cuando se daba una limosna a los pobres de antaño con la advertencia expresa y tocacojones de que no se lo gastaran en vino.

No mete más dinero y se va con viento fresco, apresurado y sin mirarme de nuevo. Seguro que es supersticioso y piensa que le he dado mala suerte. Que se joda.

Como venganza por haberse sentido avergonzado ante mí, los

siguientes días redobla su recital de esquina: mañana y tarde. La próxima vez mejor lo dejo en paz con sus flaquezas para evitar represalias.

# XXV
# DIDELFO

Conocí en Cádiz, en 2001, a un borracho con el que hablé varias veces. Era un hombre maduro, inteligente, culto y se le veía muy alcoholizado; arrastraba alguna tragedia que lo había demolido. Carecía de aprecio por la bebida en sí misma; le daba igual y en realidad no le gustaba el sabor de los licores o del vino. El alcohol no era para él más que el medio para conseguir la anestesia mental de la embriaguez; cuanto menos tardase en llegar, mejor. La agarraba con sucesivas dosis en vaso de tubo de cinco dedos de brandi barato y media Coca-Cola del tiempo, sin hielo. Decía que a esa temperatura el efecto era más rápido.

A mí me gusta lo que bebo: disfruto de su sabor y de la calidad. Escojo las marcas y no tengo prisa por emborracharme. Para el gintonic, entre la MG inicial que también servía para limpiar la barra y la ginebra americana Seagram's, seca como una buena blasfemia, que es la que pido hace tiempo, bebí muchos años la Bombay blanca —la de las copas de la noche contigo, Bárbara, hasta que en las últimas horas desbarradas bebimos cualquier cosa—. La de la botella azul, la Bombay Sapphire, tiene cuarenta y siete grados, siete más que la blanca, y resulta demasiado alcohólica para el gintonic. Es una de las adecuadas para el *dry martini*, la bala de plata, el cóctel rey, que tomaba en Bilbao en el añorado bar JK de la calle Iturriza, donde mezclaban con vermut francés Noilly Prat, el único admisible, unos *dry martinis* perfectos según la proporción canónica de un océano de ginebra con unas gotas de vermut. Dorothy Parker decía que con los dos primeros *martinis* todo iba bien, con el tercero estaba debajo de la mesa y con el cuarto debajo del anfitrión. En las celebraciones en el JK nos solíamos meter cinco balas de plata por cabeza, a veces hasta seis, el tambor completo del revólver. También me ha gustado siempre el whisky, sobre todo el de malta. Recorrí Escocia con mi mujer a golpe de Glenmorangie de diez años, mi favorito —conducía ella; nunca he tenido carnet de conducir por consideración al prójimo—. Aparte de la fortuna que me dejé en los *pubs* por los precios británicos de los licores y la raquítica ración —pedía siempre dobles y muchos—, tengo un recuerdo muy vago de

Escocia. La niebla que solía bajar de las lomas a la caída de la tarde de un modo espectral, a mí me acompañó durante todo el viaje. Hace varios años que no salgo de Bilbao, salvo las inevitables huidas en agosto por las fiestas, y no me suelo ir lejos. Me da pereza y melancolía viajar solo. No obstante, debería evitar que me coma tanto el autismo y la endogamia. A veces paso semanas sin cruzar la ría para salir del Casco Viejo.

Era ya un hombre mayor cuando John Huston, reputado bebedor, consideró que a cierta edad hay que sustituir los destilados por los fermentados y lamentó no haberse aficionado a los buenos vinos mucho antes, en vez de tantos años centrado en el whisky. El otro día volví a ver por última vez su película *Bajo el volcán* —y volveré a leer la desolada novela de Malcolm Lowry—, una de las mejores del cine norteamericano sobre alcoholismo —no encuentro equivalentes de la misma calidad en el europeo; me resulta extraño —. Albert Finney hace de Geoffrey Firmin, el antiguo cónsul inglés en Cuernavaca, un dipsómano abisal siempre al borde de un histriónico colapso que bebe de un modo inexorable, trágico y fatalista. Es muy bueno cuando está por la mañana en una cantina —va de empalmada desde el día anterior, que se ha celebrado la fiesta de los muertos—, donde cuenta una historia y bebe Johnnie Walker. Aparece de repente en la puerta su esposa, la bellísima Jacqueline Bisset, que ha regresado a México sin que él lo sepa. Firmin se da la vuelta, la ve sin inmutarse, vuelve a darle la espalda y continúa con su historia; cree que es una alucinación.

Huston tenía razón con lo de los fermentados: pasarte de la raya con vino, aunque sea con mucho vino, no es lo mismo que hacerlo con licor. Seguí su consejo más o menos desde 2005 hasta hace un año, sin caer demasiadas veces en excepciones con los destilados. Bebo sobre todo vino blanco de Rioja, por su sequedad. Tinto solo tomo muy bueno y en algunas comidas en restaurantes; para los bares me da sed, de agua. La cerveza no me gusta. También frecuento el cava y el champán; más el primero que el segundo, no por gusto, sino por la considerable diferencia de precio. Hubo una época en que a los amigotes de barra de bar del barrio nos dio por soplar manzanillas; cualquiera sabe por qué se puso de moda entre nosotros. La manzanilla y el fino, además de tener más grados que el vino blanco habitual, resultan adictivos, euforizantes con un cierto toque de enloquecimiento y, con su consumo masivo, llega un punto de no retorno en que te cuesta mucho parar la libación. Tras una eternidad de rondas de manzanilla La Guita volvíamos a casa

—cada uno a la suya, menos mal— aún más tarde que de costumbre, más pedos y con más aceleración que un caballo de carreras dopado. Mis compinches del barrio han solido ser, al igual que yo, de profesiones liberales con horario tan flexible como una contorsionista —uno de ellos, un tipo raro, que en paz descanse, tenía fijación erótica con las contorsionistas de cabaret—, o zánganos con suficiente dinero de bolsillo —lo que se llamaba antes *dinero para alternar*—, lo cual estaba muy bien, pero como casi nunca tenías prisa ni te veías obligado a dar explicaciones de tus escaqueos laborales, jugaba en contra para una limitación del tiempo dedicado a los bares, con el consiguiente descontrol del grado de alumbramiento etílico. No obstante, he valorado mucho a lo largo de la vida que nadie me diga lo que tengo que hacer o evitar. Ahora no me vendría mal que alguien o algo me frenara.

Antes de limitarme al vino blanco, cuando salía a menudo a la tarde o por las noches, solo bebía destilados: trasegaba gin-tonics, *dry martinis* y, en menos ocasiones, whisky. Tres copas era terreno seguro sin consecuencias al día siguiente; entre cuatro y cinco, un cocimiento sin abandono de los cauces de la dignidad con resaca más o menos suave —aunque, como dije, en realidad ninguna resaca sea suave—; más de cinco, destapar la caja de los truenos y el Armagedón al despertarme. Pero cuando me convertí en bebedor diurno, desde el mediodía hasta la hora que sea, hubo días en que tras muchos blancos me cansaba de tanto vino y, sin transición, me abrochaba dos o tres gin-tonics o los *bitter* Cinzano preparados del Ander Etxea —una histórica y eficaz tasca de la recurrente Barrencalle—, que son una deliciosa coz de mula en la que para cuando te echan el *bitter*, el vaso está ya medio lleno de Campari, Carpano, ginebra y una generosa dosis de angostura. La suma de vino y licor me resultaba mortífera. Desde 2005 me conformé con el vino sin caer en esos desbarres, pero con la crisis de los sesenta años, que he padecido desde que cumplí cincuenta y nueve, he vuelto en más de una ocasión a esa práctica de alcoholismo radical y además incrementada. Muchos blancos, dos o tres gin-tonics y después whisky, cualquier *scotch blended*, hasta sumirme en esa ebriedad en la que pierdo la noción del tiempo y de mí mismo y me interno en el tránsito de la noche por sórdidos vericuetos. Lo que más me afecta es el whisky, el agua de fuego que ponía locos a los indios y a mí cuando llego al tramo de *más allá*.

Todavía tengo buen paladar para la bebida. Por tenerlo, la otra noche me molestó una mala costumbre de un bar que frecuento de

vez en cuando y así se lo hice ver al encargado, que me miró como las vacas al tren. Pedí una copa de caro blanco godello. Iban a cerrar enseguida y un camarero se puso a pasar la fregona cargada de lejía a mi alrededor. Me picó la nariz, no olía más que a lejía y el vino ya no me supo a nada. Tuve que apurarlo de un trago.

El encargado del bar que me miró como las vacas al tren tendrá unos cuarenta años y fue más locuaz en otra ocasión, hace ya tiempo. También estaba a punto de cerrar, no había nadie más que nosotros y se tomó un par de vinos conmigo —me dio la impresión de que no eran los primeros de la velada—. No recuerdo a cuenta de qué, me hizo la sorprendente revelación de que su mujer era un raro caso anatómico que había sido objeto de estudio médico: tenía dos vaginas, en paralelo, ambas desarrolladas y *practicables*, dijo textualmente. Me atreví a preguntarle si *practicaba* en ambas y me dijo que sí, ya que no eran iguales, a él le aportaba cierta variedad y ella disfrutaba tanto con una como con la otra, no especificó si mucho o poco, aunque era considerable al respecto si poseía dos clítoris, interesante cuestión que no se planteó. Por supuesto, pensé en acrobáticas penetraciones grupales en que la dama cobijara a la vez tres pollas; creo que me leyó el pensamiento. Al día siguiente miré en Internet, en una enciclopedia de medicina que parecía fuente solvente, si existía algo parecido o el *practicante* me había metido una extraña trola: y sí, era verdad, se da en una entre un millón de mujeres y es una malformación congénita denominada *útero didelfo* —el diccionario da como única acepción de *didelfo* la de sinónimo de *marsupial*—. Lo que no encontré es la respuesta a si ambas vaginas estaban coronadas por un único clítoris o se daba también la duplicidad. Mientras me informaba, tuve un insólito e intenso *déjà vu*, la nítida sensación de que ya había leído, antes de conocer la historia de la exótica mujer del encargado, aquellas mismas páginas. El punto álgido del *déjà vu* se dio cuando leí que el útero didelfo puede encuadrarse en la teratología: estudio de las monstruosidades del organismo.

Después de aquella indiscreta confidencia, el encargado no ha vuelto a hablar conmigo más que lo indispensable. Supongo que se arrepintió de haberme contado el extraño caso de la mujer con doble vagina, que podría ser el título de una novela de ciencia ficción barata y erótica.

Después del godello con lejía, en vez de subir a casa me fui a otro lado y pedí un Chivas para recuperar el olfato; fue el primer whisky de una larga noche ardiendo con agua de fuego.

# XXVI
# INUNDACIÓN

—No es una coincidencia por casualidad. Me gusta mucho *Vértigo* y me encantó el recogido de pelo de Kim Novak. Me pareció sencillo y elegante. Pensé que me sentaría bien a mí y lo llevo a menudo, desde hace bastantes años.

—Bien pensado.

Apreciaste que me hubiera dado cuenta del detalle de tu peinado idéntico al del personaje de Madeleine en *Vértigo*. Fue un acierto por mi parte comenzar nuestro diálogo de ese modo. Se notaba que eras una cinéfila por el uso del presente hacia una película vista en el pasado. Alguien que no lo fuera habría dicho que *Vértigo* le gustó. Para un cinéfilo, una película memorable permanece suspendida en el tiempo.

—Y es como de mujer misteriosa, o complicada. Un aviso de que dentro de esta cabeza hay mucho peligro. —Te apuntaste con el dedo índice a la sien, reíste tu propia ocurrencia y te secundé.

—Es un bucle, una espiral, o un pequeño laberinto —añadí para hacerme el listo.

—¿Y qué no lo es en la vida? Borges escribió que el laberinto es un símbolo de la perplejidad. Y que es una construcción muy extraña, distinta a todas las demás, porque está pensada para perderse. También dice que bastan dos espejos enfrentados entre sí para construir uno.

Treinta y seis años después, a mí me ha bastado un solo espejo para construir el mío, y pasar a su otro lado para extraviarme. *Lo que queda en el espejo cuando dejas de mirarte*.

—¿Has leído a Borges? —me preguntaste.

—Aún no —confesé con un poco de vergüenza—. Pero lo haré. Qué bueno lo de *dos espejos enfrentados*.

—Yo soy el siniestro espejo donde la furia se contempla.

—¿Eso también es de Borges?

—No, de Baudelaire.

Tras perderte a ti en el dédalo cuya salida es la imposibilidad de una nueva entrada, comencé a leer a Borges y no he dejado de hacerlo desde entonces.

—Si no recuerdo mal, en la película algo del vértigo de James Stewart se resuelve con un efecto de espiral, como un remolino —dijiste.

—Eran los créditos de Saul Bass los que jugaban con una animación de espirales que partía de un ojo de Kim Novak. Vi la película en Barcelona hace poco, este invierno.

—Es verdad. Qué buenos eran los créditos. Quedaban muy bien con la subyugante música de Bernard Herrmann.

—*Subyugante* es la palabra para esa banda sonora. —Yo era un pedante, puede que también tú lo fueras un tanto y eso ayudó a entendernos como si hubiera habido otras muchas conversaciones anteriores entre nosotros—. El vértigo se representaba con un rápido retroceso de cámara en picado sobre lo que ve James Stewart desde la altura que le da miedo; eso sí, era un efecto vertiginoso.

—La vi por primera vez en Londres, cuando se estrenó, a mis veintitrés años. —Te interrumpiste un instante para sonreír sin melancolía—. Acabas de calcular mi edad porque sin duda sabes que la película es de 1958. Sí, soy muy mayor, al menos para ti.

—En absoluto. Eres un sueño de mujer. Resplandeces. —Me puse cursi; iba a decir también «y te conservas de maravilla», pero por fortuna me callé a tiempo de evitar ese tópico que además pondría en evidencia tu edad madura.

—Espero que no en el sentido de la película de Kubrick. Pero gracias, muy amable. Bonito cumplido.

*En absoluto* fui exagerado ni pretendí un mero *cumplido*. Eras una mujer fantástica y esplendorosa a tus cuarenta y ocho años —claro que lo había calculado: naciste en 1935, antes de la Guerra Civil, lo cual sí me resultó inevitable asociar con un pasado lejano —. Pertenecías a la muy minoritaria categoría de las diosas, esa élite de mujeres dotadas de una belleza superior que os coloca en una posición aparte de todas las demás y os dota de la consciencia de estarlo. Irradiabas luz, aunque también atisbé, y tú misma dejabas entrever, alguna sombra. *Vértigo* en Londres a los veintitrés y a finales de los cincuenta: cosmopolita y envidiable; seguro que por eso lo especificaste.

Me mantenía fascinado poder observarte de cerca. Una pequeña y fina cicatriz junto a tu larga boca, en la comisura derecha, aumentaba la sensualidad de tus labios de escasa carnosidad y apenas pintados. La cicatriz tenía poco más de dos centímetros de longitud, era vertical y no la disimulabas con maquillaje porque sin duda eras consciente de su poder erótico. A diferencia del pequeño

entramado de venitas rotas sobre los prominentes y elevados pómulos, que el maquillaje no conseguía ocultar del todo y que revelaba tu afición al alcohol y acaso también a la cocaína. No obstante, tenías un cutis luminoso de tersa piel blanca que armonizaba con tu cabello rubio y las cejas pobladas de trazo perfecto. Tus ojos entre azules y grises, con el color realzado por el abundante rímel de las pestañas, eran hermosos pero de mirada algo turbia, como de baja intensidad, apagada no por las adicciones sino quizá por tristeza. Mirabas de frente, con frecuencia a mi directa mirada hacia ti. Unas pocas y delicadas arrugas unidas a los ojos conseguían incrementar, en vez de disminuir, la belleza de tu rostro. Me hechizabas. Por una mujer como tú podría haber hecho muchas tonterías o meterme en problemas. Ojalá hubiera tenido el tiempo suficiente a tu lado para ambas cosas.

Acerté con el bar que había escogido: te gustó de verdad. Estábamos en el Katu Zaharra —gato viejo—, situado a mitad de Barrencalle, un bar de copas roquero que sobrevivió a las inundaciones, continúa igual en el presente y al que voy todavía cuando traspaso la línea roja que me lleva a la resbaladiza senda de los destilados. Allí sí había bastante gente —la parroquia de ese bar siempre ha sido de ambiente propio que se mantiene allí dentro ajena a lo que pasa en el exterior— y la música estaba muy alta, como de costumbre, pero podíamos hablar. Sin otras preguntas mutuas previas, por *Vértigo* y el bucle nos habíamos enfrascado en uno de esos inagotables y placenteros diálogos de cinéfilos —Billy Wilder decía que a los cinéfilos nos gusta hablar de cine todavía más que ver películas— que consisten en el intercambio de títulos favoritos que se comentan con brevedad para saltar enseguida al siguiente que viene a la memoria o por asociación de ideas, y así hasta la eternidad. Que a ti te importara el cine tanto como a mí suponía una deliciosa complicidad.

Le tocó el turno a *Días de vino y rosas*. Tú la citaste.

—Para mí es la obra maestra de Blake Edwards. Me impresiona y me desasosiega mucho. Pero me atrae como atrae un abismo. —Señalaste nuestros gin-tonics como si los saludaras con un respeto temeroso—. El placentero al principio, luego inevitable y después siempre destructivo vértigo del abismo del alcohol.

A mis veinticuatro años no comprendí todavía el alcance del exacto resumen que acababas de hacer. Aunque sí me di cuenta de que esas palabras revelaban que no bebías de un modo esporádico.

—A mí también me impresiona y me parece buenísima; estoy

deseando volver a verla —te dije.

Brillaba tu inteligencia y me atraía como el abismo, como el profundo precipicio que nunca he sabido saltar.

—La he visto tres veces —dijiste con un leve ademán de ansiedad en la sexual boca, gesto que repetías cuando hablabas de lo que te removía algo por dentro.

No lucías pendientes, collar ni anillos en tus largos dedos con uñas sin pintar. La única joya era el estilizado XIX de oro en números romanos, el broche que llevabas prendido en la solapa izquierda del traje gris marengo con finas rayas doradas. Observé el XIX a hurtadillas para que no pareciera que te miraba el espléndido escote, aunque lo hacía. El esternón ancho y marcado separaba los hemisferios a la vista de tus dominantes pechos bronceados sin exceso —te imaginé en una playa, erguida y desnuda bajo el sol, cubierta solo con una pamela blanca que preservaba la palidez de tu rostro; la imagen me excitó—. Era muy difícil desclavar los ojos de tus pechos, grandes en contraste con tu constitución de mujer muy delgada. Resolviste mi fallido disimulo.

—Sí: sé que tengo buenas tetas y las luzco. No te prives de la pequeña vista panorámica. Me complace que me miren, depende de quién, claro. —Al decirlo, el delgado tejido reveló una repentina erección de los pezones; te diste cuenta de que lo había percibido y creo que lo disfrutaste; debió de ser así porque fuiste más lejos—. Confieso que soy un poco exhibicionista. —Volví a verte desnuda en la playa, ahora rodeada de hombres mirándote que se masturbaban con ahínco—. ¿Quieres que te las enseñe? ¿Te gustaría?

Me sorprendiste y alteraste. Estábamos fuera de la barra, en una zona discreta del bar, junto a una pared. Tocaste con dos dedos el botón superior de los tres que cerraban la chaqueta, la única prenda que evitaba una gloriosa desnudez de tu torso. Encantado, pensé que te los ibas a soltar allí mismo y para mí, y a separar las solapas de la chaqueta en un fugaz pero suficiente instante de exhibición que iba a ser de una lascivia íntima y maravillosa.

—Me encantaría.

—Es pronto. —Retiraste los dedos del botón y noté que te divertía la cara de panoli que tuve que poner.

¿Eras una calientapollas que jugueteabas conmigo, consciente y segura de que tu atractivo físico y tu inteligencia arrebataban a un joven pretencioso y tonto? En ese momento pensé que sí. A modo de pausa encendiste un cigarrillo y cambiaste de dirección con un brusco giro. Sabías o acababas de averiguar que dominabas el juego

conmigo, cualquier juego, y que tú ponías las reglas y te las saltabas.

—En cuanto al XIX, se lo encargué a un orfebre. Le expliqué cómo lo quería.

—¿Por qué un XIX en números romanos? Me gustan los números romanos desde niño.

Acepté el desvío como habría aceptado también que apagaras el cigarrillo en mi copa, o en la palma de mi mano si hubiera sido el precio para tener sexo contigo y poder comerme y beberme tu cuerpo centímetro a centímetro. Te deseaba con un afán difícil de contener y cercano al sufrimiento.

—Es decir, desde hace poco. —Los abultados pezones desaparecieron como si hubieran recibido el jarro de agua fría que me acababas de soltar—. ¿Cuántos años tienes? ¿Veinticinco?

—Qué más da. Pero sí, exacto: veinticinco.

Me pareció adecuado añadirme uno. Aun así, temí que dijeras «podría ser tu madre», pero no lo hiciste.

—Es por el siglo XIX. Me gusta la estética de esa época y en la universidad me especialicé en literatura francesa decimonónica. En aquel entonces disfrutaba con Flaubert, Hugo, Zola, Balzac... Creo que ahora ya no me interesaría ninguno. —Te callaste para sopesar algo mirando al vacío y continuaste con un nuevo amago—. Y el XIX romano me gusta en sí mismo. La simetría de las dos equis, de las dos incógnitas enfrentadas.

—¿Como el laberinto de los dos espejos de Borges? —Quería que notaras que era listo, que relacionaba ideas con rapidez.

—Sí, por qué no. En realidad, el XIX siempre sobre mi pecho, sobre el corazón, no es solo por el siglo ni por su estética. Permíteme que no te lo cuente, es algo íntimo y doloroso del pasado. Pero me es necesario tenerlo presente y este broche me sirve para que sea así.

No pude decirte, porque entonces lo ignoraba, que el número diecinueve relaciona categorías especiales. Para la fantasía religiosa, la mente de Dios posee diecinueve atributos y Aristóteles establece que las clases de silogismos son diecinueve. No sé cuántas clases utilizaría Jack London para sus *despiadados y espectrales silogismos de la lógica blanca*.

Comenzó a sonar la impetuosa *American Woman* y la coreaste un poco con cierta vehemencia.

—Mejor volvamos al cine —atajaste—. ¿Te gusta Preminger? Tengo debilidad por *Cara de ángel*.

—Magnífica interpretación de Jean Simmons. Una loca malvada, pero con cara de ángel.

—Quizá como yo, suponiendo que tenga también cara de ángel. —Te gustaba bromear con la pose de dártelas de mujer fatal de cine negro.

Entre película y película te pregunté lo que me había preguntado desde que te distinguí por la calle bajo la lluvia y entre la chusma.

—¿Qué haces en Bilbao? Y, sobre todo, ¿qué haces aquí, en medio de estas horrendas fiestas y con este diluvio?

—He venido de Madrid; vivo en Madrid. Estoy acompañando a alguien por sus negocios aquí. Pero hemos reñido y no quería quedarme en el hotel. —El paraguas era del hotel Ercilla—. Me apetecía tomar unas copas en un ambiente festivo y de mucha gente, por puro escape de contraste. La lluvia no me desagrada, aunque no creía que iba a llover tanto ni que hubiera peligro de que la ría nos ahogue. —Hacía rato que no me acordaba de eso por mi absorta atención en ti y el recordatorio me inquietó.

—¿Habías estado antes en Bilbao?

—Sí, bastantes veces a principios de los sesenta. La ciudad nunca me ha gustado, pero tuve aquí un amante, un bilbaíno con el que viví una gran pasión, mientras duró.

La palabra *amante* y que lo tuviste *a principios de los sesenta* implicaba que te casaste muy joven, quizá con quien te habías enfadado en el hotel —si es que era un hombre—. Y si era así se traducía en que en el pasado habías sido infiel a tu marido y, por tanto, cabía la posibilidad de que volvieras a serlo en el presente. Aunque también podía darse el caso de que el único casado fuera el amante bilbaíno. Pero no me atreví a preguntarte nada al respecto, como tampoco si tenías hijos, cuestión esta última que en realidad no me importaba —después sí me importó y me impactó lo que me contaste más tarde—. Acepté tu pauta implícita de conformarme con lo que me revelaras de ti sin indagar más sobre cuestiones hacia las que con toda probabilidad ibas a ser reservada.

—Háblame de ti. Me has dicho que haces la mili en Barcelona, qué pobre. Barcelona sí es una ciudad que me gusta. ¿Tienes novia?

—La tenía: me dejó en abril.

—Una mema por dejar escapar a un chico tan majo como tú.

Te agradecí el comentario a pesar de que me sonó condescendiente. Terminé la copa poco después que tú.

—Vamos a otro lado —ordenaste.

Salimos a la calle. La lluvia seguía con igual intensidad y

persistencia, pero el panorama había cambiado y era lúgubre. Aunque eran solo las doce y pico, apenas quedaba gente en Barrencalle y la mayoría de bares había cerrado. Al parecer, la gente festiva y los tasqueros se habían tomado por fin en serio el riesgo de inminente inundación. El agua embalsada a lo largo de la calle la ocupaba ya casi por completo y había que andar pegado a las casas. Un coche de la policía, con las luces azules encendidas, estaba cruzado en la salida de Barrencalle a la ría. Un borracho solitario iba en esa dirección dando lentos tumbos y por en medio del caudaloso charco, con el agua a la altura de los pantorrillas. Un policía, cubierto con un enorme chubasquero con capucha que lo hacía parecer un fantasma de opereta, salió del coche y le hizo gestos perentorios con la mano para que se fuera. El borracho hizo caso omiso y fue hacia el policía, pero antes de llegar se enredó con sus propios pasos y cayó de bruces en el agua y el pavimento.

—Esto pinta feo. Creo que ha llegado el momento de salir del Casco Viejo cuanto antes —te dije.

—Todavía no, hombre. Seamos imprudentes, a ver qué pasa. Tengo curiosidad. *Vivere pericolosamente*, como decía el fantoche de Mussolini. —Faltaban años para que mi mujer me llamase lo mismo—. Mira, ahí queda un bar abierto.

—Ese no lo conozco.

Era un bar sin letrero en la entrada y con la puerta cerrada en el que nunca me había fijado. A buen seguro, un antro. La puerta era extraña, pequeña y de doble batiente, semejante a la de un armario para ropa. Se distinguía que era un bar por una luz cruda encima de la puerta y la palabra *BAR* pintada a mano. Peor pinta, imposible.

—Tampoco me conoces a mí. Así llegas a ambos conocimientos a la vez. —Conocimiento mío de ti, pensé en el bíblico, por supuesto; es decir, pensé con la polla.

El borracho derrumbado consiguió ponerse a cuatro patas; parecía un animal abrevando en un arroyo. El policía del chubasquero llegó hasta él y lo ayudó a levantarse.

Aunque tuve el temor de estar a tu merced y de que fueras una hermosa desequilibrada —*Cara de ángel*—, te hice obediente caso, empujé la puerta del armario y entramos al bar sin nombre del que ya no íbamos a poder salir.

# XXVII
# PUPILA

Me he dormido con las gafas puestas. Sudo. Enciendo la luz. Una mosca grande y azul se mete dentro de las gafas. Rebota contra el cristal una y otra vez, no sabe salir. Se posa en el iris de mi ojo. Aunque lo ocupa por entero, siento que lo recorre con sus patas como si fuera del tamaño de una yema de huevo que está a punto de romperse. Noto cada una de las patas de la mosca como si se tratara de la única. Cierro los ojos para espantarla; no lo consigo. Percibo su consistencia dura y concreta al presionarla con los párpados. Se adhiere más al iris, como si formara parte del ojo. Vibran las alas; zumban. Me muerde la pupila dilatada por el delirio y quiere comérsela.

# XXVIII
# FANTASMA

La borracha de la noche que veía a su marido transformado, con rasgos de monstruo —y él a ella—, es una paranoica que cree que produce animadversión a todo el mundo y que por esa causa la tratan con hostilidad o desprecio en cualquier circunstancia. Padece además una especie de narcolepsia alcohólica y es capaz de dormirse de pie en un bar, sin caerse al suelo, con un cigarrillo encendido en la boca que tampoco se cae de sus labios.

Por un cigarrillo y dormirse borracho con él encendido, murió un conocido del barrio y mató a su madre. Fue a finales de los noventa, creo. La repentina irrupción del sueño en estado de pedo ya le había costado un percance previo de graves consecuencias. Se durmió mientras meaba, se desplomó y se rompió la mandíbula contra el retrete; lo contó él mismo con dificultad para hablar por la fractura y un alambre interno que le habían colocado con el fin de soldar el hueso —era tonto; comentó como si fuera importante en el conjunto del accidente que además se meó encima—. Debía de ser de mandíbula frágil; fue anécdota famosa en el barrio que unos años antes se la desencajó por una brutal carcajada. Debo confesar que yo me hice una fisura en una costilla con un explosivo estornudo. Hace años me daban esporádicamente agobiantes ataques de estornudos cuando ya estaba cocido; no creo que fuera por reacción alérgica al alcohol. Me dejaban agotado. No siempre los contaba, para evitar agobiarme más. Pero creo que de las veces que lo hice, el récord estaba en catorce.

No mucho tiempo después de la fractura, el de la mandíbula de cristal fumaba en la cama y se durmió —según se dedujo por las consecuencias—. La brasa del cigarrillo prendió el edredón de tejido sintético barato, que resultó ser muy inflamable, y se quemó vivo. El piso se incendió y murió también, asfixiada por el humo, su madre impedida, con la que convivía.

Yo no he fumado en la cama ni después de follar, aunque he de reconocer que temulento me he hecho bastantes agujeros en camisas y chaquetas por descuidos con cigarrillos. Tenía gracia el chiste aquel del bar en el que había un cartel que pedía que no se

tirasen colillas encendidas al suelo para que los borrachos que salían a cuatro patas no se quemaran las manos.

Relacionada con su extraña narcolepsia, la borracha de la noche —que es una buena narradora oral antes de que se le trabe la lengua— me contó, en el tugurio para remedos de íncubos y súcubos en el que no desentonaría el chiste del cartel y que es donde nos encontramos a horas tardías, una pesadilla que asocié con la mía del fantasma por la velocidad con que ambas transcurren. Me dijo que la suya la aterroriza. Se le repite muchas veces y siempre en el mismo y peculiar lugar: el cuarto de baño, mientras está sentada en el váter. Me explicó que desde esa posición, con la puerta abierta se ve la de su dormitorio, que queda en línea recta al final de un largo pasillo. Irrumpe de la habitación, tras abrir con brusquedad esa puerta, una figura imprecisa, quizá un hombre, que corre hacia ella muy rápido, moviendo mucho y rítmicamente los brazos y con la cabeza baja, como una bestia que embiste. Se despierta sobresaltada antes de que el corredor llegue hasta ella y se da cuenta en ese momento de que se había dormido mientras hacía sus necesidades —además de por los cigarrillos, me ha venido a la memoria el finado de la mandíbula por ese parecido escatológico—. Le di un consejo simple: ya que al parecer no podía evitar quedarse dormida en la taza, al menos que cerrara la puerta del cuarto de baño y quizá así, evitando la exacta situación de punto de vista que se daba en el sueño, lograra no convocar la pesadilla. Me dijo que ella nunca cierra la puerta del baño, ni mientras caga cuando hay gente en la casa, porque le da miedo, y que eso lo sabe su basilisco —lo llamó así— y se aprovecha de ello.

Entreabierta pide que le dejen la puerta de su habitación del geriátrico el antiguo asesino de la mafia, ya apagado por una extrema senectud, Frank Sheeran —Robert De Niro— en el final de *El irlandés*. No se sabe si para facilitar que entre la muerte, o para que se vaya, o por un simple miedo a la oscuridad como el de los niños pequeños cuando se apaga la luz.

Antes de la actual pesadilla del fantasma tuve otra, también recurrente, que era de largo desarrollo y muy realista. La sufrí unas cuantas veces a lo largo de los años. Soñaba que era la noche antes de que me fusilaran al amanecer: al alba. Creo que la base de la pesadilla estaba en el horror que me infunde la pena de muerte y cualquier modo de ejecutarla, y sobre todo en la canción de ese título, *Al alba*, de Aute, que me gusta y de la que en su día me impresionó saber que se inspiraba en los últimos fusilamientos que

mandó ejecutar Franco en septiembre de 1975, dos meses antes de su propia muerte. En la canción, Aute da voz a la mujer de uno de los que van a ser fusilados: *quiero que no me abandones, amor mío, al alba*. También pudo ayudar a la formación de la pesadilla el cuento de Borges *El milagro secreto*, que a lo largo de los años leí varias veces. En ese cuento, el condenado imagina una y otra vez con todo detalle cómo será su fusilamiento, del que sabe la fecha exacta. Anhela que llegue la definitiva descarga, la real, que lo redima de imaginar las anteriores.

En mi sueño, cuyos detalles se repetían con bastante exactitud cada vez, estaba en una celda. Me ofrecían cenar y en vez de comida pedía una botella de whisky que bebía a gollete con largos tragos —borracho hasta en los sueños—. Con un realismo asombroso, notaba el sabor del whisky en el paladar, su entrada en la garganta y cómo bajaba por el esófago, también su efecto en la cabeza. Aunque no aparecían, sabía que me iban a fusilar guardias civiles —los piquetes de fusilamiento del 75 los formaron guardias civiles y policías—, pero no por qué había sido condenado. Sentía con intensidad y desesperada angustia el miedo a que llegara el momento y me preocupaba no mearme encima —más escatología— ante el pelotón, conservar la dignidad. La pesadilla concluía siempre cuando venían a buscarme. No ha vuelto desde hace más de una década.

La pesadilla que me aterroriza ahora es muy breve, vertiginosa y de una contundencia aplastante. Más que un pasaje de terror es un susto rotundo. Apareció por primera vez hará poco más de un año y me ha atacado cuatro veces, en cualquier tipo de noche, de sobriedad o embriaguez; le da lo mismo mi estado para lograr la incursión. Sé que no ha concluido su ciclo y que irrumpirá de nuevo, que las cuatro apariciones no han sido más que un prólogo del minucioso proceso de posesión que prolongará hasta quebrarme la mente.

Así como la prolija pesadilla de la noche en vela antes del fusilamiento era prácticamente igual cada vez, esta cambia, muta para engañarme e incrementar así el golpe de terror.

La pesadilla consiste en que abro los ojos en mi cama, en la oscuridad de la habitación, y un rostro blanco, brillante, de rasgos esfumados, imprecisos, salvo su boca negra muy abierta y redonda —sin dientes, creo—, se abalanza sobre mi cara y desaparece antes de hacer contacto, instante en el que lanzo un fuerte grito de miedo. Es cuando me despierto y no sé si he gritado de verdad o forma

parte del sueño. Debe de serlo, porque si el aullido fuera real habría hecho acudir a algún vecino, por muy acostumbrados que estén a mis excéntricas molestias y estruendos. Tras despertarme, el miedo que he sentido permanece como un persistente eco.

Un logrado y eficaz componente de la pesadilla es conseguir que sueñe que abro los ojos, que me he despertado y que sea desde esa ilusión de vigilia cuando irrumpe el fantasma. La primera mutación fue rizar el rizo del susto mediante la duplicación del engaño de que estoy despierto. Me lo hizo en la tercera visita. Tras la sensación del grito, creí que ya estaba despierto y comencé a encajar el susto recibido. Pero el rostro de plata se abalanzó de nuevo sobre mí y soñé que gritaba otra vez. Me desperté de verdad, pero con la espantosa duda de no estar seguro de ello, de que el engaño continuaba y seguía a merced de la pesadilla. La cuarta vez, y segunda mutación, el rostro espectral se abalanzó a menor velocidad que las anteriores y solo una vez. El fantasma quiso que distinguiera mejor los imprecisos rasgos de su cara y que con esa información el miedo subsiguiente fuese más elaborado y de naturaleza distinta, más horrible y grave. Me pregunto qué espantosa sorpresa me prepara para la próxima aparición.

Las alucinaciones de terror que irrumpen en mis noches anegadas de alcohol y con la mente desbocada suceden en un estado de aturdimiento etílico, entre el sueño y la vigilia, en un limbo incierto. Pero esos desbarres de la imaginación no me despegan del todo de la realidad aunque pierda el dominio de la voluntad. Sin embargo, el fantasma habita en ese otro lado ajeno a control alguno: en el sueño, hermano menor de la muerte, y en su reino de oscuridad no hay refugio posible ni necesita de la debilidad del alcohólico para llegar a mí. Creo que me estoy volviendo loco.

# XXIX
# RUMANO

Me han asegurado que el yonqui de los bolos ha muerto. Pero no es la primera vez que lo dicen, y siempre vuelve a mi calle, que al parecer también considera la suya. Es, o era, si esta vez es cierto que la ha palmado, un tipo joven que fue guapo, de extrema delgadez famélica y frágil solo en apariencia. Desaparece de la calle durante días porque va al hospital cuando está exangüe y lo dejan ingresado hasta que se recupera lo suficiente para regresar a la intemperie y a la búsqueda del pico cotidiano. Durante una época, que no incordiaba, le di dinero varias veces, hasta que me di cuenta de que todo lo que contaba para sacármelo eran mentiras, lo típico de un yonqui de mierda que vendería a su madre por conseguir un chute. Esta piltrafa del arroyo no toca instrumento alguno ni canta, el suplicio que inflige va por otro derrotero. A lo más que se aproximó a molestar de ese modo fue que durante una temporada lo acompañó una yonqui, de penoso aspecto y sorprendente voz de pito, que soplaba una lacerante flauta con persistencia de autómata y destreza de párvulo. Mi yonqui pide dinero, a otras horas distintas que los músicos de esquina, haciendo sencillos juegos malabares con tres bolos. Los lanza al aire por la noche, ya tarde, cuando apenas hay gente por la calle; es un zombi hasta para eso. Y le da igual el tiempo que haga: con poca ropa de abrigo puede estar horas bajo una lluvia pertinaz o con intenso frío, como prueba más o menos viviente de que los yonquis son atérmicos e indestructibles como los dibujos animados de la Warner. Sorprende que con su desgaste físico no pille una pulmonía. El problema de ruido con él es que con una regularidad exasperante, cada diez segundos de media, falla en el juego y se le cae uno de los pesados bolos al suelo, que en el silencio de la noche suena con estrépito y oigo con fastidio desde casa. Suele estar hasta pasadas las doce, pero nunca me he atrevido a llamar a la policía para quejarme de que al yonqui se le cae el bolo. No tengo ganas de que se rían de mí ni me tomen por más loco de lo que ya creen que estoy.

La lista negra completa del lumpen ruidoso de mi zona sería demasiado larga de enunciar. Bastantes de los elementos plúmbeos

han sido temporales —hubo hasta un gaitero, aberración que sobrepasaba todo límite—, otros persisten en el presente, como el argentino, y algunos son de nuevo cuño. Entre los pertinaces de largo recorrido está un guineano de piel negrísima al que he visto envejecer —y él a mí—. Canta con una voz cascada al estilo Louis Armstrong con el inevitable apoyo musical grabado. Con los años ha perdido voz. Para intentar disimularlo pone cada vez el micrófono y la música a volumen más alto. Suele cantar a la puerta de bares en los que después le gusta entrar para que lo inviten a algo y en los que a cambio cuenta, como una especie de tío Tom sin cabaña, chistes racistas de negros. Hace poco me llegó un *whatsapp* de una conocida que reenviaba uno de Radio Nervión, emisora local, que decía que el cantante negro, conocido en la ciudad por hacer de Baltasar en la cabalgata de Reyes, había muerto. Era una noticia falsa. Parece ser que llamó él mismo a la radio para aclarar que seguía vivo. Extraño sentido del humor el basado en inventarse la muerte de alguien.

Uno de los nuevos es un sesentón que con el consabido acompañamiento canta, con mucho sentimiento y voz gangosa como de estar resfriado, un breve repertorio —pero lo repite completo hasta tres veces— de estomagantes y manidas canciones en euskera.

Aunque es de ataque breve, no resisto la tentación de incluir en esta antología de la desdicha acústica al gitano ciego por ser un personaje de Buñuel extraído de *Los olvidados* o de *Viridiana*. Tiene los ojos en blanco, la cara partida en diagonal por una cicatriz como de sablazo de húsar, aporrea con encono una guitarra a la que le faltan cuerdas y canta como un sordo poseído por la ferocidad. Además, muestra muy mala hostia, como es lógico dado su cuadro.

Y desde hace años, demasiados, ejerce su tormento itinerante por el barrio, salvo en invierno, la maldición de los Cárpatos, el desgalichado rumano —tiene la corpulencia de un jilguero—, de quien ya hice alguna referencia. El insoportable viejo es la encarnación de la miserabilidad, del feísmo y de la cutrez. Con su cara de tortuga y la boca desdentada, da vergüenza ajena cuando se pone un gorrito de plástico como el de Dumbo, salpicado con unas lucecitas intermitentes a juego con las que parpadean en el diabólico cacharro con la música grabada y al que lleva conectado el acordeón. En verano calza unas sandalias asquerosas, sin talones, como las de los iraníes que ahorcan desde grúas con ellas puestas y no se les caen, que dejan a la vista unos pies nauseabundos con

uñas de criatura de la isla del doctor Moreau. El volumen con el que perpetra unos cuantos temas espantosos consigue que los fragores del argentino, del negro y del patriota parezcan, por comparación, susurros. Esgrime también un micrófono, con el que anuncia su inminente y penosa actuación en el poco español que chapurrea y con el que después da las gracias al silencio y la indiferencia antes de pasar el gorro. Salvo excepciones, no monta parada en una esquina. Recorre las calles y se detiene ante las terrazas para atizar con tres horrores al acordeón en cada una. Suelen ser el pegajoso reguetón *Despacito, La lambada* y el himno del Athletic; las tres, y sus pocas variantes, de obsesiva penetración subliminal. Una temporada le dio por machacar con el tango *Adiós muchachos*, que todavía odio interpretado por cualquiera.

Mi calle la recorre al mediodía y por la noche, siempre a las horas que está prohibido tocar. Da tres funciones; desde mi casa se oyen todas, a volumen creciente según se acerca, y ejecuta la última en la terraza del bar de abajo. Durante esa gradual escalada también va subiendo mi cólera y me cuaja el odio por tan despreciable piojoso. He imaginado detalladamente más de una vez que le rompía el acordeón en la cabeza y lo mataba a palos, sin prisa y con saña meticulosa.

Una vez que yo estaba con gente, borracha como yo, en una terraza ante la que iba a tocar, me levanté y le di cinco euros para que se fuera sin hacerlo. Obedeció, sonrió con servilismo y hasta me dio las gracias, el pobre diablo. No me sentí muy orgulloso de mí mismo.

Me han contado que este ganapán es jornalero de una mafia rumana que controla a varios músicos de su categoría y a mendigas clásicas de puerta de iglesia. Que lo traen en coche quién sabe de dónde, lo sueltan aquí por la mañana y lo recogen por la noche. Después de las Navidades desaparece y vuelve al comienzo de cada primavera. Supongo que en invierno lo mandan a Transilvania para que hiberne colgado boca abajo de una viga.

Una tarde, fuera de sus costumbres y sus deshoras habituales, el rumano había hecho parada seguida en la esquina del argentino y tocaba todos sus grandes éxitos sin saltarse ninguno y repitiendo varios: era dantesco. Llegó el argentino y habló con él. El rumano protestó un poco. El argentino, aunque también muy delgado, es mucho más grande que la maldición de los Cárpatos. Le puso la mano sobre un hombro de una manera amenazadora que apoyó mi teoría de que trabajó de torturador para Videla. El rumano agachó

las orejas y se fue sin rechistar. El argentino ocupó su lugar indiscutible. Casi lo agradecí, aunque se avecinaban dos horas de despellejamiento lento al estilo del porteño en vez del desollado rápido del rumano.

Unos días después vi al argentino por la calle, sin guitarra. Llevaba cara de funeral, la mano derecha vendada y los dedos índice y corazón entablillados. Aunque estuvo varias semanas imposibilitado para tocar —qué bendición—, el rumano no volvió a ocupar su esquina y continuó con su rutina cotidiana de asolación de terrazas. Aun así, las reglas del juego y de la jerarquía entre menesterosos habían quedado claras.

Hoy ha vuelto el yonqui de los bolos. Le han cortado el pelo y la barba, lo han vestido con ropa limpia y está menos escuálido; sin embargo, la palidez cadavérica es la de siempre. Y el bolo que falla suena igual.

# XXX
# SOLEDAD

En línea recta horizontal con la ventana de mi cocina hay un mirador, uno de esos miradores acristalados de casa antigua que brindan un espacio acogedor y un poco independiente de la estancia con la que comunican. Durante años, ha habido en ese mirador los mismos elementos: una jaula con un pájaro, una silla de mimbre, una planta de interior, un termómetro de barra de mercurio en una pared y una pequeña cruz sin crucificado en la otra. Muchas mañanas, mientras esperaba a que el café terminara de gorgotear en la cafetera, coincidía con una anciana alta y encorvada, con cierto aire descangallado de ave zancuda, que salía al mirador para alimentar al pájaro, regar la planta y enderezar la cruz, que tenía la tendencia de torcerse hacia la derecha. Llevaba gafas y me pareció que veía mal de lejos. No reparaba en mi presencia mientras la observaba desde la ventana, creo que nunca me vio. Solo parecía tener interés ?o capacidad? en observar los elementos de su mirador y alguna rara vez la calle desde arriba. Permanecía poco tiempo allí, apenas los escasos minutos que tardaba en cumplir sus sencillas tareas y en ventilar un poco con las ventanas abiertas, que enseguida cerraba. Nunca se sentaba en la silla, aunque a veces mullía el cojín apoyado en el respaldo.

En esos años, solo en una ocasión vi a una persona distinta en el mirador: una mujer cincuentona que fumó un cigarrillo asomada a la calle y que quizá se parecía un poco a la anciana.

Ayer me di cuenta de que hacía bastantes días, incluso semanas, que no coincidía con la anciana, que no la veía realizar su rutina cotidiana de riego de planta, alimentación de pájaro y enderezamiento de cruz. Me fijé mejor. La jaula permanece, pero el pájaro ha desaparecido; la planta se ha muerto por falta de agua y la cruz está a punto de quedar en posición invertida, como de rito satánico. Lo único que supongo que todavía se mueve en el mirador es el mercurio del viejo termómetro.

Me gustaría que se retrasara lo inexorable: que la anciana volviera mañana con su silenciosa, melancólica y apacible presencia. Y también su pájaro, al que nunca oí cantar. Me gustaría

que regresara de la ausencia, en la que también tú permaneces, y que supiera, aunque siempre le fui invisible, que también a ella la echo de menos.

Bastantes veces, en los largos mediodías de blancos por el barrio, volvería a casa antes, sin necesidad de beber más, y evitaría así caer en una ebriedad mayor. Pero me resisto a hacerlo porque a esa hora todavía sin haber sucumbido a la inercia, hacia las tres y media o las cuatro de la tarde, se me cae la casa encima. Entrar en casa a la incipiente tarde y solo medio pedo me resulta desértico y triste. Algunas horas hieren más que otras —*Vulnerant omnes, ultima necat*—. A esta baja altura de mi vida la soledad me come más que nunca. El proceso de embriaguez la aminora o al menos la distrae; la borrachera densa la anestesia. Pero cuando los efectos estupefacientes del alcohol desaparecen, la soledad regresa con más intensidad, fortalecida por la resaca.

Mientras bebo en la calle a esas horas a las que me cuesta poner fin, también estoy casi siempre solo, sumido en un largo mutismo. Apenas hablo ya con los conocidos del barrio que frecuentan los mismos bares; salvo contadas excepciones, es gente que no me interesa. Prefiero estar solo que manteniendo insulsas conversaciones que me aburren. Por otra parte, creo que son conscientes de mi desdén y a su vez procuran evitarme. Además, se han hecho viejos. Lejos de suponer para mí un nexo por tener parecida edad, me aleja más. Me desagradan los viejos, incluido yo. Me deprime su decadencia y fealdad —lo que Borges llama *la humillación de la vejez*—. A algunos, ser viejos les ha cambiado también la voz. La de ellos es como la del que doblaba en español al gallo Claudio, y la de ellas, desagradable, de cascajo —me acuerdo de la diferencia con tu suntuosa voz, Bárbara—. Todos estos bares del Casco Viejo, nunca mejor dicho, están llenos de viejos que cada vez estamos más fondones, como si los años nos engordaran.

En tardes de tiempo frío y lluvioso —el que le gusta al yonqui de los bolos por las noches—, a la hora del té, solo se nos ve en la puerta de los bares, ateridos y fumando mientras bebemos, al puñado de borrachos solitarios y apacibles de estas calles; a los irreductibles. Por supuesto, nos conocemos y sabemos que cojeamos del mismo pie, pero tampoco hablamos entre nosotros más allá del saludo o de una frase sobre lugares comunes, aunque coincidamos en el mismo bar. Fingimos que nos basta el monólogo interior con el fondo de la copa de vino. Como yo, son también añosos, de aire mustio, tienen las manos tan gélidas como el resto y se resisten a ir

a casa.

# XXXI
# NEGRA

En el escaso cuarto de hora que llevo leyendo el periódico en una terraza de la Plaza Unamuno, ya van tres negros que han pasado por mi mesa a ofrecerme su quincalla. Cuando me da el pedo simpático les compro algo —tengo en casa calcetines para varias vidas— o les doy una moneda. Tras ofrecer con desganada rutina su invendible mercadería —tiene que ser muy duro que te digan *no* cientos de veces al cabo del día—, practican cada vez más una mendicidad apenas encubierta. Pero hoy es aún pronto para ponerme caritativo; he salido hace poco y solo voy por el segundo blanco.

El negocio de la miseria con estos pobres desgraciados tiene una base muy mezquina: les hacen comprar previamente las fruslerías que luego intentan vender a expensas de su escaso saber y entender, sin un mínimo reparto de zonas por la ciudad. Apenas venden y lo poco que consiguen colocar suele ser con rebajas tras regateos. He visto a cretinos ufanarse ante otros cretinos como ellos del bajo precio que han conseguido con quien apenas habla español, se esfuerza por decir algo en euskera para caer bien a gente de esa laya y se conforma al final con cualquier cifra que le den. En el barrio hay decenas de negros senegaleses dedicados a ese simulacro de comercio, tanto hombres como mujeres, de variadas edades sin llegar a la ancianidad; los pocos que llegan a viejos en Senegal no son capaces de embarcarse en las precarias pateras.

Desde hace un par de meses hago una excepción y doy algo más de dinero que un par de monedas cuando me la encuentro, o más bien ella me encuentra a mí, a una chica senegalesa que me simpatiza por su actitud cariñosa sin caer en la pesadez. Tendrá unos treinta años, es muy guapa, posee una seductora sonrisa y se le adivina un buen cuerpo a pesar de los holgados y pudibundos ropajes que viste. Lleva siempre un pañuelo en la cabeza o un remedo de turbante que hacen más patentes sus correctas facciones; como la mayoría de ellos, será musulmana. Me da miedo que la cacen para la prostitución las mafias que los explotan. Sé que con lo que le doy no la salvo de ningún peligro, pero es algo. Me dijo

que tiene dos niños; no entendí si están en Senegal o aquí con ella. Le doy diez o veinte euros —en una ocasión, cincuenta; cuánta generosidad por mi parte— cuando me aborda. No me pide nada y espera mi iniciativa. Se muestra muy agradecida porque la ventaja de su belleza no le sirve para vender gran cosa tampoco a ella. Le digo siempre que no tiene importancia mi pequeña ayuda —quien da lo hace para sentirse bien consigo mismo, igual que quien otorga un perdón—. Pero la chica insiste en su agradecimiento y en decir que para ella es mucho. La última vez me pareció que se insinuaba, que me sugería con sus prolongadas caricias en el brazo y un cálido beso húmedo en la mejilla que no tendría inconveniente en ser agradecida conmigo de un modo muy personal. Me avergoncé por permitirme la debilidad de tener una duda sobre si tomarlo en cuenta y, caso de ser en serio, tal vez aceptarlo. Después, en casa, pensé que muy bien podía equivocarme y su énfasis de agradecimiento ser pura inocencia; estos senegaleses son muy inocentes —al menos en comparación con la taimada mala fe española—. Lo más probable es que vea en mí una figura parecida a la de un padre. Pero aun así no pude evitar imaginarla desnuda en mi cama, solo con el multicolor pañuelo en la cabeza, con la voluptuosa carne oscura sobre la sábana cerúlea, boca arriba con las piernas muy separadas, con el negro pubis ensortijado y sin una mínima depilación que se prolongaba alrededor de la vagina abierta y destacaba su receptiva rojez y el abultado clítoris: me masturbé con ganas. Mientras lo hacía, Bárbara, te cruzaste tú en mis recuerdos de imaginarios eróticos: la imagen virtual de tu desnudez en la playa —en la realidad no me fue posible verte desnuda—, solo cubierta por la pamela blanca y esta vez sin más pajeros que yo a tu alrededor. El orgasmo fue potente y la eyaculación copiosa en comparación con la liviandad de los habituales a esta edad de mierda.

Esa noche, ya lo sabes, volví a tener la pesadilla del fantasma que se abalanza sobre mí. Hacía tiempo que no me asaltaba. Lo consideré un castigo del inconsciente por mi infamia mental hacia la guapa negra: haber tenido la tentación de convertir a esa mujer, sometida por la menesterosidad, en mi puta particular como sustituta de la desaparecida Amaia.

# XXXII
# ALDABA

Me despierta el ruido de la aldaba. Suena con una intensidad formidable en la quietud de la noche. ¿Quién cojones la toca? No sé qué hora es, pero muy tarde. Me levanto de la cama con la cabeza volada; no sé si estoy todavía borracho o ya es la resaca. El malnacido que sea no para de darle con ganas al puño de hierro. Abro el balcón y miro al portal: no hay nadie. Tampoco en la parte de calle que puedo ver. Silencio absoluto. Quien fuera el cabrón se ha ido como si se hubiese esfumado. Vuelvo a la cama. Antes de que pase, tengo la certeza de que va a suceder otra vez: de nuevo la aldaba, aún más fuerte. Ahora comprendo. Ya no me levanto, sería en vano. No suena en el portal ni en ninguna otra parte, solo en mi cabeza. Cuento las veces, los golpes acusadores y precisos; aunque no me haría falta hacerlo porque sé que son diecinueve. Pienso en *El corazón delator*, el cuento de Poe del enajenado que oye el corazón del viejo que acaba de asfixiar poniéndole un colchón encima.

# XXXIII
# INUNDACIÓN

*They are not long, the days of wine and roses*, declama Lee Remick en pleno esplendor de su rubia belleza, y abstemia hasta esa noche, a un ebrio Jack Lemmon que la ha iniciado unas horas antes en la bebida y en ese momento se enamora de ella —el poema es del decadentista inglés Ernest Dowson, que murió aniquilado por el alcohol a los treinta y tres años.

Por fin he visto *Días de vino y rosas* por tercera y última vez, tantas como tú, cariño, y me ha perturbado aún más que la primera, como es lógico en el presente. Perduraba en mi recuerdo, además del *delirium tremens*, la búsqueda desesperada de la botella de whisky que Jack Lemmon ha escondido en el invernadero de su suegro y por estar muy borracho no recuerda en qué tiesto. Es desasosegante la progresiva rotura de plantas y la histeria que llega al paroxismo por la obsesión de beber más hasta que por fin ve la oscura botella. Y aún peor cuando, tumbado en el suelo boca arriba, la aferra con las dos manos como un niño hambriento el biberón y llora y bebe con ansia hasta vaciarla sin compartirla con Lee Remick.

Pero sobre todo me impacta el final, en que él se ha salvado del abismo pero aparece a su lado, en el cristal de la ventana, el reflejo intermitente del letrero luminoso del bar cercano: la amenaza constante que lo acechará mientras viva. Por esa ventana mira cómo su mujer se interna en la noche y se aleja para siempre de él, camino de la destrucción. Ve que ella pasa al lado del bar sin entrar, pero sabe que lo hará en el siguiente.

—Voy a cerrar ya —nos dijo el camarero cuando entramos al bar sin nombre, pero acto seguido me reconoció y habló a gritos, como tenía por mala costumbre—. ¡Hombre, si no te había conocido! ¡El del chorrito de MG! ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Qué es de tu vida, *abobao*?

Accedió a ponernos dos gin-tonics para tomarlos rápido mientras recogía. Bilbao es un tupido pañuelo. Era Patachula, que había sido camarero en una tasca que estaba cerca de la Universidad de Deusto, en la calle Ramón y Cajal, a la que íbamos a tomar cervezas

y fumar canutos —Patachula practicaba la vista gorda— cuando hacíamos pira de clase, es decir, muy a menudo. El apodo se debía a que era tan cojo como Walter Brennan en *Río Bravo*. En Ramón y Cajal bebíamos quintos de cerveza San Miguel a morro y se acordaba de que yo tomaba un sorbo inicial para dejar espacio y le pedía que me lo rellenara con un chorro de ginebra MG. Y lo de *abobao* era por un chistecito suyo a cuenta de abogado. Cuando entrábamos a la taberna solía decir: «Ya están aquí los *abobaos*». Lo que Patachula no sabía, porque nunca se lo dije, es que lo recordaba de cuando muy joven —tendría unos diez años más que yo— trabajaba de camarero en el Támesis, donde los gin-tonics iniciáticos con mi primo Roberto en 1972, y que él me había servido más de uno. Era un tipo simpático, pero seguía siendo un tonto inoportuno y un pesado metepatas.

—¡Qué bien te cuidas, cacho cabrón! —me dijo mientras te miraba con codicia de arriba abajo—. Un honor que esté usted en mi bar, señora.

No te hizo ninguna gracia ni la manera de mirarte ni el tratamiento de usted ni que te llamara *señora*. De que diera por supuesto que tenías conmigo algo más que palabras no comentaste nada y lo interpreté como un detalle favorable.

El bar sin nombre era pequeño y austero, casi pobre: estaba montado con los elementos indispensables y carecía prácticamente de decoración. Patachula, que no dejó de interrumpir nuestro diálogo, nos informó con orgullo de que era el dueño y que lo había abierto hacía muy poco y tras mucho esfuerzo de ahorro y sacrificios.

—Ya sé que no es gran cosa —por la cara que le pusiste seguro que pensaste «a juego contigo»—, pero es mío.

—Qué va. Está muy bien —mentí—. ¿Escogiste tú la puerta de la calle?

—Ya sé por dónde vas, cabrón —la segunda vez que me llamaba *cabrón*—. Ya estaba. A mí tampoco me gusta.

El resto de la muy escasa parroquia lo componía otra pareja que era como salida de *El Víbora*, revista de cómics que me entusiasmaba por aquella época; ella dibujada por Max y él por Ceesepe. Los observamos sin disimulo porque estaban muy colocados y absortos en unos morreos de una duración como de concurso de resistencia. No tendrían más de veinte años. Ella era una gordita chaparra que iba de punki, con la cabeza rapada al cero menos un alto y rígido penacho de iroqués de varios colores; el

erizado penacho establecía un agudo contraste con su cuerpo redondo. Vestía una chupa de cuero llena de tachuelas y cadenas con candados, sucinta minifalda de licra, medias de rejilla con rotos y botas de soldado como las mías de la mili. Apreciaste que el elaborado penacho se notaba que era de peluquería y todo en ella un disfraz de niña bien que jugaba al *underground*. Él era su contrapunto, alto y muy delgado —juntos parecían el número diez —; un nostálgico del rockabilly con un prolongado tupé triangular casi horizontal, también de ardua arquitectura, camisa negra de cuello grande remangada hasta los bíceps, *jeans* muy ajustados con dobladillo hacia fuera y zapatos combinados en blanco y negro con puntera a juego con el tupé. Al besarse, el tupé y el penacho chocaban sin deterioro mutuo.

Patachula interrumpió las efusiones de la arquetípica pareja.

—¡Coleguita, suelta un poco a la chiquilla, que la vas a ahogar con tanta lengua y tanta baba! Anda, ayúdame a subir cosas al altillo, haz el favor. No vaya a ser verdad que al final hay riada, entra el agua y me busca una ruina. Que bastantes calamidades tengo ya. —Esto último lo dijo mirándote a ti, no sé si para darte lástima, la única emoción que podía producirte semejante pelagatos —. Y luego nos vamos de aquí pero cagando hostias. —Que era lo que debíamos haber hecho al instante.

A lo que llamaba altillo era el exiguo espacio, un corto pasillo con el servicio al fondo, al final de una estrecha escalera desnuda, sin barandilla, situada al otro extremo de la entrada, junto a la que estábamos tú y yo. En el bar sin nombre todo era a escala reducida o como de juguete.

El rockabilly cesó de mala gana el abrazo a la punki y ayudó en silencio —más que de pocas palabras, era de ninguna— a subir la caja registradora, el teléfono, varios cartones de Winston de contrabando y las botellas de licor de marcas algo caras, que no eran muchas. No había equipo de música; eso era todo lo valioso.

Ver al pobre Patachula en acción fuera de la barra te resultó de una comicidad triste. La altísima suela del zapato ortopédico para compensar la rotunda cojera de poliomielítico hacía más patente lo enclenque que era en conjunto. Dijiste que su cara te recordaba a la del Pájaro Loco; nos reímos de tu ocurrencia. Tan cojo y cargado, le costó subir las escaleras; se bamboleaba como un muñeco tentetieso.

Mientras se desarrollaba la operación de salvamento de los pocos enseres, para la que no ofrecí mi ayuda, la gordita vino con andares

de robot hasta nuestra esquina para ofrecernos el grueso canuto de hachís que fumaba —tenía cara de estar cieguísima—. No lo rechazamos.

Lo único memorable de aquel rato fue que, tras algo que dije que te hizo gracia, me atreví a darte un beso en los labios que aceptaste sin rechazo pero no me atreví a repetir después.

Al cabo de pocos minutos más, se oyeron gritos que provenían de la calle seguidos de un fragor poderoso y comenzó a entrar agua por debajo de la puerta del armario.

# XXXIV
# ALMOHADA

Una noche, hacia las doce, me llamaron de la residencia donde permanecía internado mi padre. Le había dado algún tipo de síncope que parecía muy grave. Estaban a la espera de que acudiera un médico de guardia. A mí aún me duraba el malestar de la resaca de ese día y ya estaba en la cama, pero tenía que ir, qué remedio.

Cuando llegué, la médica, una chica joven y supuse que novata, acababa de reconocer a mi padre, que estaba inconsciente en su habitación. Me dijo que le parecía innecesario trasladarlo al hospital porque no había nada que hacer. El diagnóstico era un evidente fallo generalizado del organismo, que suele darse en casos de alzhéimer con la enfermedad avanzada, y que moriría esa misma noche. Allí estaba tranquilo, lo más probable era que ya no despertara, y tampoco precisaba ningún cuidado especial. Lo acepté y me dejaron solo con él para que lo acompañara en su agonía. Antes de retirarse, la celadora, que no sé qué pintaba en la habitación, me dijo:

—El capellán de la residencia vendrá por la mañana. Pero si quiere que le den la extremaunción esta noche, aunque ya es tarde, puedo probar a llamarle.

No sé por qué, quizá por lo rimbombante y cursi que me sonó lo de *capellán*, fui borde de un modo irritante, afectado y fuera de lugar.

—Tiene razón, ya es tarde para todo. No se preocupe, mi padre era poco religioso. —Me di cuenta de que lo dije en pasado—. Y al igual que me pasa a mí, no soporta a los curas. Así que no perturbemos el sueño de los justos del señor capellán castrense. —Ofendida por el ridiculizado desprecio, arrugó su feo morro y se fue.

Me senté en una butaquita y observé el rostro de mi padre. Aunque tenía la boca entreabierta y respiraba con un arrítmico estertor, parecía relajado en su etapa final del viaje a la muerte. Me vi en él en un impreciso pero no por ello menos inexorable futuro.

A los pocos minutos bajé a la entrada y le dije a aquella única celadora de noche que salía un momento a fumar. Me puso mala

cara. Los coletazos de la resaca se me habían reducido por la grave situación y necesitaba fumar; menos mal que había tenido la precaución de coger el tabaco antes de salir de casa. El cigarrillo me sentó peor de lo que esperaba: me mareó y me espesó la cabeza.

Volví donde mi padre. Empezó a rechinar los dientes en periodos de varios minutos y con breves lapsos de quietud, lo que se llama bruxismo; era insoportable. Deseé que muriera cuanto antes: ya. Bajé a fumar cada veinte minutos o menos, otras tres veces. La devota celadora estaba de mí hasta los ovarios.

El bruxismo cesó, pero el sonido subsiguiente fue todavía peor: un débil silbido con la respiración que era la quintaesencia de lo lúgubre, y angustioso en extremo.

A diferencia de otras de la residencia, la habitación de mi padre no era compartida. Sin pagar más, había conseguido que fuera así. Estábamos solos; nadie iba a venir y no se oía nada. A los viejos los dopaban aún más por la noche para que no dieran guerra. La celadora dormitaba en su sitio junto a la entrada. Había terminado por darme una llave para que no la molestara cada vez que salía a echar humo. Consideré, asustándome a mí mismo por pensarlo en serio, ponerle a mi padre la almohada en la cara y terminar con aquello. No se notaría que lo había ahogado y, si se notaba, estaba seguro de que no iban a pedirme cuentas. Lamenté no haber cogido la petaca para llenarla de whisky en un bar. Sin un trago largo me iba a costar bastante más ser capaz. Sentí un vacío en el estómago que podía ser miedo. Se me secó la boca. La pequeña habitación no tenía baño y salí a beber agua en el del pasillo. Cuando volví, mi padre estaba con los ojos abiertos y me miró entrar con cara de extrañeza; supuse que no por mi presencia, que desde hacía tiempo era para él indiferente, como cualquier otra, sino por haber regresado de una sima profunda.

Cogí su mano helada y le pregunté si estaba bien. Me respondió algo ininteligible —ya solo era capaz de pronunciar unas pocas palabras sueltas— e hizo gesto con la boca de tener sed.

Me quedé con él una hora más. Estuvo tranquilo y despierto. Después se durmió y respiraba con normalidad. Me fui tras darle un beso en la frente.

Le dije a la querida celadora que mi padre se había despertado, que parecía haber salido de la crisis y que era evidente que la matasanos que lo había sentenciado esa noche no tenía ni puta idea.

—Ahora duerme. Me voy a casa. Volveré a primera hora. Me

llaman por favor si sucede algo o lo llevan al hospital. Tenga la llave.

—Como usted prefiera —me dijo la celadora con un intento de mayor antipatía y desprecio; además de poco agraciada, era inexpresiva como un pez.

Pedí un taxi con el móvil y le indiqué que me llevara al casino, cuyo bar permanece abierto hasta la tardía hora de cierre.

Mi padre duró una semana más. Murió en el hospital. Un médico comprensivo y con las ideas claras hizo que la agonía fuese breve. Estuve presente cuando expiró.

Nunca sabré si aquella noche de resaca, egoísmo pueril y agobiada impaciencia habría sido capaz de ponerle la almohada en la cara si no se hubiera despertado. O si, como en otros sucesos y decisiones de mi vida, la cobardía me habría paralizado.

# XXXV
# VOLUMEN

En su autobiografía, la alcohólica tejana Mary Karr dice que solo si está borracha se amortigua el volumen. Me identifico con esa frase, escrita por alguien tan inadaptado y en pugna con su propio carácter como yo. El ruido interior, la voz acelerada de mi cabeza, que no cesa, me resulta aún peor que el fragor que me ataca y aturde desde fuera. Mi palabra interior —por lo menos solo oigo una, que parece ser mía— es precisa pero ininterrumpida, de una intolerable lucidez y no me concede ni el respiro de los puntos y aparte; es un rabioso crepitar de la mente. Antes no era así, o por lo menos no lo percibía con un ritmo tan intenso. Supone la incesante sucesión de obsesiones, amarguras, temores, insanias tortuosas y pensamientos atroces —el cine y la literatura que consumo establecen un cierto paréntesis y los distrae, aunque solo en parte y no más de dos horas— cuya insoportable velocidad únicamente la embriaguez ralentiza, y llegar *más allá* enfanga hasta el emborronado y ahoga de momento, como sucede con mi soledad y le sucedía al gaditano que anestesiaba su inteligencia y el dolor enquistado con la rapidez de efecto del coñac con la Coca-Cola tibia.

Pero el alcohol terapéutico que reduce mi ansiedad mental despierta otro infierno caótico, que en realidad es el mismo, con la única diferencia que el que irrumpe tras el punto álgido de la borrachera compulsiva incrementa su monstruosidad por desquiciada metamorfosis.

El miedo que padezco con mis alucinaciones etílicas debería bastar para que dejara de beber y así cesaran. Solo podría ser de manera radical, ya que cada vez soy menos capaz de parar antes de ir *más allá*.

Beber es la posesión del diablo. Como al vampiro, le das permiso para que entre en tu casa y dentro de ti. Después, ya no necesita llamar de nuevo a la puerta para aposentarse y pudrirte el alma. El diablo sabe de la eficacia de su tentación en el oído adecuado porque beber es fácil, confortable, nunca aburre y favorece la pereza y una indolencia alienante. No cambiaría por nada ese determinado gin-tonic o whisky número equis cuando el deseo de beber otra copa se

impone sobre todas las cosas, aunque sepa que con esa dosis se abre el pasadizo al dédalo con trampas ocultas y cada vez menos salidas en el que me interno. El laberinto que, como me dijiste tú, Bárbara, que escribió Borges, está pensado y construido para perdernos en él y que sea muy difícil encontrar la salida.

Consideraba Oscar Wilde que estaba más preparado para la abstinencia que para la mesura. Me pasa lo mismo: me resulta menos difícil no beber ni una gota que hacerlo con moderación. Pero solo consigo estar sin beber de modo voluntario un puñado de arrugados días envueltos en desorientación; por ejemplo, para disimular antes de un análisis de sangre o cuando estoy enfermo y me encuentro tan mal que no puedo salir. El problema de base es que no soy capaz de asumir la abstinencia definitiva y el enfrentamiento con el mundo —que detesto cada vez más de un modo patológico— desde la sobriedad, sin apoyarme en el espinoso báculo del alcohol. El actor Philip Seymour Hoffman, que murió de una sobredosis antes de cumplir los cincuenta, dijo que se pasó veinticinco años sin volver a beber ni chutarse heroína y que no hubo un solo día en ese cuarto de siglo en que no lo echara de menos. No quiero afrontar lo mismo.

La conclusión de que no puedo dejar de beber sería simplista, y la de que no quiero hacerlo, parcial. Quizá con una motivación de peso sería distinto. Mary Karr cuenta que tuvo fuerzas para estar sobria durante los nueve meses de su embarazo. Pudo más la responsabilidad de futura madre que su dipsomanía, y eso que le daba a la botella con denuedo. Pero yo carezco de una motivación suficiente; de hecho, no tengo ninguna más allá de querer con la boca pequeña que el terror desaparezca. Lo único que he conseguido al respecto es armar contra mis desbarres de miedo un rebuscado argumento de frágil sustento. Intento creer que los pasajes de pánico que padezco en puridad no me dan tanto pavor ni son tan involuntarios. Que en el fondo me hacen sentir vivo porque me sucede algo intenso, extremo, que altera la trivialidad de mi existencia. Que podría terminar con la mayoría de esos delirios terroríficos simplemente evitando las salidas nocturnas del *más allá*, pero que no lo hago porque me puede una extraña y enfermiza curiosidad por saber qué nuevas torturas es capaz de idear mi mente —lo cual significaría que soy un peculiar masoquista de una especialidad distinta a la barcelonesa de las agujas—. O, en una evaluación distinta o más bien complementaria, que mis terrores son también un fraude, otra mediocridad. Que solo se trata de un

juego macabro, una especie de ruleta rusa mental amañada. Jugar a que te posea el diablo del terror pero sin soltar el cabo, la cuerda atada a la cintura para que sea posible el regreso. Ojalá esos efugios fueran verdad o me los creyera sin darme cuenta de mis falsas componendas.

Decía mi madre, y tantos otros lo han escrito, que la inteligencia se paga con infelicidad. Es cierto. Ser consciente de la abrumadora horribilidad del mundo y, sobre todo, conocerte a ti mismo y no engañarte sobre cómo eres de verdad y lo poco que vales y te gustas, causa dolor. Asumir la imagen real que te devuelve el espejo puede ser inaguantable, pero eso es lo que hay. Mi madre decía que es mejor ser tonto, solo en la cantidad necesaria para ser algo feliz —*que sea feliz a veces*—. No estoy de acuerdo con mi madre; el gaditano es probable que sí. Con quien sintonizo es con William Faulkner cuando escribe en *Las palmeras salvajes* que entre la pena y la nada, elige la pena.

# XXXVI
# RUMANO

No era tarde, poco más de las once de la noche, pero a efectos de ausencia de gente por la calle parecían las cinco de la madrugada. Atravesaba los desiertos cantones, las estrechas callejas que cruzan en perpendicular las siete calles primigenias del Casco Viejo que dan a la ría. Iba hacia Ronda, la última, a un austero tugurio cuyo atractivo reside en que la dueña es de una vulgaridad lujuriosa y que no cierra tan pronto en día de labor, como hace la deprimente mayoría. Llevaba ya un buen pedo, pero estaba cansado de tanto vino y quería tomar allí un gin-tonic.

Cuando me disponía a enfilar el cantón entre Tendería y Artecalle, vi que a mitad de la travesía había un hombre caído en el suelo. Aceleré el paso lo que fui capaz a tenor de mi estado. Me llevé una sorpresa: era el viejo rumano. Estaba bocarriba; no había perdido el sentido o acababa de recuperarlo. Me puse de rodillas a su lado, ya que si hubiera intentado agacharme habría terminado yo también en el suelo. El rumano quiso levantarse, pero se lo impedí con suavidad e intenté tranquilizarlo porque estaba alterado, con el susto todavía encima. Era evidente que lo habían golpeado. Tenía los labios rotos, un ojo cerrado y como una castaña, los pómulos tumefactos y un corte horizontal en la frente que sangraba; lo habían sacudido a conciencia. Saqué un pañuelo de papel del bolsillo, se lo puse en la herida y le cogí una mano para posarla sobre el improvisado apósito y que lo sostuviera —qué sucias llevaba las uñas—. Obedeció con docilidad. Seguramente le habían pegado hacía nada. La paliza que tantas veces imaginé darle se la había propinado otro. La dura realidad no es como las ensoñaciones: me dio lástima.

El infeliz no tenía sus aparatos de tormento: el acordeón y el carrito con el amplificador; quizá se los habían robado. Le pregunté qué le había sucedido. Chapurreó que nada, que se había caído y que estaba bien. Insistió en ponerse de pie y le ayudé a hacerlo. Al erguirse, se llevó la mano libre a las costillas con gesto de dolor. Lo apoyé en la pared para llamar con el móvil —esa noche no lo había dejado en casa porque llevaba en la calle desde el mediodía— al 112

y pedir una ambulancia. Se dio cuenta de lo que hacía, negó con la cabeza y dijo que se quería ir. Lo conminé a que esperara porque podía tener una lesión grave y al menos tenían que curarle la herida de la frente. El pañuelo estaba ya empapado de sangre y le di otro para que lo sustituyera. El papel ensangrentado quedó en el pavimento como el vestigio de un miserable acto de violencia hacia un ser indefenso.

En ese momento pasaron por el cantón una pareja de jóvenes gais parlanchines y con mucha pluma. Preguntaron si necesitábamos ayuda y les dije que no, que ya había llamado a una ambulancia. El rumano aprovechó la distracción y se escabulló como un conejo. No hizo caso a mis voces y, con sorprendente paso rápido, se largó por Artecalle en dirección a la ría. Me abstuve de perseguirlo.

Al minuto —debía de estar muy cerca— y sin darme tiempo a que me fuera yo, apareció la ambulancia, que se paró en Tendería. Los gais también se dieron el piro. Expliqué a los dos sanitarios lo que había sucedido. Al contarlo, señalé el pañuelo con sangre como prueba de la veracidad del relato, pero me dio la impresión de que no me creían. Se percataron de mi alumbramiento etílico y me invitaron a que subiera a la ambulancia para tomarme la tensión. Me llamaron *caballero*, esa muletilla de moda para dirigirse a alguien con años por parte de cualquiera que te presta un servicio, te llama la atención o te pide algo. Uno de ellos me enfocó una linternita a la pupila que me deslumbró y me dejó acto seguido viendo una danza de puntos negros. Tal vez lo siguiente iba a ser mirarme la dentadura. Les dije con hosquedad que hicieran el favor de dejarme en paz. Les di la espalda, encendí un cigarrillo y continué ruta hacia Ronda y mi cada vez más anhelado gin-tonic. Al cruzar Artecalle para tomar el siguiente cantón, vi en el suelo el segundo pañuelo ensangrentado como único rastro del rumano.

El gin-tonic en Ronda no fue el único. En el último bar abierto al otro lado de la ría me quedé adormilado en un taburete junto a una mesa alta. Tuve una inquietante ensoñación con breves imágenes fugaces. Era yo quien golpeaba al rumano en el cantón desierto. Le aferraba con una mano el cuello, lo mantenía contra la pared en la que lo apoyé para llamar a la ambulancia y con la otra le asestaba varios puñetazos seguidos en la cara; unos golpes lentos, pesados y demoledores. Después lo soltaba y le daba un fuerte empujón que lo tiraba al suelo, donde le pateaba las costillas un par de veces mientras gimoteaba y me pedía clemencia. El dolor de una

quemadura me espabiló y me retornó a la vigilia emborrachada: la brasa del cigarrillo había llegado a mis dedos.

Después de esa noche, la maldición de los Cárpatos desapareció. No volví a soportarlo ni en mi calle ni en ninguna otra del barrio. Quizá lo cambiaron de ciudad o cayó en desgracia o intentó desertar de la esclavitud callejera y la paliza se la metió su mafiosa patronal —recordé los dedos entablillados del argentino, pero también los míos con las ampollas de la quemadura del cigarrillo que me sacó de la turbadora ensoñación—. Desde luego, no puedo decir que lo haya echado de menos.

A la que sí me he encontrado, tras un tiempo sin verla, es a la guapa negra. Había dejado sus informes ropajes y la carga de abalorios para vender. Iba vestida con unos vaqueros y una camisa blanca entallada que la favorecían y revelaban que está aún mejor de lo que suponía. También había prescindido del pañuelo en la cabeza y mostraba un hermoso pelo negro corto y alisado, brillante como el plumaje de un cuervo. Estaba guapísima con unos pendientes largos y dorados que resaltaban sobre su atractiva piel. Paseaba del brazo de un hombre quizá incluso algo mayor que yo al que se le notaba que estaba encantado y con la vanidad que le restase colmada por su bella compañía. Ella me saludó sin pararse y con brevedad, pero sin hurtarme su cálida sonrisa. El viejo, que era pequeño, malcarado y más feo que un gargajo, me miró con hostilidad de no se te ocurra acercarte y acotación de propiedad privada.

# XXXVII
# ENCORVADA

Esta pasada noche me fui a la cama sin ebriedad ni resaca y me costó dormirme aunque tomé una pastilla. Tuve un sueño extraño que he recordado con nítida precisión al despertarme. No ha sido una pesadilla, era un sueño breve y tranquilo, pero triste, si es que se percibe la tristeza en la dimensión onírica. Soñé contigo, Bárbara, aunque sería más exacto decir que soñé con una imposibilidad de ti. Te encontraba por una calle soleada y sin gente —un recurso manido en la plasmación cinematográfica de los sueños; el cine ocupa también mi inconsciente—. Vestías como la noche de las inundaciones, llevabas el mismo peinado, igual cantidad de rímel y el broche con el XIX de oro en la solapa. La diferencia, la terrible y radical diferencia, era que se trataba de ti en el presente. Te habías convertido en una anciana encorvada de ochenta y cuatro años con la cara llena de arrugas —tu erótica cicatriz junto a la boca ya no se distinguía entre el piélago de estrías—, tus hermosos ojos color azul grisáceo estaban empañados por las cataratas del tiempo, el pelo totalmente blanco, los pechos derrumbados y el escote con una siembra de profundos surcos. Era una cruel caricatura tuya dibujada por la extrema vejez. Te acercabas por la acera de esa calle sin sombras de luminosidad despiadada y tardabas en llegar a mi posición, donde yo aguardaba quieto, como si avanzaras al ralentí. Al final te cruzabas conmigo y antes de hacerlo me mirabas con detenimiento, pero no me reconocías, pasabas de largo con indiferencia y te veía alejarte con el laberinto de cabello blanco sobre la nuca y tus lentos y titubeantes pasos de vieja con zapatos de tacón demasiado alto.

# XXXVIII
# NAVAJA

Me resultó una curiosa casualidad —o una especie de prólogo— que aquella mañana de domingo que don Ernesto me habló en la calle, se dio a conocer y me hizo entrega de la peligrosa navaja, yo había estado observando poco antes a tres ancianos de su misma residencia.

En La Ribera, enfrente de la trasera del teatro Arriaga, hay una residencia de ancianos bastante grande y dicen que lujosa. Durante los fines de semana, sobre todo los domingos por la mañana, es frecuente ver ancianos residentes a los que sus familiares sacan de paseo por el barrio. Se ve en ellos el panorama habitual de los moradores de esos morideros —que conocí de primera mano por el de mi padre—: la mayoría de viejísimos va en silla de ruedas y muchos tienen la cabeza perdida o permanecen aislados en un estado de ensimismamiento.

Me había llamado la atención una anciana, también en silla de ruedas, a la que acompañaban dos mujeres sexagenarias parecidas entre sí, seguramente sus hijas —cuando digo de alguien que es sexagenario o sesentón, que suena a darse golpes en la cabeza con tres peldaños de una escalera, me cuesta asimilar que yo también lo soy—. Estaban en la misma terraza de bar que yo y pude observarlas. La anciana sostenía sobre su regazo un perrito blanco al que acariciaba la cabeza todo el tiempo con un movimiento de mano como de mecanismo de autómata. Las hijas comían pinchos y hablaban entre ellas; la madre estaba recluida en una ergástula remota y su único contacto con la realidad parecía ser el que le proporcionaba acariciar a su dócil perrito —las veía a cierta distancia—. Cuando las hijas se levantaron de la mesa y una de ellas empujó la silla, pasaron por delante de mí. El perrito era de peluche, un muñeco. Entre otras cosas, pensé que quizá ya era hora de que aumentase la graduación de las gafas.

Casi seguido contemplé otra estampa triste de parecido carácter, pero dentro de la desolación de lo crepuscular aportaba un atisbo de último amor; aunque también pudo ser solo fruto de mi tendencia a imaginar historias. Era una imagen con simetría. Un hombre

empujaba la silla de ruedas de su decrépito padre y, al lado y a la misma altura, una mujer empujaba la de su decrépita madre. Los respectivos hijos, ambos cincuentones de físico aún atractivo, hablaban de manera animada; los dos ancianos mostraban una ausencia impasible y miraban al vacío, a un lienzo en blanco que parecía estar detrás de sus ojos. El hombre se paró para ofrecer un cigarrillo a la mujer y coger otro él. El rodar de las sillas de los ancianos también se detuvo, claro. En la actitud de la pareja joven —por contraste— me pareció que había un cierto juego de seducción: la forma de posar ella la mano sobre la de él mientras le daba fuego o el modo de sonreírse el uno al otro. Además, aventuré que iba a ser para ambos una canita al aire extraconyugal, pero quién sabe. Permanecieron allí quietos un momento, mientras fumaban y charlaban sin mirar a sus padres. Entonces, el anciano, sin alterar la vista al frente, atravesó el eje de simetría y posó su mano izquierda sobre la derecha de la anciana, que aceptó el contacto o no lo sintió. Cuando los fumadores volvieron a empujar las sillas, el anciano retiró la mano y recompuso la simetría —pensé en lo que dijiste de la simetría de las dos incógnitas, las dos equis enfrentadas del XIX romano—. Mientras los cuatro se alejaban de mi punto de vista, pensé que aquella simetría no era por tanto solo visual, sino que la posible relación sentimental entre los jóvenes quizá también se daba entre los viejos. Imaginé que tal vez aquellos dos ancianos vivían en la residencia, de un modo callado y quieto, una postrera historia de amor que solo se exteriorizaba en el ocasional contacto de sus manos. O puede que en muchos más detalles de ternura, nimios solo en apariencia. Como en la posibilidad de relación entre sus hijos, de nuevo quién sabe. En todo caso, preferí elucubrar con esa esperanzada hipótesis romántica a la de que el anciano le hubiera cogido la mano a la anciana en un movimiento carente de voluntad o a que creyera que esa mano era la del fantasma de su mujer.

Cuando todavía pensaba en aquellos ancianos, un hombre muy mayor, vestido con traje y corbata, se me acercó y me habló. Tenía una cara muy triste, con ojos de carnero degollado, y movía la cabeza en un breve gesto de afirmación que repetía sin cesar como si estuviera sobre una superficie que vibra. Supuse que era el efecto de un mal de Parkinson avanzado. Noté que también le afectaba a la dicción cuando me preguntó si yo era el hijo de Braulio Ejido —menos mal que mi padre no escogió su nombre para mí.

Don Ernesto, así se llamaba el atildado anciano, me explicó que

había sido amigo de mi padre, del grupo que se juntaba en la cafetería Taloaska de Deusto. Sabía que mi padre había muerto hacía unos años; lo visitó varias veces cuando ya estaba internado en la residencia. Me contó que él también vivía ahora en una residencia, la de La Ribera, desde que se había quedado viudo. Pero me había abordado por un motivo muy concreto.

—Me enteré de que vives en el Casco Viejo, y te conozco porque tu padre nos presentó una vez que fuiste con él al Taloaska. —No lo recordaba en absoluto—. Por fin te encuentro. Te he buscado por aquí durante bastantes días porque quería darte esto.

Sacó de un bolsillo interior de la americana una enorme navaja, que me entregó cerrada. Añadió que mi padre se la regaló, que no les gustaba a los de la residencia que la tuviera y que había pensado que lo más adecuado era dármela a mí.

Se notaba que la navaja era bastante antigua y no era nada bonita. El mango tenía una parte de madera basta, otra metálica y la tercera de hueso. La abrí y daba miedo. La hoja era estrecha, por lo menos de veinte centímetros de longitud —veintidós, medí después en casa—, y terminaba en una punta agudísima curvada por el lado del filo. En el acero no había grabada ninguna inscripción. Tenía una palanca en la unión de la hoja con la empuñadura para que se mantuviese abierta con firmeza y después poder cerrarla. Desde luego, no estaba pensada para cortar chorizo, era un arma con todas las de la ley. ¿Para qué quería yo aquello? Pero acepté la voluntad de aquel viejo triste y la extraña herencia por persona interpuesta.

Mi padre tenía varios abrecartas —conservo uno precioso de hoja dorada y mango de nácar—, cortaplumas y pequeñas navajas, pero aquel tremendo facón que podía haber sido de un porteño malevo o de Pascual Duarte no le pegaba en absoluto.

La navaja no estaba afilada, lo cual le restaba ferocidad. Oí una mañana la armónica del afilador ambulante, un vestigio del pasado que recorre de vez en cuando el barrio, y bajé para que me la afilara. Se negó por considerarla un *instrumento* —empleó esa palabra— que solo servía para matar y me miró con prevención. Me las apañé con la chaira doméstica. No la dejé con el filo de un cuchillo ritual para el harakiri, pero no quedó del todo mal. Me entrené para abrirla con rapidez, lo cual por su aparatosidad no era fácil. Me sentí ridículo y subdesarrollado haciéndolo, como un *Taxi Driver* navajero en versión de Eloy de la Iglesia.

La posesión de la imponente navaja me llevó a volver a leer los

cuentos sobre cuchilleros de Borges. Me subyugó la relectura de *El encuentro*, en el que son una daga y un cuchillo, que pertenecieron a dos antiguos enemigos que no tuvieron la oportunidad de enfrentarse, los que mandan y dan pericia a unos nuevos duelistas que los esgrimen. Utilicé el largo filo como marcapáginas en las viejas ediciones de Alianza de bolsillo.

También he comenzado a llevarla encima cuando salgo a la calle, sobre todo por las noches.

# XXXIX
# DESPACITO

En la oscuridad, la aparición del reflejo de las lucecitas de colores en la blanca puerta entreabierta de mi habitación me produce un escalofrío que me recorre el cuerpo como una descarga eléctrica; el miedo da frío. Para que se reflejen así las luces intermitentes, iluminando la blancura lechosa de la puerta, el amplificador y él tienen que estar en el umbral. Oigo *Despacito* a muy bajo volumen, pero el suficiente para percibirlo. No toca la odiosa melodía con el acordeón; suena como el campanilleo metálico del cochecito que hacía piruetas y que aquel chaval vendía aquí abajo, al lado del portal.

# XL
# INUNDACIÓN

El agua desbordada entró en el bar con fuerza y rapidez. Reaccioné al instante y antes que los demás: te cogí de la mano y tiré de ti para obligarte a correr conmigo hacia la escalera del altillo, chapoteando al pisar el suelo todavía solo encharcado. No habíamos llegado al último peldaño —la escalera tenía diez—, y el rockabilly y la punki comenzaban a subirlos, cuando la puerta de la calle, la doble hoja de armario que no estaba cerrada con llave, se abrió de par en par y el agua de la ría entró a raudales y con estrépito. Subió de nivel dentro del pequeño local en muy pocos segundos. Patachula, en vez de ir a la escalera, se había subido a la barra con dificultad y se agarró al grifo de la caña de cerveza para que no lo derribara el empuje de la tromba. El agua llegó al séptimo peldaño y a la cintura de Patachula que, aterrorizado, profería agudos chillidos de rata acorralada. La gordita se puso a llorar y a dar gritos. El nivel no subía más y el agua se aquietó, pero quizá era solo de momento. El silencioso rockabilly se quitó sus apreciados zapatos, bajó tres escalones y, sumergido hasta los muslos, se inclinó de lado y tendió una mano a Patachula, que soltó el grifo con cara de miedo, se acercó al extremo de la barra y aferró la mano tendida con las dos suyas como lo que era: su salvavidas. Con la ayuda, consiguió pasar de un torpe salto a la escalera. Arracimado con los demás en el altillo junto a los peldaños —alguien tumbó, sin romperla, una de las botellas almacenadas en el exiguo espacio—, miré los tres secos y deseé que siguieran así. Al instante, tan de repente como irrumpió el agua, falló la luz y la oscuridad fue absoluta, densa, como dotada de un volumen propio y físico que lo ocupaba todo. Se oyó un corto grito coral de sorpresa que provendría de la gente apostada en las ventanas y los balcones de las casas. En el bar, los que se quejaban enmudecieron. Solo se oía el fragor del caudal que corría desbocado fuera. Entonces comenzó un sonido nuevo, quejumbroso, interior y lúgubre: el crujido de las vigas de la casa presionadas por la inmensa masa de agua.

Sin decirnos nada, rodeé tus hombros con el brazo derecho y

entrelacé la mano izquierda con una tuya, a la que añadiste la otra uniendo más las de ambos. Pegaste tu cuerpo al mío lo más posible y refugiaste la cabeza en mi pecho; temblabas. Bajé la mía hasta tocar con la punta de la nariz el centro de tu laberinto dorado. La gordita lloró de nuevo, esta vez de modo quedo. Patachula se cagó en Dios repetidamente, también en voz baja, con la entonación resignada y el fatalismo del cojo a quien siempre lo alcanza la mala suerte. El rockabilly, el único práctico, encendió el mechero —un Zippo de gasolina por cómo olía y sonaba—, dio algo de luz y rompió la negrura. Cada uno intenta encajar el miedo como puede.

# XLI
# VELLO

Me despierta la luz del día. ¿Dejé las contraventanas abiertas? Pero no es la luz de mi cuarto; no es mi habitación. ¿Dónde estoy? Me sobresalto: hay alguien a mi lado en la cama, en esta cama. La resaca que retumba en mi vuelta a la consciencia es tan descomunal que no puedo casi ni mirar. Quien sea, ocupa la parte derecha del lecho, las greñas negras le cubren la cara desde mi ángulo de visión y está tapada parcialmente por una sábana arrebujada. Es una mujer. Se le ve una fea teta con un pezón marrón oscuro que parece la colilla de un puro barato. No sé quién es y no me acuerdo de nada. Tengo amagos de náuseas y unas perentorias ganas de mear. No me he dado cuenta ni de que estoy desnudo. La cruda luz lechosa, y a la vez metálica, entra desde el techo inclinado por una claraboya grande y cuadrada —el piso debe de ser una buhardilla—. La mujer duerme boca arriba. Emite al respirar un estertor que me recuerda al de mi padre cuando me dijeron que agonizaba.

Me levanto titubeante. Estoy muy mareado y me cuesta mantenerme en posición vertical. Miro a la mujer desde los pies de la cama. Ahora le veo el rostro y la reconozco: es la borracha de la noche que cuenta historias. Así que terminé con ella la que tuvo que ser una gran curda y en la que supongo que es su cama. De cintura para abajo no la cubre la sábana. Duerme con las piernas separadas y deja a la vista el coño al completo. Nunca había visto cosa igual. El inmenso vello púbico desparramado y de un color castaño desvaído se prolonga hacia abajo, circunvala la vagina por los dos lados y se une sin interrupción a no menos de un palmo de vellosidad en cada una de las caras interiores de los muslos. El coño parece pequeño rodeado de tanta maleza; un raro animalito en medio de la selva. El conjunto es repelente. Que no recuerde ni haber tenido tal visión traumática de su desnudez durante la noche me resulta aún más extraño que preocupante. Solo le falta que tenga la dentadura postiza metida en el vaso —parece de whisky— que reposa en la mesilla. Se me revuelve el estómago con la repulsiva idea. Pero ante todo lo que necesito es mear.

Salgo de la habitación desnudo y sin meter ruido para no despertar a la hirsuta hidra; sería una situación incómoda. Veo el largo pasillo del sueño del basilisco que corría hacia ella y, al fondo, la puerta del baño entreabierta. El pasillo tiene a la izquierda ventanales que dan a un patio. En el lado derecho se abre un espacio a modo de sala y me llevo otro susto al pasar por delante: hay un tipo dormido en un sofá. Está tapado con una toalla de flores y duerme de lado, de cara a mí. Asoman unos pies cuyas uñas necesitan un corte urgente con tenaza. Es un cincuentón de cara pequeña, con el coco pelado y una barba inculta cuajada de canas. En conjunto recuerda a un gnomo. Supongo que es el marido —no me sorprende que, con ese careto, ella, pedo, lo viera monstruoso—. Estará acostumbrado a encontrarse la pulguera ocupada y bien enseñado por su mujer a tolerarlo con mansedumbre y a dormirla en el sofá.

Tras mear —sin dar después a la bomba para no delatar que ando por la casa— y lavarme la cara, vuelvo por el pasillo. El gnomo ha abierto los ojos; me mira con cara inexpresiva y sin decir nada. Lo ignoro con una altivez incompatible con ir desnudo. Me visto lo más rápido que soy capaz y procuro evitar otra visión de la selva entre piernas, compruebo que tengo todas mis cosas, salgo de allí y cierro tras de mí con suavidad la puerta de aquella guarida. Intentaré añadir al absoluto borrado amnésico de la noche ese tétrico despertar y sus detalles. Entre ellos, vestigios de semen seco en mi propio pubis que indican que conseguí correrme —debió de ser una esforzada hazaña— y que la eyaculación no fue en la peluda gruta de mi anfitriona ni en sus trasegadas fauces.

Bajo los cinco pisos sin ascensor —no sé cómo pude subirlos— por una quejosa escalera de madera y salgo del maloliente portal. Estoy en una calle angosta que no reconozco ni veo su nombre. La recorro —es larga como el rabo de una rata— y al dejarla descubro con alivio ante mí el puente de San Antón, estoy cerca de casa. Hasta ese momento no se me ocurre mirar en el móvil qué hora es. Como sucede en mis sueños cuando miro el móvil para intentar ver un contacto o consultar algo, me cuesta encontrar el reloj de esfera.

# XLII
# BRONQUITIS

Tuve una bronquitis aguda, que por suerte no desembocó en crónica —que te acaba matando con una muerte muy jodida: te ahogas—, y estuve dieciséis días sin fumar ni beber; lo que duró. La tos y la fiebre suplieron mi consabida falta de voluntad. Cuando se me pasó y me encontré del todo bien —dentro de lo que cabe en mí —, me planteé seguir sin fumar y creí también que continuaba sin ganas de beber. Pero salí a la calle —que es donde fumo, en casa apenas—, tomé el primer vino y la noria parada chirrió y se puso en movimiento sin volver a detenerse. Agarré una tajada de las gordas y fumé sin parar mientras bebía.

Mi padre, que fumaba también un Winston detrás de otro, dijo al cumplir sesenta y cinco años, y sin ultimátum médico de por medio, que lo dejaba para siempre. Así lo hizo, hasta su muerte. Sin embargo, su hermano, mi tío Agapito —mi abuelo Leocadio tenía talento para los nombres, quizá por venganza del suyo—, murió en el hospital de bronquitis crónica haciendo el gesto con dos dedos de que le dieran un último cigarro.

Si dejo a un lado los daños mentales, el alcoholismo no me ha costado hasta ahora grandes problemas físicos. Sí me diagnosticaron hará unos cinco años una diabetes del tipo uno, la suave. Tomo desde entonces hidrocloruro de metformina dos veces al día, que con ese nombre será capaz de bajar la glucosa y hasta de pulverizar mármol —también tomo una pastilla para la tensión y otra para el colesterol—, y no como dulces, que bastante azúcar me meto ya con el vino. Y si bajara de peso y anduviera —no hago ninguna de las dos cosas—, desaparecería la diabetes. No obstante, no me ha causado efectos apreciables.

Algo esporádico que resulta angustioso son los repentinos cortes de respiración, me suceden cuando estoy borracho. A veces duran bastantes segundos, en los que boqueas con amagos de tos y crees que te vas a asfixiar, que el cerebro se achicharrará privado de oxígeno y que esa nueva vez no vas a superar el cuelgue respiratorio. Pero si uno no se deja llevar por el pánico, cesan y vuelves a respirar, con sumo alivio, dicho sea de paso.

Mi médica de familia —conmigo tiene una de lo más numerosa —, una rubia treintañera que está muy buena pero es seca como un pedregal, me mandó hacer una espirometría por viejo fumador empedernido. El resultado me salió tan bien que creyó que había un error y consultó con una compañera. Era correcta y noté que le sentó mal que no me hiciese falta respirar con una bombona de oxígeno. Tengo los pulmones de alguien que no hubiera fumado nunca. El último análisis de sangre también fue de librar el tipo. Me lo hice cuando la espirometría, hará apenas tres años. El azúcar estaba aceptable y, sobre todo, las transaminasas, triglicéridos y todos esos índices asociados con el alcohol me dieron como si bebiera con total moderación. Hígado de acero.

# XLIII
# ARGENTINO

Ese día había comido en un restaurante del barrio con dos de los pocos amigos que, como dije, me quedan. Con la comida nos bebimos dos botellas de tinto —un reserva de Marqués de Riscal— y en vez de postre un par de rondas de gin-tonics. Hacia las seis de la tarde nos separamos y yo, como era de esperar, continué en la calle para beber más. Me pasé al whisky: un chupito seco en cada bar.

Llevaba la navaja igual que don Ernesto cuando me la dio: en el bolsillo interior izquierdo de la chaqueta; notaba su alargado volumen y el peso del acero.

Serían poco menos de las diez de la noche cuando tomaba el enésimo chupito, un Johnnie Walker Black Label, en una mesa exterior alta del bar Gatz de la calle Santa María, que queda casi enfrente de la tienda del chino, donde aquella lastimosa loca que meó en público bebía cerveza sentada en el poyete. El efecto mitigador de la comida había desaparecido y estaba muy borracho, más de lo que creía.

Me desagradó, como si violaran mi espacio privado, que apareciesen y se sentaran en el poyete el argentino y el turco; no sabía que se conocían. Bebían, como la loca, una lata doble de cerveza cada uno. El argentino debía de haber terminado hacía poco su sesión de tormento en la esquina de mi calle —de una que me había librado—. Tenía con él la guitarra en la funda y el carrito con el amplificador y el asiento. Hice que no los había visto, que no me había fijado en ellos, aunque en realidad no les quité ojo. Charlaban animadamente. El turco mascullaba a volumen alto con su acento imposible. Noté que me miraban con expresión burlona y que sin duda hablaban de mí, sin apenas disimulo. Se rieron con ganas a mi costa. Con oscuros pensamientos, acaricié con dos dedos el mango de la navaja.

Entré para pedir en el mismo bar otro chupito, quería seguir observando a mis enemigos. Cuando volví a salir a la mesa, los dos indeseables se habían puesto de pie y se despedían. Acto seguido, el argentino se fue por la calle de la Merced. Decidí seguirlo. Me bebí el whisky de un trago.

El argentino se disponía a cruzar la ría por el puente del mismo nombre que la corta calle que acababa de recorrer. Lo seguí a unos cinco metros de distancia y al andar notaba el peso del agua de fuego.

Tras el puente enfiló por la estrecha calle Hernani; mala suerte porque es una pronunciada cuesta hasta desembocar arriba en la calle San Francisco. Pero el inminente esfuerzo de la subida no me disuadió de continuar el seguimiento. Por fortuna, el argentino caminaba despacio debido a su impedimenta.

Fui poco precavido, por Hernani apenas pasaba gente. Tenía que haber aumentado la separación para que no se diera cuenta de que iba tras él. A mitad de la cuesta, mis ojos debieron de pincharle en el cogote porque miró hacia atrás y me vio. Continuó la ascensión hasta San Francisco sin volverse de nuevo.

Al coronar la cima de Hernani se paró para encender un cigarrillo. Yo no me atreví hasta recuperar el resuello. Tomó por San Francisco hacia la derecha. Pensé que viviría por allí; le pegaba. San Francisco es llamada desde hace tiempo *Negruri*, por deformación humorística de Neguri —el barrio de Getxo donde vivían los oligarcas— debida a la cantidad de moros y sobre todo de negros, todos sin trabajo, que se pasan el día en la calle de merodeo, contemplación y atentos a la que salta. Son habituales los robos y las peleas, la policía patrulla por allí con frecuencia.

Iba a tan solo tres metros del argentino cuando de repente se detuvo, dio la vuelta por completo y me encaró con hostilidad.

—¿Por qué no dejás de una reputísima vez de hincharme las pelotas, viejo? ¿Por qué me seguís?

Balbuceé que no lo seguía, que simplemente iba por el mismo camino.

—¿Sabés, pelotudo? Sos un pobre viejo chiflado. Andá de una vez a joder a otro y a mí me dejás en paz. ¿No te vale con dar por el saco cada vez que estoy tocando? ¿Y con llamar todo el tiempo a los canas para que me larguen?

Eché la mano a la navaja y la aferré, todavía sin sacarla. Creyó que iba a coger la cartera. Subió el volumen de la voz y de la mala hostia.

—¿Me vas a dar guita? ¿Un billetito de mierda para que me achante, hijo de la gran puta? ¡Rajá de acá, pendejo!

—¡Mataros, viejos! —gritó alguien.

En vez de retirarme, avancé un paso hacia él con la mano en la navaja. Me dio un fuerte empujón en el pecho. Trastabillé hacia

atrás y me caí al suelo de culo, de manera tan ridícula como don Lope en *Tristana*. Oí risas. Conseguí levantarme poniendo primero una rodilla en el suelo y con un apoyo en la pared cercana. Para cuando recuperé la posición vertical, el argentino se había ido y no lo distinguí entre los que caminaban más adelante por la acera.

Sentí calor en la cara y una inapelable y categórica vergüenza. Entré al bar más próximo: una cueva de moros en la que no tenían alcohol. El siguiente era una tasca normal. Pedí un whisky entero, con hielo. Creo que me dieron un JB. Apenas esperé a que se enfriara —me acordé del gaditano— para bebérmelo seguido, casi sin pausa, hasta acabarlo. Ese whisky tan rápido y el poso de la vergüenza me emborracharon mucho más. Salí a la calle con la perentoria necesidad de fumar. Encendí el cigarrillo con mano temblorosa por el estado de nerviosismo.

Bajé por San Francisco en dirección contraria a la del argentino. Me costaba andar sin hacer eses. Iba a cruzarme con dos negros enormes que me miraban con lo que me pareció amenazante agresividad. Creí que iban a aprovechar mi evidente ebriedad para robarme. No sé qué les grité. Saqué y abrí la navaja ante ellos con lo que consideré sorprendente rapidez dada mi circunstancia. El negro de mi derecha sí que fue rápido. Elevó la pierna en ángulo recto y me dio un certero puntapié en la mano armada. La navaja salió volando hasta la calzada. El otro demostró por qué los boxeadores negros han sido los mejores. Me propinó tres formidables y precisas hostias en la cara: un directo con la derecha, otro con la izquierda y el tercero otra vez con la derecha. Me tumbó. Caí de espaldas, con todo el cuerpo, a plomo, como caemos los viejos, y me golpeé la cabeza con el asfalto. No perdí el conocimiento, pero estaba grogui. Noté sabor a sangre en la boca; me había hecho un corte en la lengua con los dientes. Me cegó la luz de una farola, lo que veía desde mi posición boca arriba. La mente se me quedó en blanco, lo único positivo de aquella noche patética. Tuve la sensación, que pudo ser real, de que pasé bastante tiempo así hasta que alguien me ayudó a levantarme. Estaba rodeado por un corro de mirones que desde luego no se hacían una paja a mi costa, como sucedía con los tuyos en la ensoñación. Pensé que también a ti te habría dado mucha vergüenza aquella situación: vergüenza ajena. Estaba mareado y confuso. Anduve unos pasos. Miré hacia donde había caído la navaja, por supuesto había desaparecido. Vi que venía un taxi libre. Casi me puse delante para que parara. Lo hizo. Me fui a casa sin pasar antes por ningún otro bar.

Estuve unos cuantos días con la cara marcada; lo disimulé con un poco de base de maquillaje —quedaba de cuando me salió un eccema en la frente y la nariz— y no me privé de salir a la calle a beber.

# XLIV
# INUNDACIÓN

—¿Qué hora es? —me preguntaste.

Encendí el mechero para poder verla en mi reloj de pulsera, que ya era el Universal de oro que me dio mi padre.

—Las tres y veinte. Llevamos aquí arriba cerca de tres horas.

—Creía que bastante más.

Para combatir la oscuridad teníamos, entre los cinco, tres encendedores y una pequeña linterna de llavero. La punki pasaba de mecheros y Patachula no fumaba, pero a cambio aportó la linternita porque se había metido las llaves en el bolsillo antes de la entrada del agua. Racionábamos la luz para que durara y la mayor parte del tiempo aguantábamos a oscuras. Hacía mucho calor en el angosto altillo. El ambiente, con el aire que apenas renovaba un ventanuco —aún más pequeño que el del robo infantil de botellas en Bakio— del servicio, abierto a un patio, estaba muy enrarecido por el humo del tabaco.

—Cualquiera sabe cuándo podrán rescatarnos —te dije—. Desde luego, no antes de la mañana.

—Si se dan cuenta de que estamos aquí metidos. Y suponiendo que no suba más el agua y resuelva el problema de otro modo.

—Qué va. No lo parece. Por mucha agua que haya ahí fuera, está bajando la marea y algo se notará. Lo probable es que descienda el nivel.

Pero de vez en cuando encendía el mechero y lo acercaba a la masa de agua para comprobar que seguía sin rebasar el séptimo escalón.

Tú veías la botella medio vacía y yo medio llena. Ese optimismo me duró todavía unos cuantos años más. La de whisky Glenfiddich que teníamos en el noveno peldaño, entre ambos, nos la habíamos bebido casi entera.

Podíamos haber estado peor. Alcohol no nos faltaba y teníamos cuatro cartones de Winston. Agua, hasta que se cortó un par de horas después que la electricidad, la del grifo del diminuto lavabo del diminuto retrete. Me pareció que salía marrón. Había ido ya un par de veces con la linternita de Patachula. La puerta era como la

de la calle, también de armario, en este caso de una sola hoja —me recordó a las intimidantes puertitas de *Alicia en el país de las maravillas*—. Y dentro, en el mínimo espacio, un váter sin tapa, el minúsculo lavabo y el ventanuco.

Tú y yo nos manteníamos lo más lejos posible, que no era mucho, de los otros tres. Patachula, la punki y el rockabilly se habían sentado juntos al final del corto pasillo, ante la segunda puerta de armario, abierta para facilitar la ventilación del ventanuco. El olor de la orina acumulada en el váter sin tapa y ya con la bomba vacía, perfumaba su zona. Nosotros estábamos en lo alto de la escalera, con los pies apoyados en el octavo peldaño, la frontera entre el nivel líquido y los náufragos. El ruido de la ría desmadrada se percibía menor, la velocidad del agua debía de haber aminorado. Pero aun así, no permitía distinguir el de la lluvia y no sabíamos si había cesado o continuaba.

El rockabilly sostuvo la linternita para que Patachula pudiera alinear sobre su cartera las segundas y últimas cinco rayas de la coca que le quedaba. No era muy buena, pero nos redujo algo la unánime borrachera. A su vez, la punki lio canutos con prodigalidad hasta que se le acabó la china de hachís.

El rockabilly no hablaba y la punki poco. Quizá habían reanudado los besos eternos. Pero Patachula compensaba con creces el laconismo de los otros dos: no callaba, había vuelto a su tendencia al altavoz y solo decía tonterías. Le pedí que por favor hablara más bajo, pero fue en vano. Nosotros conversábamos casi en susurros para preservar una ilusión de intimidad.

Terminamos la botella de Glenfiddich de dos sendos tragos. Como si el bar continuara abierto, le pediste a Patachula otra botella de whisky e insististe en pagarle ambas y los dos gin-tonics de la barra. Te iluminé para que pudieras manejar la cartera que sacaste del bolso. Le diste con generosidad dos mil pesetas que el cojo aceptó sin remilgos y sin darte vueltas. En vez de otro malta, esta vez nos tuvimos que conformar con un Cutty Sark.

Te ofrecí un cigarrillo y, al darte fuego y verte el rostro, te acaricié la mejilla con la otra mano. Me dedicaste tu sonrisa triste.

—Estoy bastante borracha. Hacía tiempo que no bebía tanto whisky.

—Yo también, ambas cosas. Pero con este panorama, mejor borrachos que sobrios.

—Eso es cierto. Abre la botella.

Esta era de tapón irrellenable, más incómoda para beber a

gollete.

—He tenido la suerte de conocerte y estoy pasando esta extraña noche contigo, Bárbara. Eso para mí es más que un consuelo: es una gran fiesta.

—Gracias, guapo. Yo también me siento mejor a tu lado.

Busqué a tientas tus labios y, tras recorrerlos con la yema del dedo, te los besé con delicadeza varias veces seguidas.

—¿Tienes miedo? —te pregunté.

—A morir aquí, ahogada, sí. Sería una muerte angustiosa. A la muerte, no, porque ya morí hace mucho tiempo. Llevo muerta dieciocho años, desde 1965.

No dije nada, no quise interrumpirte. Me impresionó lo que dijiste y aún más lo que te quedaba por contar. La total oscuridad que envolvía tus palabras incrementó la impresión.

—El maldito alcohol fue la causa de mi destrucción cuando tenía treinta años. Pero también, desde entonces, es lo que me mantiene en una especie de inercia, de tolerable desidia. El aturdimiento que me da beber mucho y cotidianamente ha evitado que me quite este simulacro de vida.

La punki y Patachula te obligaron a una pausa. La gordita se quejaba enfadada de que Patachula le estaba metiendo mano, y este rogaba que le dejara tocarla un poco, que al colega no le importaba y que si íbamos a salir de allí con los pies por delante y flotando, al menos le permitiera ese consuelo. La gordita, apiadada, le dijo que bueno, pero que solo las tetas y por encima de la camiseta. Patachula imploró con insistencia que por debajo, que si no, tenía poco aliciente; por cansancio de su pesadez le fue concedido. Dio las gracias como un mendigo ante la limosna de una dama caritativa.

Reanudada la calma, continuaste.

—En 1965, mi hija, mi única hija, tenía año y medio; ahora habría acabado de cumplir diecinueve. No sé si a mis treinta años era ya una alcohólica, pero sí que bebía demasiado. Ese día había comido con unos amigos y la sobremesa fue larga y con muchas copas. Llegué a casa muy borracha, a la hora del baño de la niña. Le dije a la niñera que la bañaba yo y, a pesar de mi evidente estado, no se atrevió a llevarme la contraria. Llené demasiado la bañera. Me quedé dormida de rodillas, contra el borde, mientras le pasaba la esponja y jugaba con ella. El resto puedes imaginarlo.

»Mi marido me abandonó. En su lugar, yo habría hecho lo mismo o incluso algo más drástico. Solo hay en la vida una desgracia peor que perder a un hijo, y es que haya muerto por tu culpa, por tu

irresponsable estupidez.

Dejé unos segundos de respetuoso silencio antes de hablar.

—No sé qué decir.

—No hace falta que digas nada.

—¿El broche con el XIX tiene que ver con tu hija?

—No. Para pensar todos los días en mi hija y despreciarme, no necesito llevar nada en el pecho. —Te callaste y se oyeron unos tenues gemidos de la gordita—. No sé por qué te he contado la rotura sin arreglo de mi vida. No hablo nunca de esto con nadie. Supongo que ha sido porque estoy muy borracha, por esta rara situación y porque aún es probable que vayamos a morir esta noche.

»Me he puesto muy triste. Bésame.

Nos besamos con tu lengua dentro de mi boca. Besabas como esperaba que lo hicieras: de maravilla. Con el segundo beso te solté los tres botones de la chaqueta y te acaricié y amasé los pechos —no me atreví a la vulgaridad de encender el mechero para mirártelos; nunca te los vi al completo—. Acto seguido cesé el beso para chuparte con obsesión los imperiosos pezones. Te pusiste en pie apoyando una mano en mi hombro. Abandonaste el apoyo un momento para hacer algo en tu ropa. Sonaron tus tacones en la madera uno tras otro. Te habías quitado las bragas y me las pusiste en la nariz cuidando que el contacto fuese con la parte delantera para que notara que estaba mojada; aspiré con ansia tu más profunda fragancia. Las dejé caer para soltarme mejor el cinturón y los pantalones y bajármelos hasta las rodillas junto con el calzoncillo. La profusión de alcohol fue derrotada por tu invencible poder sexual y se me puso muy dura. Te cogí por las caderas para que te movieras en la estrechez del escalón sin miedo a caerte. Pasaste con cuidado una pierna al otro lado de las mías y quedaste de cara a mí y de espalda a la hecatombe. Desplacé las manos a tus muslos para recogerte con paciencia, hacia arriba y hasta el vientre, la estrecha falda. Te agarré del culo —lo tenías un poco fláccido; ni siquiera tú alcanzabas la perfección; mejor así, porque la perfección puede ser monstruosa—, atraje tu pelvis a mi cara y sumergí la nariz en tu pubis escueto, que olía al sutil perfume que había percibido en el cuello, y la lengua en tu coño salado y delicioso. Me dejaste lamerte el clítoris poco tiempo aunque ondulabas las caderas y respirabas con exhalaciones profundas y seguidas. Me apartaste la boca que mantenía adosada a tu sexo como si fuera el más feliz parásito y dijiste, en un tono de voz un poco más alto que el que habías empleado para contar tu tragedia, que me querías

follar. Antes de sentarte del todo a horcajadas sobre mí, me cogiste la polla, la masajeaste con vigor arriba y abajo solo un par de veces, me hiciste estremecer y te la metiste hasta el fondo dentro de ti, en tu ajustado, húmedo y cálido paraíso.

# XLV
# CASA

La penosa noche de la navaja, el argentino y las hostias que me metieron los negros, me ha llevado a tomar una decisión doméstica. En menor medida, también ha contribuido el episodio del confuso y tenebroso despertar en la cama de la borracha velluda, que fue solo unos pocos días anterior al de la navaja.

He decidido no salir de casa por las noches cuando me acucien las ganas de beber en segunda fase en un mismo día, y además destilados. Es decir, evitaré el tránsito, al menos en esos bares de última hora, a la zona *más allá*. De este modo sortearé líos, robos, agresiones y sordideces.

Si cuando salga a beber al mediodía la libación se prolonga hasta tarde, pues vale, qué le vamos a hacer, que pase lo que el diablo quiera. Lo más importante, el objetivo a conseguir, es que no vuelva a la calle después de que he subido a casa. El único modo de lograrlo es tener alcohol y beber aquí cuando quiera más vino del que he trasegado en los bares de día o pasarme al licor. Sé que beber en casa puede ser más peligroso que hacerlo fuera porque es probable que con la facilidad de la cama al lado sople en aumentativo. Así que la dimensión de los terrores después, en mi habitación, será la misma o incluso puede que se incremente. Eso me inquieta.

Para contrarrestar las tentaciones de salir, he hecho un pedido por Internet a un supermercado de numerosas botellas de whisky Glenmorangie, ginebras Seagram's y Bombay Sapphire —esta para los *dry martinis*—, coñac Hennessy —en memoria de mi padre—, vino blanco Viña Pomal, champán Taittinger —para tener nostalgia de Amaia— y tónica Fever-Tree, mi preferida para el gin-tonic cuando me pongo sibarita.

He desempolvado el vaso mezclador, el gusanillo para filtrar, la cucharilla larga de revolver y las copas cónicas para cóctel. Mi tendero de cabecera del barrio me ha conseguido —no es fácil— una botella de vermut blanco seco Noilly Prat —una es suficiente para trescientas balas de plata— y tiene siempre limones verdes Palazoski y buenas aceitunas con hueso. En la tienda del chino he

comprado dos bolsas de hielo seco y duro. Sin pecar de inmodestia, creo que puedo decir que me sale un *dry martini* perfecto, comparable al del viejo y recordado bar JK.

Esperé a que los detestables curas dieran las doce campanadas del mediodía en la cercana catedral y me preparé un *dry martini*. Hacía mucho que no tomaba uno. Excelente resultado. Me tomé tres, los disfruté. Después, de buen humor y bastante tocado, salí por el barrio a tomar blancos.

Bebiendo en casa me pondré en armonía con la historia etílica de este apartamento, cuyas paredes exudan alcohol. El último inquilino —al que conseguí echar porque necesitaba el piso como vivienda propia—, a quien conocí un poco, era productor de documentales para televisión y pertinaz bebedor de gin-tonics. Y el anterior fue director artístico del teatro Arriaga —murió al comienzo del siglo—. Como yo, el director teatral era una mosca de bar entregado al vino, pero a diferencia de mí prefería las horas vespertinas y el tinto. Esto te hará gracia. Contó él mismo, o al menos eso me dijeron, que la noche de las inundaciones se fue a casa antes de que se desbordara la ría y bien cocido. Y que no se enteró en absoluto de lo que sucedió después. A la mañana siguiente, es probable que con resaca, se dispuso a salir de casa para ir a desayunar —supongo que ya habría vuelto la luz; no recuerdo cuándo fue—. Y que al bajar se encontró el portal con el agua que llegaba a la mitad del primer tramo de escaleras —pongamos que hasta el séptimo peldaño, como a nosotros—. Volvió a casa y se metió en la cama hasta que mejorara la situación.

# XLVI
# BORBORIGMO

Llevo un día sin comer, quizá sean dos. No he tenido hambre o sencillamente se me ha olvidado hacerlo, no sé. He empalmado sin pausa, sin salir de casa en ningún momento, desaforadas borracheras de whisky y coñac con resacas enajenadas. Mis tripas vacías meten ruidos. Me quieren decir algo, intentan formar palabras en un lenguaje que no comprendo.

# XLVII
# PRÓTESIS

Fumé hachís durante toda mi juventud. Era una buena droga de las consideradas suaves. Me gustaba para ir de fiesta, para leer —sobre todo cómics—, para oír música y ver cine. Para el sexo era estupendo: aumentaba la sensorialidad y la potencia del orgasmo. También propiciaba la risa. Pero llegó un momento, en los primeros años de la treintena, en que el hachís —la marihuana siempre me ha dado tos— comenzó a fomentarme miedos irracionales y me entraban malos rollos respecto a qué me iba a deparar la vida y qué iba a ser de mí. El hachís se convirtió en un turbador examen de conciencia. Visto lo visto, está claro que no eran temores carentes de una intuición sobre mi futuro. La resaca alimenta ese mismo tipo de miedos inconcretos y desasosegantes que se somatizan en la boca del estómago.

Aparte de los coqueteos con el caballo en la universidad, me hice bastante cocainómano en Barcelona. Fue después de ti, Bárbara, y de la mili. Me quedé allí un año desmadrado en el que fui ayudante de un abogado muy golfo que llevaba separaciones y divorcios. Mi jefe compraba una *farlopa* de excelente calidad y parte de mi trabajo me lo pagaba en esa especie. Entre raya y raya te metes los gin-tonics como si fueran vasos de agua tras cruzar un secarral y pierdes la cuenta del número de copas. Aquel régimen de vida no terminó conmigo porque era joven, pero fue danzar alrededor del cráter de un volcán en erupción. La danza continuó hasta que el letrado cocainómano —un neurótico con paranoias, como todo adicto a esa droga— me echó por un malentendido y no me quedó más remedio que volver a Bilbao y de momento a casa de mis padres. Poco después de mi regreso, me enteré de que el abogado, que tenía solo treinta y cuatro años, había muerto y me contaron cómo fue: puro humor negro. Se asfixió con el ojo de cristal del Tonet. Me explico. El Tonet era un borrachuzo graciosillo con el que solíamos coincidir —a veces mi jefe y yo íbamos juntos de copas y rayas— en aquel estupendo bar que era el Zeleste de la calle Platería. El Tonet tenía un ojo postizo, de cristal, según él, que se quitaba y ponía con facilidad. El ojo era azul, como el que le quedaba, lógico, pero no

exactamente del mismo tono y además el iris era algo más grande; si hubiera contado que se lo había robado a otro tuerto, le habría creído. Nunca explicó cómo había perdido el ojo bueno. La burda prótesis le daba en el conjunto de la cara una expresión inquietante y extraña, de loco de atar. Y para colmo tenía la mala costumbre de hacer la gracia de sacarse el ojo y echártelo al gin-tonic cuando no te dabas cuenta. Una vez me lo hizo a mí. Era surrealista encontrarte entre los hielos y las burbujas una esfera con un ojo que parecía que te miraba. Al Tonet le gustaba ver la reacción ante su ojo de cristal en el trago de quien le hubiera tocado en suerte y se reía encantado con una mano tapándose el agujero negro o mostrándolo; no se distinguía el fondo, la cavidad parecía ahondarse hasta el volatilizado cerebro. A continuación, el Tonet recuperaba el ojo de la copa, que el agraciado solía dejar con repugnancia, y se la bebía. Él mismo reconoció que alguna hostia se llevó por la bromita con el fin de soplarse un trago gratis. Cuando me la hizo a mí, pesqué el globo del vaso, lo tiré al suelo con su consiguiente alarma y seguí bebiendo el gin-tonic.

El abogado, puesto de perico, se bebía las copas aún a mayores tragos que yo. La noche que le tocó palmarla no se percató del regalo: se tragó el ojo, que se le quedó atascado en la faringe, y se ahogó. Me contaron que algún indocumentado intentó practicarle la maniobra de Heimlich para salvarlo. Debió de hacerla tan bien que encajó todavía más la bola y el abogado se asfixió sin remedio. Lamenté su muerte. Le tenía simpatía aunque era un tipo carente de escrúpulos, un mal bicho y me echó del trabajo. Guardo de él un agradable recuerdo concreto, el de volver a casa en su coche —le iba bien dejarme cerca de la mía, en el barrio de Gràcia, camino de la suya— practicando un sencillo juego. El abogado tenía controlada una técnica que relacionaba la velocidad con el cambio a luz verde de los semáforos de la larguísima recta de Vía Layetana y Pau Claris, que en realidad es la misma calle que cambia de nombre después de cruzar Ronda de San Pedro. Si al ponerse en verde y a ochenta por hora cogías el primer semáforo y no alterabas la velocidad, lo cual no era difícil por el muy escaso tráfico a esas horas, veías cómo los numerosos semáforos que regulaban las calles perpendiculares cambiaban a verde antes de que llegaras a ellos y no tenías que parar hasta Diagonal, ya cerca de mi casa. Era bonito y relajante, y la pequeña magia se potenciaba porque al abogado le gustaba poner *Baker Street*, de Gerry Rafferty, como adecuada banda sonora de la deslizante travesía. Pep, un amiguete de Gràcia

que aunque apenas bebía era también asiduo del Zeleste hasta el cierre, practicaba en su moto el mismo juego, que funcionaba bien si todo el mundo cumplía las reglas. La noche que alguien no las cumplió, Pep llevaba de paquete en la moto a una chica con la que había ligado. Una pija noctámbula que venía lanzada en un deportivo por la calle Caspe se saltó su semáforo en rojo y arrolló la moto. Pep se fracturó la tibia y el peroné y se recuperó, pero la chica quedó tetrapléjica. La mujer que se saltó las reglas del juego dio negativo en el análisis de alcohol y drogas.

El abogado se habría salvado del ojo del Tonet si este se hubiese estrellado solo un mes antes de cuando, a su vez, la diñó. También fue un accidente de coche —está quedando esta parte muy de chapa retorcida—. El Tonet solía ir en el suyo cocido y además conducía a toda pastilla. Una madrugada confundió la entrada abierta de un garaje con una bocacalle de bajada, se estampó contra un pilar de hormigón y se mató en el acto; no creía en el cinturón de seguridad. Al saberlo, me pregunté si con el fuerte impacto el ojo de cristal se le salió de la cuenca.

Volviendo a las drogas, nunca me atreví a comerme un tripi. Entre las toxicomanías de los jóvenes de mi generación era relativamente frecuente tomar ácido. Cuando era LSD auténtico, ácido lisérgico, los cuelgues eran espectaculares y alguno que otro se quedó colgado de verdad en un mal viaje del que nunca volvió del todo. Consideré que ya tenía de por sí la imaginación bastante calenturienta como para incentivarla con un tripi. Me daba miedo que me asaltaran alucinaciones de terror. Vi a un amigo que las padeció y lo pasó muy mal. A otro le echaron un ácido en la copa sin avisarlo —salvo para el abogado, peor que el ojo de cristal—. Cuando le subió, no sabía qué le pasaba y creyó que se había vuelto loco. ¿Qué me haría ahora, a mi edad y en estas condiciones, el LSD? Quizá dispararme la cabeza como si fuera el corcho de una botella de champán o el corto vuelo de un cohete de feria. Fuera de bromas, lo más probable es que me muriera de miedo.

# XLVIII
# ARGENTINO

No volví a encontrarme con el argentino ni a pasar cerca de él después del empujón en la calle San Francisco. Siguió por las tardes en la esquina de mi calle tocando todo el tiempo que quiso, pero ya no me atreví a llamar a la policía.

Anteayer comenzó su estragador concierto a las seis y cuarto. Seleccioné en Filmin *Casino*, cuya exuberante banda sonora era adecuada para solapar con auriculares la guitarra. Estaba todavía en la primera hora de la larga película cuando oí una sirena cerca. Me asomé al balcón. Era una ambulancia que había parado en la esquina del argentino. Aunque había gente junto a él que lo ocultaba casi totalmente, distinguí sus largas piernas tendidas en el suelo. Lo metieron en la ambulancia, que permaneció parada unos minutos; supongo que intentaban reanimarlo allí mismo. Después, partieron con rapidez, luces y sirena.

Me he enterado hoy de que el argentino ha muerto; falleció en el acto cuando se desvaneció en la calle o poco después. Quien me lo ha contado no ha sabido decirme si la causa ha sido un infarto o un derrame cerebral, ha oído ambas cosas en el mentidero de barrio. Desde luego, no me ha alegrado la noticia; solo un tonto o quien ha decidido matar se alegra de la muerte de alguien. Pero tampoco lo he lamentado. Reconozco que le otorga una postrera dignidad que haya caído al pie de su pobre y ruidoso cañón. Al menos él tenía uno.

# XLIX
# INUNDACIÓN

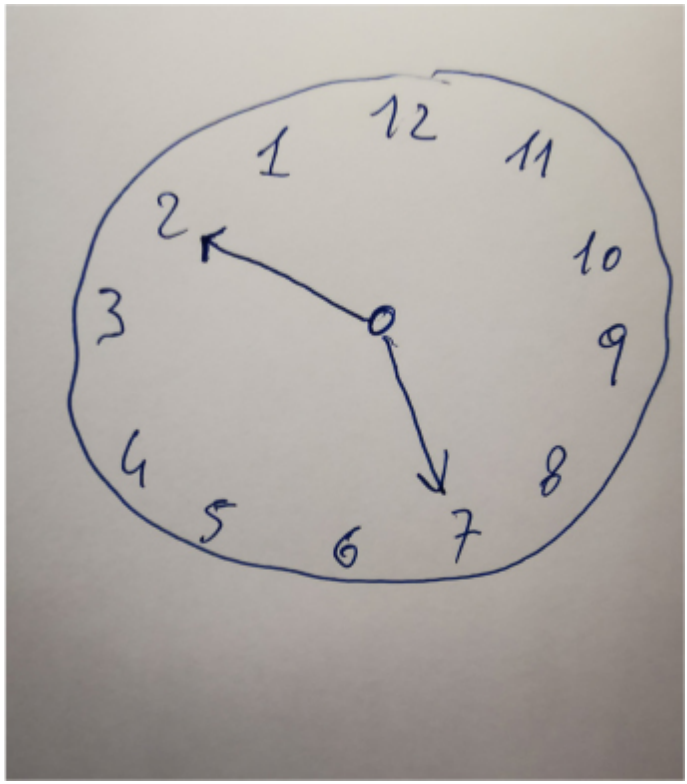
Encendí el mechero para mirar el reloj: eran las seis y veinticinco, faltaba poco para que amaneciera. Supuse que la luz del día aportaría algo de claridad a través de las puertas abiertas del armario de la entrada, aunque el vano estuviese cubierto por el agua. Alumbré el consabido séptimo escalón. El nivel había descendido uno, al sexto. Estaba tan borracho y espeso que ni fui capaz de alegrarme por esa buena señal. Mantuve la llama encendida para verte. Estabas dormida con la espalda apoyada en el límite de la pared con la escalera, con la cabeza inclinada hacia tu hombro derecho y las piernas sobre mis muslos. Te habías quitado los zapatos mucho antes y, entre trago y trago de la botella de vodka Stolichnaya, casi agotada también —se terminó el whisky y preferiste vodka antes que coñac—, te acariciaba los pies desnudos.

Había un completo silencio; resultaba opresivo más que tranquilizador por la envoltura de oscuridad; era como estar muerto con la mente activa en una dimensión negra. El trío del fondo debía de estar a su vez fuera de combate por la suma de alcohol y cansancio. El agua estaba quieta dentro y parecía que también fuera. No se oía sonido de lluvia.

Terminé la botella y la tiré al agua. No calibré el ruido que en el silencio circundante metió el impacto con la superficie. Sin retirar tus piernas del escabel que formaban las mías, aunque se me habían dormido y hormigueaban, tumbé la espalda y la cabeza en el suelo del pasillo. Debí de dormirme en el acto.

# L
# RELOJ

El comienzo de la enfermedad de mi padre fue de involución muy rápida. Pasó en poco tiempo de una aparente normalidad de facultades mentales a una densa enajenación. Creo que esa velocidad sirvió al menos para que se diera escasa cuenta de lo que le sucedía. Lo acompañé, o más bien lo llevé, a un neurólogo para que determinara si padecía demencia senil o se trataba de alzhéimer. Entre las pruebas que realizó, le pidió que dibujara la esfera de un reloj con los doce números y cuyas manecillas marcaran las siete y diez. Me quedé estupefacto. Con trazo infantil, dibujó algo muy parecido a esto:




Después, mientras mi padre aguardaba en la recepción de la consulta acompañado por una enfermera, el médico apreció que el

dibujo era una inversión de derecha e izquierda poco frecuente, pero aun así típica del alzhéimer.

Reproducir ahora aquel enrevesado dibujo de mi padre me ha costado un cierto esfuerzo de atención. Y frente al espejo, dudo en las distinciones a un lado y a otro del eje de simetría: entre la mitad derecha y la mitad izquierda de mi rostro. Soy incapaz de cortarme los pelos largos de las cejas o atinar con los de cada narina.

Si yo también fuera a un neurólogo, sabría hasta dónde se extiende la herencia genética de mi padre. Si tengo ya alzhéimer o cuándo va a comenzar —en el presente, también la aparición futura se determina con exactitud—. No sé cuál de las posibilidades me da más miedo. Sabría por el diagnóstico si los fallos de memoria y las imágenes de terror que mi imaginación urde se deben a una u otra enfermedad: al alcoholismo o al alzhéimer. Pero no voy a hacerlo. Prefiero seguir así, en una ignorancia aislante mientras pueda durar.

Durante mi borrachera de ayer, llevaba puesto el reloj de pulsera. Me pareció ver que la aguja del segundero iba de derecha a izquierda, que retrocedía. No volví a mirarla. Me quité el reloj y lo guardé en un bolsillo.

# LI
# INUNDACIÓN

La luz del día me hizo abrir los ojos. Desperté tendido de costado, del izquierdo, con la cara a pocos centímetros de la pared. Me incorporé despacio, con cuidado de que la cabeza no me estallara. Miré hacia la derecha para verte. ¡No estabas! ¿Adónde habías ido? Miré primero hacia atrás: solo estaban los tres; la gorda, desnuda de cintura para arriba, dormía abrazada al mudo, y el cojo se había ovillado a los pies de ambos, como un perro. Me asusté. Me puse de pie con rapidez y se me fue la cabeza, estuve a punto de caerme por la escalera. Al mirar hacia abajo, lo primero que vi fue que el agua había descendido más peldaños y que un tercio de la entrada con las puertas abiertas del armario estaba descubierta; de ahí venía la mayor parte de la claridad. También me di cuenta de que había dejado de llover. Después te encontré y negué lo que vi tres veces y a gritos. Flotabas en el agua boca abajo, con los brazos y las piernas separados. Me tropecé al bajar la escalera corriendo, caí de bruces al agua sin cerrar la boca y tragué un poco. Hice pie, me levanté y tosí. El agua me llegaba al pecho. Avancé los pocos pasos que me separaban de tu cuerpo mientras te llamaba por tu nombre con desesperación. Antes de llegar a ti y sacarte la cabeza del agua reparé en que el laberinto de pelo se había deshecho, había desaparecido. Te di la vuelta y te cogí en brazos. Vi tu rostro y sollocé en silencio. Los ojos se te habían cerrado, tu cara tenía una palidez grisácea y los labios entreabiertos habían perdido su color y estaban azulados. El rímel corrido te surcaba las mejillas como un rastro de lágrimas negras. ¡Amor mío, te habías ahogado! Uní mi boca a la tuya para soplarte bocanadas de aire que ya no servían para nada. Tus labios tenían la frialdad de la muerte y el corazón no latía.

El trío nos miraba desde lo alto de la escalera y yo los miré a ellos. La gorda, con el penacho iroqués derrumbado, se tapaba la boca con las manos en un callado gesto de horror; los carnosos antebrazos no bastaban para tapar sus enormes tetas; el cojo dijo algo que mi estado de estupefacción ignoró; en el mudo ni me fijé. Me di la vuelta y, contigo en brazos, me dirigí con lentos pasos bajo

el agua hacia la puerta. Iba a cruzarla para salir a la calle inundada y poder verte por primera y última vez a la luz del día. Entonces, una especie de morro amarillo ocupó la entrada. Era una zódiac pequeña pero más grande que el vano de las puertas del armario, y no podía entrar. En la embarcación, que no tenía motor y la impulsaban con remos cortos como los indios sus canoas —me enteré después, no recuerdo cómo, de que la habían cogido de una tienda de deportes de la calle Correo—, iban dos *ertzainas* con boinas rojas y chalecos salvavidas del mismo amarillo que la zódiac. Uno de ellos se metió en el agua, entró en el bar y te separó de mis brazos, aunque yo me negué, forcejeé y lo insulté. Te subieron a la zódiac tirando de ti y al hacerlo se te subió la falda y dejó al descubierto tu pobre culo fláccido que para mí fue en ese momento el más hermoso del mundo. Recordé que después de follar dijiste que estabas demasiado borracha para la difícil operación de volver a ponerte las bragas. Los policías no me impidieron que cubriera la trágica obscenidad de tu desnudez, pero no me dejaron ir contigo ni que saliera por la puerta en pos de ti. El mudo se metió a su vez en el agua para darles tu bolso y no me gustó la idea de que dentro encontrarían tus bragas y tal vez hiciesen una broma soez. Los policías dijeron, antes de separarte de mí para siempre, que vendrían enseguida otros de salvamento a por los que quedábamos.

Me sentí tan solo y desamparado como lo estoy ahora. Hasta ese momento no reparé en que el agua que me rodeaba y te había matado era de un color marrón feo y fecal. Me tendí de espalda en la humillante suciedad para flotar haciendo el muerto. La sensación de ingravidez me calmó un poco y el líquido en los oídos me evitó oír lo que me decían desde la escalera.

Vinieron a rescatarnos bastante después. Eran unos tipos, vestidos con uniformes tricolores de alguna de las comparsas de las fiestas, en un bote de madera con remos largos sujetos a toletes. Estaba borracho otra vez. De nuevo en lo alto de la escalera, aunque dos golpes de vómito rechazaron parte de lo que intenté tragar, conseguí retener en el estómago media botella de coñac. Creo que era Remy Martin.

Sentado en la popa del bote, al que me costó subir, y mientras navegábamos por el canal en que se había convertido Barrencalle esquivando los objetos grandes que flotaban a la deriva, metí las manos en los bolsillos del impermeable no sé para qué. Me pinché con algo, que cogí y saqué para ver qué era. Tenía tu alfiler con el XIX de oro en la mano. ¿Te lo había quitado yo o lo metiste tú en mi

bolsillo sin decírmelo? No recordaba habértelo robado, aunque puede que lo hiciera en un desbarre de borracho mientras dormías. Nunca lo sabré, ni lo que significaba para ti el XIX. Como tampoco sabré a ciencia cierta si tuve la culpa de que te cayeras al agua y te ahogaras. Porque no te suicidaste; dijiste que te horrorizaba la idea de morir así. Creo que al cambiar de postura dormido y ponerme de lado, derribé tus piernas colocadas sobre las mías y esa fue la causa de que tu cuerpo se desequilibrara, la cabeza se te resbalara de la pared en que la apoyabas, te cayeras por la escalera al agua y la extrema ebriedad y el profundo sueño no permitieron que recuperaras la consciencia. Estoy convencido de que fue de ese modo. Quiero que sepas, mi amor, que la culpa me acompaña desde aquel día y lo hará mientras viva.

# LII
# FANTASMA

El fantasma de plata eres tú, cariño. Cuando quisiste que me diera cuenta, conseguiste horrorizarme, aunque tras el pavor también me fascinó de una manera enfermiza.

Una noche te abalanzaste sobre mí solo un poco más despacio —fue espeluznante— para que distinguiera tus rasgos en ese boceto esfumado de impresionismo vertiginoso. Ya no puedo llamarte *pesadilla* porque eres tú, aunque aparezcas como fantasma y me dejes pavorido.

Bárbara, nunca afloraste en mis sueños que no se perdieron en el olvido, salvo en el que te soñé en una imposibilidad anciana y decrépita; fue peor, por su inmensa tristeza, que lo que he llamado *pesadilla*.

Me queda recrearte una y otra vez en la imagen ideal de tu gloriosa desnudez con pamela blanca en la playa —ya solo para mí —. Y en el recuerdo maravilloso, vívido y real de mí dentro de ti en la tiniebla.

Esa boca negra y redonda con que te lanzas a mi cara, hasta que te desvaneces, es el agujero de la espiral de tu peinado, el centro del laberinto. Un fantasma de plata con un laberinto de oro que anhela tragarme como el atrayente vórtice de un torbellino. ¿Quieres devorarme o besarme? Quiero pensar que deseas besarme y no consigues pasar del todo a este lado del espejo, pero creo que es lo primero. Que hayas vuelto a mí como un aterrador fantasma por medio de una pesadilla cambiante —perdona; me costará dejar de llamarla *pesadilla*— significa que me culpas de tu muerte tanto como me culpo yo.

# LIII
# ALFILER

No sé si es una serpiente con forma de sapo o un sapo con características de serpiente. Que sea un sapo. Es gordo, como inflado de aire, feo con una rareza monstruosa. Palpita como un corazón a punto de pararse. Tiene una gruesa piel de serpiente con el dibujo de un apretado losange de pequeños rombos amarillentos y negros, lengua bífida que mete y saca sin cesar y ojos pequeños, muy separados y brillantes, de un amarillo intenso y fulgor maligno. Me habla con la sonoridad y el lenguaje ignoto de mis borborigmos. Le clavo con fuerza entre los odiosos ojillos tu alfiler del XIX y siento un agudo dolor en la mano izquierda. Así que no era un sapo ni una serpiente, sino mi mano; el alfiler ha quedado clavado en el dorso. El XIX de oro parece ahora un estandarte que corona una pequeña montaña de carne. Me cuesta decidirme a extraerlo; el hacerlo me hace menos daño de lo que esperaba y tampoco sangro tanto. Parece que no me he dañado ningún tendón. Limpio la herida con ginebra Bombay Shappire, por ser la que tiene más grados, y me escuece con ganas. Bebo un largo trago a morro aunque nunca me gustó la ginebra sola. El agujero rojo se ve limpio. Me vendo la mano con un trapo de cocina sucio. A la mañana siguiente, la herida se me ha infectado, la mano está hinchada y vuelve a parecer un sapo, esta vez negruzco y doliente. Me veo obligado a ir a la consulta de mi guapa y adusta médica, que me receta un antibiótico; se lo agradezco con las mentiras de que he dejado de fumar y de beber. Me propone un análisis de sangre y le digo que no ahora mismo, pero le prometo que dentro de poco. Se encoge de hombros.

# LIV
# TELEVISIÓN

Roberto Rossellini se entusiasmó en los años sesenta con la televisión y creyó en su enorme poder didáctico. Por esa época dijo que al público se le suele considerar tan poco que cuando se ve profundamente respetado se siente perdido. Con la televisión actual, Rossellini no habría pensado lo mismo y los espectadores no corren ningún peligro de extraviarse por ser respetados.

Apenas veo la televisión, casi ningún canal de los muchos que tengo disponibles. Y jamás la ETB, la televisión pública vasca. Pero esta noche he caído en la excepción porque me enteré por casualidad de que daban un documental de producción propia sobre las inundaciones de 1983. Lo he visto, cariño, y me he quedado con la boca abierta. Ojalá hubiera ignorado que lo daban. Las imágenes de archivo estaban bien —mérito del pasado—. En ellas aparecía incluso Barrencalle, ya sin agua, cubierta de barro y tapizada de cachivaches. Pero los datos que daba la voz en *off* estaban equivocados hasta un punto inadmisible. Decía que la ría comenzó a desbordarse hacia las cuatro de la tarde y que el agua subió de nivel poco a poco e inundó el Casco Viejo de un modo tan paulatino como el avance de una demolición mental. Demasiado bien sabemos tú y yo, que estábamos allí, que la ría se desbordó pasada la medianoche y que la corriente invadió las calles y alcanzó una altura de cinco metros en pocos segundos. Parece mentira semejante chapucería informativa.

Pero lo más asombroso fue que dijeron que en el Casco Viejo de Bilbao solo murió una persona, *Madriles*, a quien conocí. Era un viejo indigente alcohólico al que dejaban dormir en el suelo de una taberna, también de Barrencalle. Allí se ahogó. ¿Y tú? ¿Nadie te contabilizó entre los muertos? ¿Es que acaso tú no existías?

# LV
# FANTASMA

No has vuelto. Ni siquiera una vez más. Has dejado de irrumpir en mis sueños tan agitados como aquellas aguas furiosas. Te echo de menos.

Vuelve, aunque sea como fantasma vengador que se propone castigarme con la aniquilación mental. Bésame o trágame, lo que tú quieras; pero llévame contigo allá donde estés.

# LVI
# CHAPOTEO

Oigo el leve chapoteo sobre el suelo de madera de tus pies descalzos y muy mojados. También el pesado roce de tu ropa empapada. Estás fuera de mi habitación y deambulas por la casa. No entres. No quiero volver a verte muerta, con la cara de ahogada. Por favor, amor mío, te lo ruego: así no.

Me quieren convencer de que no existías, de que eres un sofisticado artificio de mi imaginación enferma, de que te construí con recuerdos inventados. Y que te adjudiqué la tragedia de una hija ahogada porque yo no me atreví a ser padre y por el temor de que me podría haber pasado algo parecido a lo que te sucedió a ti.

Terminarán por intentar demostrarme que tampoco viví las inundaciones porque dirán que no estaba en Bilbao aquella noche, que seguía en Barcelona.

¿Quién puede pretender que crea que mi recuerdo de ti y de lo vivido contigo es un pasado ilusorio? No formas parte de un recuerdo imaginario, Bárbara, querida; eres parte esencial y dolorosa, pero también feliz, de mi pasado real, de lo poco imprescindible de mi absurda y extraviada vida.

Además, esgrimo una argumentación de pura lógica que constituye casi una prueba de que fuiste real. Si eras una presencia ensoñada, ¿qué sentido tuvo que la concluyera con tu muerte en vez de disfrutar mucho tiempo de la ilusión de tu compañía amorosa y no solo una noche? Por otra parte, haría falta una más que aceptable capacidad narrativa para inventar y contar una historia así y, como dije, carezco de talento literario.

¿Quiénes quieren convencerme de tu inexistencia? Las voces. Las dos voces que hablan entre ellas cada vez más y solo en ocasiones se dirigen a mí con el fin de mortificarme y confundirme con sus mentiras. Una de las voces, la de mujer, ha llegado a la osadía de explicarme que la última vuelta de tuerca de la posesión de mi fantasma ha sido dotarse de tu ficticia entidad humana, que ha conseguido meterme en la cabeza.

Pero nada ni nadie podrán evitar que me reúna contigo.

# LVII
# SEIS

En *All That Jazz*, Roy Scheider, trasunto del propio Bob Fosse, quiere follarse a la muerte cuando viene a llevárselo —no resulta extraño porque la parca está encarnada por Jessica Lange—. Esa es la actitud.

A esta edad y con mi activo alcoholismo solo debo hacerme las preguntas que no puedo evitar responder. Acepto con el grado de sosiego que me es posible mi convivencia con el terror y con las diversas incertidumbres y lagunas mentales. Quiero vivir lo que me reste de lucidez engañándome a mí mismo y con perspectivas ilusas todo lo que me resulte necesario y sea capaz. También intentaré caerme algo menos mal. El problema es que para poder engañarme con eficacia hace falta un grado de estupidez que disto de alcanzar.

Tras esta pragmática y animosa declaración de continuidad en el abismo, hago una cosa rara: extiendo los brazos en paralelo, pongo las manos con las palmas hacia arriba, como en una plegaria judía, y siento pena de mí mismo. La debilidad no dura mucho.

Ayer vi por última vez *Perros de paja*. De nuevo me pareció una obra maestra, una película que se va cargando poco a poco como el cielo de una tormenta hasta que estalla. Resulta triste que solo siete años después Peckinpah, el director de la grandiosa *Grupo salvaje*, anulado por el alcohol, rodase *Convoy*, una parodia de su propio cine.

Son las doce del mediodía. Me preparo en casa un *dry martini* antes de salir por el barrio a tomar unos blancos. No he podido evitar que los *dry martinis* hayan sido dos. Al salir del portal, veo que en la esquina del argentino hay un músico nuevo. Por lo menos toca sin amplificador. Es curioso: sopla un clarinete que me suena igual que la infausta flauta de aquella novia que tuvo el yonqui de los bolos. Por cierto, alguien contó que el abominable turco se ha suicidado, y de un modo espantoso: primero se tomó cuatro aspirinas para no coagular, después se cortó el cuello de oreja a oreja con una espátula de pintor afilada y murió desangrado en una covacha de la calle Prim que habitaba últimamente. Pero también se aseguró que el yonqui de los bolos había muerto. Uno ya no sabe

qué creer y qué no.

Voy a la Plaza Nueva. Por la calle Sombrerería —los sombrereros se volvían locos por el mercurio para las badanas, como lo estaba el que aparece en la elaborada pesadilla que es *Alicia en el país de las maravillas*— me cruzo con el peina ovejas al que llamo *el viejo prematuro*, un pesado de los de repetición que además padece retardo mental. Nos saludamos. Es raro que no se haya detenido para contarme cualquier chorrada por duplicado y proponerme tomar un vino juntos. Por una vez, habría aceptado.

En una de las columnas de la plaza me llama la atención una esquela que destaca en la piedra gris. Reconozco al finado más por el nombre de pila que por la pequeña fotografía: es don Ernesto, el amigo de mi padre que me dio la horrible navaja. Se apellidaba Varasorda —chusco apellido— y ha muerto a los ochenta y nueve años. Descanse en paz.

Paso por delante de la sede de Alcohólicos Anónimos camino del bar que está al lado. Estaría bien poder desdoblarme en Jack Lemmon y Lee Remick en *Días de vino y rosas*. Mi parte Jack iría a unirse a los alcohólicos en dique seco y mi parte Lee se metería en el bar —dos coños *practicables*—. Cuando era un mal abogado tenía la sensación de que conseguía dividirme en quien atendía a los clientes y se presentaba en el juzgado con un control remoto —como reconocía el pobre argentino que tocaba su repertorio—, y el auténtico yo, o el menos impostado, que se iba a tomar copas. Pero en este caso no me es posible la dicotomía de no beber y beber al mismo tiempo, como el gato vivo y a la vez muerto de la paradoja de la mecánica cuántica, así que entro unificado al bar y pido un blanco Monopole con una sola voz. Salgo a uno de los barriles de la entrada para fumar mientras bebo. Un cigarrillo que te apetece de verdad, como este, no los mil que te fumas por inercia, es como ir en un gran Cadillac descapotable. Y si en el coche sonara *Baker Street* sería ya la hostia.

Cruza los soportales de la plaza el rumano con el acordeón en ristre y tirando del cacharro de las lucecitas; ha vuelto, el viejo cabrón. Casi me congratula verlo. Mira hacia donde estoy con lo que me parece cara de temor y sigue su camino, quizá algo más apresurado, a su próximo punto de castigo. Detrás de él, más fantasmas del decorado: unos turistas japoneses o chinos con mascarillas sanitarias que les cubren las narices y las bocas; qué gilipollas.

Ayer fui consciente, aunque quizá me había dado cuenta algo

antes sin interiorizarlo, de que me cuesta formar los números romanos y leerlos. Pero no te inquietes, todavía sé escribir el XIX. Tú, cariño, a diferencia de Lee Remick, caminas a mi lado y ya no nos separaremos nunca. Estar siempre contigo acabará con el miedo. Vayamos juntos al próximo bar. Hoy, por primera vez, ya lo verás, seremos capaces de tomar solo seis blancos y después nos iremos a casa cogidos de la mano.